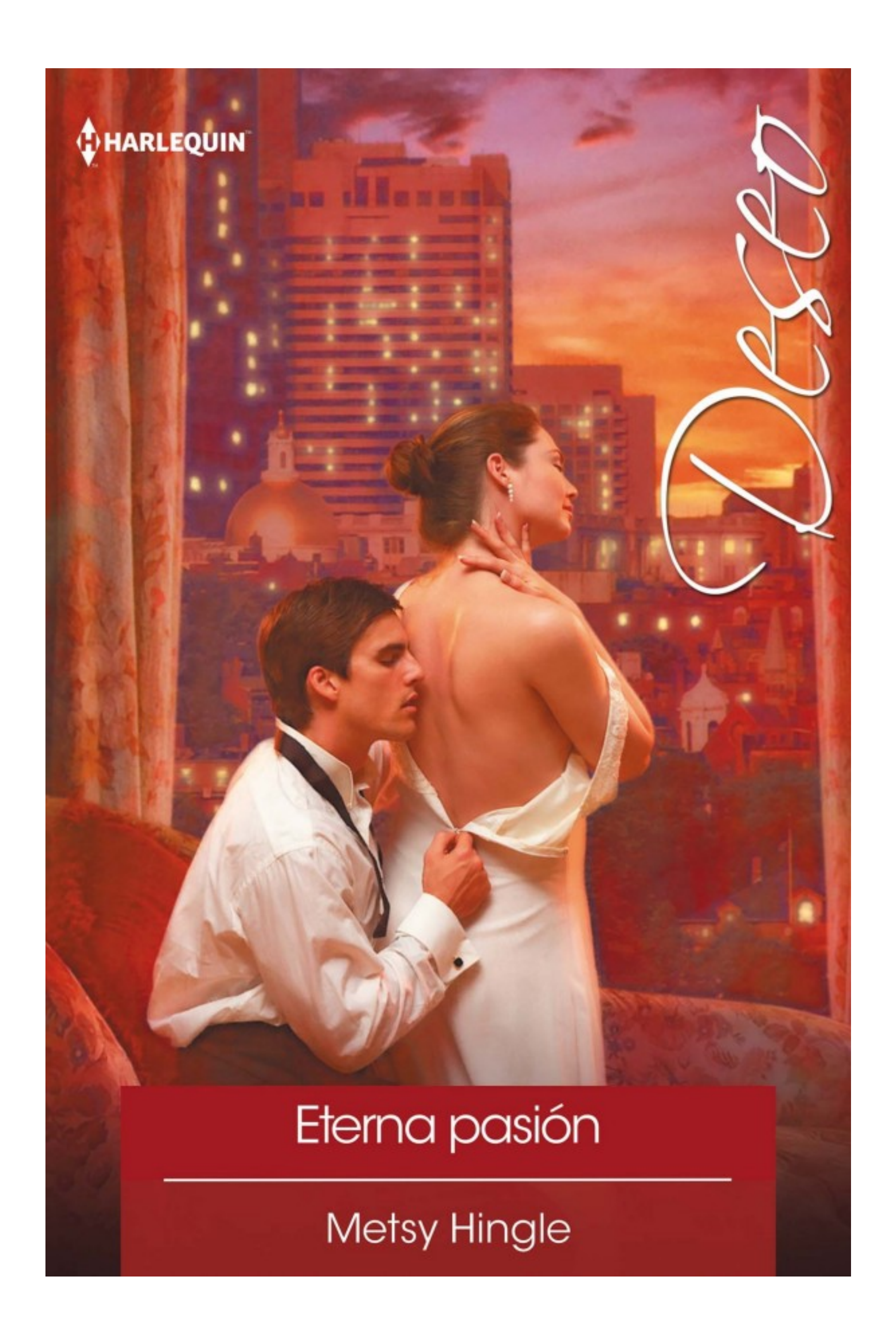

HARLEQUIN
Deseo
Eterna pasión
Metsy Hingle

Metsy Hingle
Eterna pasión
Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Eterna pasión, n.º 5461 - diciembre 2016
Título original: Passionately Ever After
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.:978-84-687-9063-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Quién es quién

Steven Conti: Millonario de veinticinco años, lo tiene todo: Prestigio, riqueza, atractivo físico… Pero quiere algo que no puede conseguir. Quiere a…

Maria Barone: La más joven del clan. Nunca ha huido de nada en toda su vida, excepto de Steven. Porque tiene que proteger su corazón y el hijo que está esperando de la legendaria maldición de…

Lucia Conti: Setenta años atrás, cuando era una adolescente despechada, lanzó una maldición contra los Barone. ¿Será algo real o sólo una superstición siciliana?

Capítulo Uno

La suerte la había abandonado.

Steven había dado con ella.

Maria Barone no sabía por qué, pero estaba segura de que el coche que estaba aparcado frente a la casa de los Calderone era de Steven. No tenía ninguna duda. Paró el coche al lado de la desviación sin reparar en los pinos cubiertos de nieve ni en el estrellado cielo de diciembre. Todos sus pensamientos, toda su energía, estaban centrados en la confrontación que iba a tener lugar. Porque no tenía ninguna duda de que iba a haber una confrontación.

Desde que su prima Karen le telefoneó unos días atrás para decirle que Steven la estaba buscando, supo que sólo sería cuestión de tiempo que la encontrara en su refugio secreto de Silver Valley, Montana. Tal vez aquella fuera la razón por la que desde que se había levantando por la mañana notaba una extraña sensación en el estómago que nada tenía que ver con el niño que crecía dentro de su vientre, sino con un sexto sentido que la advertía de que sus días huyendo de Steven Conti estaban a punto de tocar a su fin.

Maria se armó de coraje y salió del coche. Sacó las bolsas de la compra del asiento de atrás y se encaminó a la puerta de entrada. Una vez allí, aspiró con fuerza para llenarse los pulmones de aire fresco y controlar los nervios. Sabía desde hacía meses que aquel día llegaría, el día en que tendría que contarle a Steven lo del niño y explicarle los planes que tenía respecto al futuro del bebé. Aunque en este último punto estaba igual de pez que dos meses atrás, cuando se marchó de Boston. Lo único que tenía claro era que amaba a Steven y también a su familia. Y decidiera lo que decidiera, alguien sufriría. Peor todavía: Al tomar una decisión perdería a Steven o a los suyos. O posiblemente a los dos.

Maria tragó saliva al pensar en ello. Y se preguntó, como tantas otras veces, por qué el destino le había preparado una sorpresa tan cruel. Tenía que tratarse del destino. ¿Qué otra razón podía explicar

que el hombre del que se había enamorado fuera un Conti, el único hombre del mundo con el que le sería imposible compartir un futuro? Maria suspiró al pensar en la situación. Por mucho que deseara que las cosas fueran distintas, no podía cambiar el pasado. Los Conti y los Barone eran enemigos irreconciliables, y lo eran desde mucho antes de que ella y Steven hubieran nacido. La rencilla entre ambas familias, que había comenzado cuando Marco Barone se había fugado con su abuela en lugar de casarse con la tía de Steven, Lucia, permanecía igual de vigente que setenta años atrás. En honor a la verdad, las cosas estaban incluso peor, reconoció Maria recordando las desgracias que habían caído sobre la familia Barone como resultado de la maldición de los Conti.

La maldición de los Conti.

Maria se estremeció al pensar en aquella plaga terrible que perseguía a su familia desde hacia siete décadas. Todavía recordaba la primera vez que escuchó la historia, de niña, sentada en las rodillas de su abuela. Casi podía escuchar la voz de la anciana explicándosela.

–Lucia estaba muy enfadada, furiosa cuando Marco y yo le dijimos que nos habíamos casado y fuimos a casa de los Conti para contárselo y que nos comprendieran –explicaba Angelica Barone.

–¿Comprenderos? –había exclamado Lucia fuera de sí–. Lo que comprendo es que me habéis traicionado, a mí, a mi hermano y a toda mi familia.

–Nos amamos –le había dicho Marco Barone–. Nunca pretendí hacerte daño, Lucia.

–Bueno, pues me lo has hecho. Se lo has hecho a todos los Conti.

–Tal vez algún día lo comprenderás y podrás perdonarnos y desearnos lo mejor –apuntó Angelica.

–Nunca os perdonaré –les espetó Lucia–. Y nunca os desearé la felicidad. De hecho, os maldigo. Os habéis casado en San Valentín, así que de ahora en adelante os maldigo a vosotros y a toda vuestra descendencia para que siempre en ese día os ocurra algo que os haga sentiros desgraciados, tanto como me lo habéis hecho sentir a mí.

Justo un año después, el día de su primer aniversario de boda, Angelica Barone perdió el hijo que esperaba. Maria se estremeció de nuevo al recordar la tristeza que reflejaban los ojos de su abuela

cuando le contó la pérdida de su primer hijo.

Maria se pasó la mano por el vientre con aire protector sin poder evitar la preocupación al pensar en cómo podría afectarle la maldición al bebé, un bebé cuyo nacimiento estaba previsto para el día de San Valentín. Steven aseguraba que las desgracias de los Barone habían sido puras coincidencias y que la maldición de los Conti no era más que una superstición alimentada por mentes calenturientas. Pero Maria sabía que estaba equivocado. No había más que echar la vista atrás para demostrar que la maldición era real y que la infelicidad que Lucia Conti les había deseado a los Barone seguía presente.

Maria se mordió el labio inferior y recordó los desastres que le habían ocurrido a su familia durante el año anterior, desastres que habían comenzado a suceder poco después de que ella iniciara su relación con Steven. Cerró los ojos al pensar en el sabotaje contra el nuevo helado de fruta de la pasión cuya presentación tuvo lugar el día de San Valentín y todo el revuelo y la mala prensa que se habían creado en consecuencia. Luego había ocurrido el incendio en la fábrica y la amnesia de su prima Emily. Pero lo peor de todo había sido el reciente secuestro de la hermana de Steven, Bianca, y de su propio primo, Derrick Barone.

Tal vez Steven pudiera quitarle importancia a la maldición, pero ella no era capaz. Y aunque pudiera superar su miedo, ¿cómo iba a recuperarse de la pérdida de su familia? ¿Y cómo superaría Steven la de la suya? Porque Maria no tenía ninguna duda de que ambas familias les darían la espalda si ellos les anunciaban que querían compartir sus vidas.

Ella había crecido bajo el amparo de una familia grande y bulliciosa y quería lo mismo para su hijo. Si seguía con Steven, tendría que olvidarse de esa alegría. ¿Cómo iba a negarle a su hijo o a su hija aquel amor? ¿Cómo iba a permitir que el bebé viviera atrapado por la rencilla eterna entre los Barone y los Conti?

Lo cierto era que no podía. Y no lo haría. Tendría que ser fuerte por el bien de su hijo, se repitió Maria a sí misma. Tendría que encontrar la manera de razonar con Steven, de hacerle ver que no tenían futuro juntos porque le harían daño a demasiada gente. Y quien más sufriría sería su hijo. Lo único que tenía que hacer era hacérselo entender.

Maria estiró los hombros, agarró las bolsas en una mano y llamó a la puerta. Como era habitual se la encontró abierta. Sin pensárselo dos veces, entró a toda prisa antes de que le diera por cambiar de opinión. Y por primera vez desde su llegada, dos meses atrás, el aroma a pan recién horneado y a leña ardiendo no consiguió calmarle el espíritu. Ni tampoco el sonido de las risas de Magdalene y Louis Calderone que surgían de algún rincón de la casa.

–Y entonces mi tía Lucia dijo que…

Maria escuchó el tono profundo de la voz de Steven y se le cayó al suelo un paquete de una de las bolsas de la compra.

–Esa debe ser Maria –dijo Magdalene.

Castigándose mentalmente por comportarse como una colegiala estúpida con sólo escuchar su voz, Maria colocó el paquete que se le había caído dentro de la bolsa.

–¿María? ¿Eres tú? –gritó la voz de Magdalene.

–Sí, soy yo –respondió Maria sorprendida de haber sido capaz de articular palabra con los nervios atenazándole la boca del estómago–. Enseguida voy –añadió tratando de calmarse.

Pero Magdalene ya había salido al vestíbulo para recibirla.

–¡Cuánto has tardado! Louis y yo estábamos a punto de enviar a alguien a buscarte.

–Siento haberos preocupado –dijo Maria–. He aprovechado que estaba en la ciudad para hacer algunas compras de Navidad.

–Ya veo –contestó Magdalene echándoles un vistazo a las bolsas llenas de regalos–. ¿Y la visita al médico? –preguntó quitándole las bolsas–. ¿Va todo bien?

–Sí, sí, todo muy bien –respondió Maria quitándose los guantes y guardándoselos en los bolsillos del abrigo–. Creo… creo que me dejaré un rato el abrigo puesto. Tengo un poco de frío –aseguró decidida a retrasar lo inevitable y esconder su cuerpo bajo la prenda.

–Desde luego, estás helada –aseguró la mujer tomándola de las manos y frunciendo el ceño–. ¿Te encuentras bien, pequeña?

Por una vez, Maria renunció a recordarle a aquella mujer bajita y morena que ya que era una cabeza más alta que ella y su tripa comenzaba a parecer una pelota de baloncesto, «Pequeña» era un adjetivo que no le cuadraba.

–Sí, perfectamente –mintió–. Es que se está poniendo el sol y

afuera empieza a refrescar.

–Bueno, entonces entra. Tengo una sorpresa para ti. Una visita –añadió con los ojos brillantes, antes de darse la vuelta para dirigirse al salón.

Pero Maria se quedó paralizada donde estaba.

–¿Maria? –la llamó Magdalene al darse cuenta de que no la seguía–. ¿Seguro que estás bien?

–Sí, perfectamente.

–Entonces ven, pequeña –insistió la mujer guiándola hacia el salón–. Mira quién ha venido desde Boston para verte –anunció con orgullo.

Maria sabía antes de poner un pie en la habitación que iba a encontrarse a Steven esperándola allí, pero el hecho de saberlo no restó fuerza al impacto de verlo de nuevo. Tal y como había ocurrido la primera vez que sus miradas se cruzaron en la boda de Nicholas y Gail, casi un año atrás, Maria sintió que los pulmones se le quedaban sin aire. Entonces no había sabido que se trataba de Steven Conti. Lo único que supo fue que nunca en su vida se había sentido tan atraída por un hombre. Más que atraída, tuvo que admitir. Poseída por él. Una sola mirada le bastó para saber que aquel era el hombre por el que llevaba toda la vida esperando. Ahora volvía a embeberse de su imagen. De su constitución alta y atlética. De aquellos hombros poderosos que encajaban perfectamente bajo el jersey rojo y negro que llevaba puesto y que le sentaba maravillosamente. De aquel pelo largo y oscuro que le otorgaba un aspecto rebelde, tan distinto al millonario que era realmente. Maria recordó de golpe la textura de aquel pelo cuando se lo acariciaba, o cuando le rozaba con él la piel desnuda al hacer el amor.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Maria apartó de golpe aquellos recuerdos tan peligrosos. Alzó la vista para encontrarse con la mirada de Steven, y se quedó sin aire al observar cómo aquellos ojos azules que él tenía pasaban del frío más acerado al calor cuando la miraban. Durante un instante fue incapaz de respirar. Atrapada en el fuego de sus ojos, el corazón le latía frenéticamente mientras Steven cruzaba el salón en dirección a ella. Él no apartó la mirada en ningún instante y cuando le capturó los dedos temblorosos con sus manos, Maria temió durante un instante

que fuera a desmayarse.

–Hola, Maria –la saludó él con voz susurrante como una caricia.

Ella abrió la boca con la intención de responder al saludo, pero no le salieron las palabras. Como si estuviera en trance, se limitó a quedarse allí de pie y a observar cómo Steven inclinaba la cabeza. Cuando tuvo su boca a escasos centímetros de la suya, recuperó de golpe la cordura. Torció la cara y los labios de Steven le rozaron la mejilla. Fue un beso tenue, apenas un roce, pero ella sintió que le recorría todo el cuerpo hasta llegar a los dedos de los pies.

Temiendo cometer alguna locura como arrojarse en sus brazos, Maria se soltó las manos y dio un paso atrás.

–Hola, Steven –consiguió decir por fin.

No se le escapó la expresión de tristeza que se le cruzó por el rostro.

–Qué sorpresa tan maravillosa, que haya venido a verte tu Steven, ¿verdad? –preguntó Magdalene.

–No creo que Maria esté sorprendida, señora Calderone –intervino él al ver que Maria no contestaba.

–¿Es eso cierto? ¿Lo estaba esperando? –inquirió Magdalene.

–Bueno, no exactamente –respondió Maria, dubitativa.

Más bien deseaba que no hubiera sido capaz de encontrarla. Consciente de que Louis y Magdalene esperaban una explicación, dijo:

–Cuando hablé con Karen el otro día me comentó que Steven había dicho que quería hablar conmigo.

Steven arqueó una ceja ante aquella explicación. Pero para su alivio no matizó que le había jurado a Karen que la encontraría a toda costa aunque tuviera que dedicar su vida a ello.

–Bueno, Louis y yo estamos encantados de que hayas venido. Nuestra Maria andaba algo mustia desde el día de Acción de Gracias. Ahora entendemos la razón, ¿verdad, Louis? –preguntó Magdalene con un brillo picarón en los ojos.

–¿Ah, sí? –preguntó a su vez el hombre con expresión desconcertada.

–¡Hombres! –exclamó la mujer poniendo los ojos en blanco–. Louis, nuestra Maria no sólo echa de menos a su familia. También echaba de menos a Steven.

–¿Es eso cierto, Maria? ¿Me has echado de menos? –preguntó él

con voz grave y mirándola con seriedad.

A ella se le encogió el corazón al percibir aquel cariño que Steven no trataba de ocultar. Temiendo dar una respuesta, se dio la vuelta y se acercó a la chimenea de piedra. Se limitó a mirar el fuego al tiempo que se llevaba la mano al vientre, tratando de encontrar las palabras adecuadas para hablarle a Steven del bebé.

–Pequeña, ¿te encuentras bien? –preguntó Magdalene–. ¿Maria?

Al escuchar el sonido de aquella voz, Maria trató de sacudirse la tristeza y centró su atención en la otra mujer.

–Lo siento, Magdalene. ¿Decías algo?

Magdalene frunció el ceño, avanzó hacia ella y le colocó la palma de la mano sobre la frente.

–No tienes fiebre. ¿Sigues con frío?

–Un poco –mintió Maria, que seguía resistiéndose a revelar su abultado vientre.

–¿Le has contado al médico lo de los escalofríos? –preguntó Magdalene frunciendo aún más el ceño.

–¿Médico? –intervino Steven con un tono alarmado que no se le escapó a Maria–. ¿Qué médico? ¿Estás enferma?

–No, no estoy enferma. Era una revisión rutinaria –mintió la joven suplicándole a Magdalene con la mirada que no dijera nada del bebé–. No estoy acostumbrada a los inviernos de Montana y cuando he entrado tenía un poco de frío. Eso es todo.

Magdalene abrió ligeramente los ojos cuando comprendió lo que estaba ocurriendo.

–Tal vez un poco de chocolate te ayudará a entrar en calor –sugirió.

Pero a Maria no se le escapó la expresión de reproche de la otra mujer.

–Sí. Chocolate caliente. Suena maravilloso –aseguró.

–¿Y tú, Steven? –preguntó Magdalene mientras colocaba los platos en una bandeja–. ¿Te apetece el chocolate o quieres otra taza de café?

–Si no es molestia, me gustaría tomar otro café.

–Ninguna molestia. Louis, ¿por qué no vienes a echarme una mano a la cocina? –sugirió la mujer.

–Pero yo…

–Estoy segura de que Steven y Maria tienen muchas cosas que

hablar –aseguró mirando a la joven con intención–. Vamos, Louis –dijo pasándole a su confundido marido la bandeja–. Ayúdame con los bollos que he puesto en el horno. Estaré en la cocina por si me necesitas, pequeña –concluyó, mirando a Maria, antes de salir con su marido del salón.

Steven observó la mirada que se cruzaron las dos mujeres y se preguntó el significado del mensaje mudo que se habían intercambiado.

Cuando los Calderone se marcharon el salón quedó en absoluto silencio, roto solamente por el crepitar de la chimenea. Pero después de que el recuerdo de Maria lo hubiera estado persiguiendo durante meses, ni siquiera aquel silencio antinatural ensombrecía el placer de volver a estar cerca de ella.

Así que se embebió de su imagen. Como si estuviera sediento, tomó nota de cada detalle de su aspecto. Se dio cuenta de que llevaba el pelo más largo, cayéndole como seda caoba sobre los hombros. Estaba más pálida de lo que la recordaba, aunque tenía un brillo especial del que carecía cuando se fue de Boston. Sospechó que se trataría de un efecto del aire de montaña. No estaba muy seguro de que el rubor de las mejillas fuera debido a su presencia o al calor del fuego, pero pensó que sería una combinación de ambas cosas.

Steven miró aquellos grandes ojos de gacela, ojos con los que había soñado en incontables ocasiones. Para su decepción, vio en ellos el mismo recelo que había observado la última vez que la vio. Se sacudió de encima la desilusión y la miró a la boca. Seguía igual, jugosa y tentadora. No pudo evitar recordar la perfección con la que aquellos labios encajaban con los suyos. Ni lo que sentía al escucharlos gritar su nombre cuando estaba hundido dentro de ella. Ni cómo aquellos mismos labios habían jurado que lo amaban. Sintió deseos de acercarse a ella, tomarla entre sus brazos y besarla, volver a escucharle decir aquellas palabras de nuevo. Lo deseaba tanto que tuvo que meter las manos en los bolsillos para evitar ir por ella.

–¿Cómo me has encontrado? –preguntó Maria rompiendo finalmente el silencio.

–¿Qué importancia tiene eso? Lo importante es que he dado contigo –contestó él.

No quería contarle que había roto unas cuantas normas en su afán de localizarla. Al ver que ella no decía nada, Steven dejó escapar un suspiro de exasperación.

–Le seguí la pista a tu tarjeta de crédito. La utilizaste para mandarle flores a tu familia el día de Acción de Gracias.

–Pero cómo… el ordenador –dijo Maria cayendo en la cuenta–. Pirateaste el sistema informático para ver los movimientos de mi tarjeta.

–Sí –admitió él–. Y si vas a decirme que lo que he hecho es ilegal, no te molestes. Ya lo sé. Pero estaba desesperado por encontrarte.

–Podían haberte arrestado.

–Hubiera sido un precio muy pequeño –respondió Steven encogiéndose de hombros–. Habría arriesgado mucho más con tal de encontrarte –aseguró con sinceridad–. Pero parece que he salido indemne de mi delito. A menos que estés pensando en denunciarme…

–Por supuesto que no –aseguró ella.

–Menos mal –dijo Steven intentando bromear para aliviar la tensión del momento.

Pero, para su desilusión, Maria continuaba con expresión seria.

–Ya he contestado a tu pregunta. ¿Por qué no contestas tú a la mía?

–¿Qué pregunta? –dijo Maria alzando las cejas, de modo que se le formó la misma arruga en la frente que le aparecía siempre que algo le extrañaba.

–¿Tenía razón Magdalene? ¿Me has echado de menos?

Ella no contestó y Steven trató de reprimir la nota de dolor en su tono de voz, que se mostró dura cuando volvió a hablar.

–Es una pregunta muy sencilla, Maria. Sólo hace falta decir sí o no para contestarla. ¿Me has echado de menos, aunque sólo sea un poquito?

–Sí. Te he echado de menos –contestó ella finalmente en un susurro.

Steven sintió una oleada de alivio ante aquella respuesta y comenzó a avanzar hacia ella.

–Cielos, Maria, si supieras cuánto…

–No –lo interrumpió ella alzando una mano.

Steven se detuvo de golpe. Se sintió invadido por la frustración. Frustración y dolor.

–¿No qué, Maria? ¿Que no te diga que te quiero? ¿Que estos dos meses sin ti he estado a punto de volverme loco? ¿Que te creí cuando me dijiste que me querías? ¿Y que me rompiste el corazón cuando te marchaste de aquel modo sin darme ninguna explicación?

–Te dejé una nota –se defendió ella.

–Sí, un par de líneas diciendo que necesitabas irte. Que necesitabas tiempo para pensar –respondió Steven sin disimular la amargura en el tono de voz.

Comenzó a recorrer el salón de arriba abajo y se pasó la mano por el pelo.

–¿Cómo crees que me sentí? –le espetó girándose para mirarla–. Te digo que te quiero, que quiero casarme contigo y entonces desapareces y me pides que intente buscarte. ¿Puedes hacerte una idea de cuánto me dolió aquello?

–Lo siento.

–¿Lo sientes? –repitió Steven avanzando hacia ella–. Me dices que me quieres, luego me rompes el corazón y me lo arrojas a la cara con tu partida, ¿y todo lo que se te ocurre decir es que lo sientes?

–Créeme, Steven –aseguró Maria mirándolo a los ojos con profunda tristeza–, hacerte daño a ti es… es lo último que desearía hacer en el mundo.

–Bueno, pues me lo has hecho –confesó él agarrándola de los hombros, incapaz de contenerse–. Te quiero, Maria. Y, maldita sea, sé que tú también me quieres a mí. Entonces, ¿por qué nos haces esto? Dime qué ocurre. Lo que sea. Yo lo arreglaré.

–No puedes arreglarlo –respondió apartándose de él y dándole la espalda–. Nadie puede arreglarlo. Nadie.

–¿Qué ocurre, cariño? –insistió Steven, conmovido al escucharle hablar con la voz rota–. Dime qué pasa.

Maria negó con la cabeza y él la agarró para obligarla a darse la vuelta y mirarlo. Le levantó la barbilla y miró fijamente aquellos ojos llenos de lágrimas y de secretos. Siempre había pensado que Maria era preciosa, lo pensó desde que la vio por primera vez en la

boda de Nicholas y Gail. Pero ahora había algo en ella que la hacía aún más hermosa, un brillo interior parecido al que tenía una de las camareras del restaurante de su familia cuando estaba…

Steven resbaló la mirada hacia el cuerpo de Maria. Sintió una emoción intensa cuando se dio cuenta de las sutiles diferencias que presentaba su cuerpo y el modo en que comportaba. Se fijó en el abrigo rojo que cubría su frágil silueta y en el modo protector en que Maria colocaba las manos sobre su vientre. De pronto, todos los cambios operados en ella cayeron sobre él como un puñetazo certero.

–Quítate el abrigo, Maria –le pidió con una voz tan fría y controlada que incluso a él mismo le resultó extraña.

Ello lo miró fijamente como si fuera un ciervo aturdido por las luces de un coche en la oscuridad. Y, para su disgusto, Steven se dio cuenta de que era miedo lo que reflejaban sus ojos.

–Steven…

–Quítate el abrigo –repitió suavizando un poco el tono–. Por favor.

Con una paciencia que desafiaba a la rapidez con la que le corría la sangre por las venas, Steven la observó mientras se desabrochaba lentamente el abrigo rojo. Cuando hubo terminado se lo quitó y lo puso a un lado. Maria levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos con actitud desafiante.

Steven bajó la vista hasta su vientre abultado. Sintió una oleada de emociones contradictorias golpeándole al mismo tiempo: rabia, alegría, enfado… Cuando levantó la mirada para encontrarse de nuevo con la de ella, lo que vio en los ojos de Maria fue pesar. Y fue ese pesar el que le atravesó el corazón como si fuera la hoja de un cuchillo.

–Dime una cosa, Maria –comenzó a decir tratando de mantener el tono de voz suave, a pesar de la rabia que lo atravesaba–. ¿Habías pensado incluso en no decirme que iba a ser padre?

Capítulo Dos

Maria se quedó sin habla durante unos instantes. Durante el tiempo que había transcurrido desde que conoció a Steven había descubierto en él un hombre con muchas caras. El hombre de negocios inteligente y ambicioso que había reunido su primer millón de dólares antes de cumplir los veinticinco. El hombre amable y cariñoso que quería a su familia tan intensamente como ella a la suya. El amante tierno y apasionado al que le había entregado su virginidad y su corazón. Pero nunca, ni siquiera cuando ella se negó a hacer pública su relación o a aceptar casarse con él, nunca había visto a Steven así, con aquella rabia que resultaba todavía más estremecedora porque estaba tratando de contenerla.

Cada poro de su ser emanaba furia. Se notaba en las líneas que tenía alrededor de la boca y en la tirantez de los músculos de la barbilla. A pesar del jersey y del calor del fuego, Maria se estremeció ante aquella mirada heladora. No tenía miedo de que Steven la agrediera físicamente. Sabía que él preferiría cortarse el brazo antes que hacer daño a una mujer. Pero la rabia que expresaban sus ojos la tenía paralizada.

–Es una pregunta muy sencilla, Maria. Me gustaría que me respondieras.

Ella cerró los ojos, se abrazó a sí misma y trató de tranquilizarse, al tiempo que buscaba las palabras apropiadas.

–Mírame, Maria –ordenó Steven con voz suave pero firme–. ¿Ibas a contarme lo del bebé? ¿O pensabas que no merecía saber que iba a ser padre?

–Por supuesto que lo mereces –respondió ella abriendo los ojos y obligándose a mirarlo de frente–. Iba a contártelo.

–¿Cuándo? –insistió él–. ¿Cuándo naciera el niño? ¿Y qué ibas a hacer? ¿Mandarme una tarjeta para anunciarme el acontecimiento acompañada de una nota que dijera: «Por cierto, felicidades, tú eres el padre?».

La furia con la que pronunció aquellas palabras provocó en Maria deseos de echarse a llorar, pero se obligó a sí misma a enfrentarse a su rabia. Después de todo, pensó, Steven tenía derecho a estar furioso con ella. Ella había tenido meses para hacerse a la idea de que iba a ser madre mientras que Steven… Steven había vivido ajeno a la noticia porque ella había guardado silencio.

–No, iba a contártelo antes de que naciera el bebé. Te juro que iba a hacerlo –aseguró deseando que la creyera–. No era mi intención ocultártelo, Steven. Hace meses que deseo decírtelo, casi desde el momento en que descubrí que estaba embarazada.

–Entonces, ¿por qué no lo hiciste? –preguntó él con la angustia reflejada en los ojos y en la voz–. ¡Maldita sea, Maria! ¿Cómo pudiste estar entre mis brazos, hacer el amor conmigo, decirme que me querías y mantener en secreto una cosa así?

Maria sintió lástima por él. Y por ella misma y todo el dolor por el que ambos habían pasado los últimos meses.

–No quería que fuera un secreto –repitió alzando una mano para acariciarle la mejilla–. Quería contártelo. Pero no sabía cómo hacerlo.

Aquellas palabras consiguieron que se le suavizara ligeramente la expresión de fiereza del rostro. Steven giró levemente la boca y le besó la palma de la mano. El corazón de Maria se llenó de amor hacia él. Cielos, cuánto lo amaba. Se quedó mirando aquel rostro tan bello. La mandíbula firme, la barbilla orgullosa, las largas pestañas que protegían aquellos ojos azules tan intensos… A la luz de la hoguera, su cabello negro brillaba como el ónix recién pulido y Maria tuvo que reprimir el deseo de peinar aquel mechón errante que siempre le caía sobre la frente.

–Lo siento –dijo cuando reunió fuerzas para hablar–. Nunca quise que te enteraras de lo del niño de este modo. Yo confiaba en que… Tenía pensado…

–Sss. Ahora no importa –la interrumpió Steven tomándola de la otra mano.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se llevó sus dedos a los labios y volvió a besarlos.

–Lo único que importa es que ahora estamos juntos y vamos a tener un hijo. Un hijo –repitió con la voz casi rota por la emoción–. Todavía no me lo creo. ¿De verdad vamos a tener un hijo?

–Steven…

Él silenció sus palabras con un beso.

–¿Puedes hacerte una idea de lo que he pasado estos últimos meses, las cosas que me pasaron por la cabeza cuando dejaste aquella nota y desapareciste? Estaba tan enfadado con tu familia… Estaba convencido de que habían descubierto lo nuestro y te habían obligado a marcharte.

–No, no fueron ellos –se explicó Maria–. Fui yo. Fue idea mía.

–Sí, me lo imaginé después de hablar con Karen la semana pasada. Pero una parte de mí no quería creer que hubieras hecho una cosa así, dejarme de aquel modo después de lo que habíamos compartido.

–No fue fácil –confesó ella sintiendo una punzada de remordimiento–. Yo… yo no sabía qué otra cosa podía hacer. Pensé que si me marchaba, si ganaba algo de tiempo para pensar…

–Eso fue lo que me dijo Karen. Pero no por ello dejó de preocuparme que tal vez te hubieras pensado bien lo nuestro, que quizá habías comenzado a creer las cosas que decía tu familia sobre que los Conti estábamos detrás de los sabotajes contra Baronessa. Pensé… tenía miedo de que me odiaras, que estuvieras arrepentida de lo que habíamos compartido –confesó Steven tragando saliva antes de continuar–. Tenía miedo de que te hubieras arrepentido de amarme.

–No –contestó Maria con sinceridad.

Incapaz de contenerse, posó la mano sobre su mejilla. Cuando Steven volvió a girarse para besarle la palma ella no la retiró. ¿Arrepentirse de amarlo? De ninguna manera, pensó. Le habría resultado más fácil no volver a respirar que lamentarse alguna vez de haberse enamorado de él. ¿Cómo hacerlo cuando el hijo que crecía en su vientre era el resultado de aquel amor? Su hijo era un milagro maravilloso, un regalo por el que siempre estaría agradecida, como siempre agradecería que Steven la hubiera amado.

–Nunca me he arrepentido de amarte. Jamás. Ni siquiera durante un segundo.

–Gracias a Dios –dijo él.

Y como si su respuesta hubiera abierto las compuertas de sus emociones, la atrajo hacia sí.

Tras pasar tanto tiempo sin él, Maria se dejó llevar por la sensación de estar entre sus brazos de nuevo. Esta vez, cuando él inclinó la cabeza para besarla no hizo ningún amago de negarse.

La boca de Steven se cerró sobre la suya, y la besó tierna y al mismo tiempo apasionadamente. Cuando le recorrió los labios con la lengua, Maria no se hizo de rogar. Abrió la boca para él. Sus lenguas se unieron en una danza, explorándose mutuamente. Steven la besó una y otra vez, como si cada caricia de su lengua le diera alas para seguir. Cuando finalmente apartó la boca, Maria estaba mareada. Sumida en un mar de emociones y sensaciones, se colgó de sus hombros, temiendo que las rodillas le fallaran en cualquier momento. Pero entonces los labios de Steven comenzaron a besarle suavemente el lóbulo de la oreja con tanta dulzura, que Maria sintió cómo se le aceleraba el pulso.

Aquello era un error, pensó aspirando el aroma tan familiar de Steven. Todos sus sentidos resultaron inundados al olerlo. Olía a jabón, a nieve fresca y a bosque. Y Maria no pudo evitar pensar en la cantidad de veces que aquellos aromas le habían traído recuerdos de él a lo largo de los últimos meses, y en cuánto le habían hecho desear volver a estar de nuevo entre sus brazos.

Cuando Steven comenzó a llenarle la mandíbula de besos Maria fue consciente de que estaba jugando con fuego. Deseaba a Steven desesperadamente y lo amaba con igual intensidad. Pero no tenían futuro. Ella lo sabía, lo había sabido desde el principio. Ni siquiera el bebé que llevaba dentro conseguiría que pudieran tener una vida juntos. Permitir que Steven continuara por donde iba sólo serviría para hacerle pensar de manera equivocada. Y eso no estaría bien, pensó Maria.

–Steven… –comenzó a decir sabiendo que tenía que pedirle que se detuviera.

Pero entonces la besó en el cuello y su protesta murió en los labios. Echó la cabeza hacia atrás, permitiéndole el acceso que él buscaba. Mientras la besaba, la barba incipiente de Steven le rozaba su delicada piel. Era una sensación erótica y seductora. Cuando él le lamió aquella zona tan sensible, Maria estuvo a punto de gritar. Le colocó las manos sobre el jersey, maravillada ante la sensación de aquellos músculos duros bajo la suave lana.

–Eres tan dulce, tan increíblemente dulce… –susurró Steven con

la respiración entrecortada.

A Maria le latía el corazón con tanta fuerza que temió que se le fuera a salir del pecho en cualquier momento.

–Dios, Maria, cuánto te he echado de menos –continuó diciendo él un segundo antes de volver a besarla con pasión en la boca.

–Yo… yo también te he echado de menos –acertó a decir ella, perdida por completo en el placer de sus caricias y sus besos–. Siento no haberte dicho nada del bebé… y siento haber huido de aquella manera…

–Ya te he dicho que eso ya no importa –la atajó Steven interrumpiendo su disculpa con otra retahíla de besos.

Cuando él levantó por fin la cabeza, Maria podría haber jurado que el mundo giraba bajo sus pies. Haciendo un esfuerzo para controlarse le echó los brazos al cuello y sólo entonces se dio cuenta de que Steven la estaba llevando al sofá.

La colocó suavemente sobre los cojines y tomó asiento a su lado. Ella apenas había tenido tiempo para registrar lo que estaba pasando cuando Steven le tomó la cara entre las manos, la besó en la frente y dijo:

–Lo único que ahora importa es que estamos juntos. Te lo juro, no permitiré que nada vuelva a separarnos jamás.

Aquellas palabras tuvieron el efecto de un jarro de agua fría, y Maria se recuperó al instante.

–Steven… –comenzó a decir.

–Te lo juro, Maria, voy a ser el mejor padre y marido que te puedas imaginar –continuó diciendo él.

–Steven, no –dijo ella por toda respuesta sentándose más recta.

–¿Qué te pasa? ¿Es el bebé? ¿Os he hecho daño a alguno de los dos?

–No, el bebé esta perfectamente. Y yo también –lo tranquilizó.

–Entonces ¿qué ocurre?

–Tenemos que ir con calma. Todo está ocurriendo demasiado deprisa –dijo ella.

–Cariño, teniendo en cuenta la vista que tengo yo desde aquí, creo que debemos ir más rápido –bromeó Steven bajando la vista hacia su vientre–. ¿Cuándo está previsto que nazca el bebé?

–En febrero –respondió Maria–. El día de San Valentín, el catorce de febrero.

Esperó unos segundos para que él cayera en la cuenta del terrible destino de aquella fecha. Pero Steven no pareció reparar en ello.

–Entonces no nos queda mucho tiempo para preparar la boda –dijo como si tal cosa–. Te propongo una cosa: Casémonos ahora mismo con Magdalene y Louis como únicos testigos.

–Steven, por favor…

–Pero si tienes pensada una boda por todo lo alto lo comprenderé –continuó diciendo él sin hacer caso de sus protestas–. Sólo pongo una condición: que nos casemos antes de Navidad. Quiero que empecemos el año nuevo como marido y mujer.

–¡Basta!

Steven giró la cara como si le hubiera pegado una bofetada y entornó los ojos.

–¿Basta de qué, Maria?

–Deja de intentar precipitar la boda.

Steven se puso de pie pero siguió mirándola con ojos acusadores.

–¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Precipitar una boda que tú no deseas? Te quiero, y pensé que tú también me querías.

–Y te quiero –respondió Maria sintiéndose confusa y frustrada.

Aquella era la verdad. Quería a Steven con toda la fuerza de su corazón.

–Entonces cásate conmigo –insistió él poniéndose de rodillas y tomándola de la mano–. Inicia una nueva vida conmigo y con nuestro hijo.

–Tú sabes que no es tan fácil –dijo Maria por respuesta, retirando la mano y mirando para otro lado.

–Lo que sé es que no es tan difícil tampoco. La mayoría de la gente que se quiere y que va a tener un hijo se casa.

–Nosotros no somos como la mayoría de la gente –le recordó ella–. Yo soy una Barone y tú un Conti.

–Y nuestro hijo será las dos cosas –señaló Steven poniéndose de nuevo en pie.

–Lo sé, pero es que…

–Podemos conseguirlo, Maria –insistió él–. Sé que podemos. Nos casaremos y vendrás a vivir a mi apartamento. O podemos comprar una casa y…

–¡No! –gritó Maria, incapaz de soportar que Steven describiera

una vida juntos que ella sabía de corazón que sería imposible vivir.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Maria culpó automáticamente a la revolución hormonal que se estaba desarrollando en su cuerpo desde que se quedó embarazada porque temía que si afrontaba la verdad, si admitía que deseaba la vida que Steven había descrito, le fallarían las fuerzas. Y no podía permitírselo en aquellos momentos en los que había tanto en juego. Maria se dio cuenta de que necesitaba observar las cosas con distancia para aclararse las ideas y pensar con lógica.

–Creo que sería mejor que te marcharas –dijo entonces.

–Olvídalo. No pienso irme a ninguna parte.

–Entonces tendrás que disculparme –contestó ella con tono orgulloso.

Pero Steven no movió ni un músculo. Se quedó allí quieto mirándola fijamente.

–Por favor, apártate de mi camino –le pidió Maria con frialdad.

La expresión de su rostro se endureció y ella pensó por un instante que Steven iba a negarse, pero entonces se echó a un lado y le ofreció la mano. Maria dudó durante un segundo pero luego se dio cuenta de que le vendría bien algo de ayuda teniendo en cuenta el tamaño de su vientre. Pero en cuanto estuvo de pie se apartó a toda prisa y cruzó por delante de Steven. Se acercó hasta la chimenea y mientras contemplaba las llamas buscó las palabras adecuadas para hacerle comprender que no podía casarse con él. El matrimonio entre ellos nunca funcionaría. ¿Cómo iba a hacerlo si su unión los apartaría a ambos de sus familias? Y peor todavía: Maria temía que con el tiempo acabarían odiándose el uno al otro.

–Si piensas que con esa actitud de princesa de hielo vas a conseguir que me rinda es que no me conoces tan bien como yo pensaba. No me iré de aquí hasta que no obtenga la respuesta que espero, Maria.

Y ella quería darle aquella respuesta, porque era la que ella también deseaba. Pero no podía hacerlo. No mientras aquella maldición pendiera sobre ella y sobre su hijo. La idea de que algo malo pudiera ocurrirle al bebé le provocó una oleada de pánico, y antes de que pudiera hacer nada para evitarlo se le escapó un sollozo de entre los labios.

–Maldita sea… –murmuró Steven entre dientes.

Le daban ganas de golpearse por haber hecho llorar a Maria. No podía verle la cara, pero se apostaría hasta el último dólar a que ella estaba ya arrepentida de aquel arrebato. La conocía lo suficiente como para saber que Maria consideraría aquellas lágrimas como un signo de debilidad. Por otra parte, ella siempre había sido su crítica más feroz, pensó Steven. Tal vez aquel era el resultado de pertenecer a una familia que esperaba demasiado de ella.

Sencillamente, no era justo. ¿Por qué tenía que ser ella la encargada de cargar con el legado de Angelica Barone? ¿Por qué no podía alguien más hacerse cargo de la popular heladería Baronessa del North End? ¿Por qué Maria? Ciertamente había Barone suficientes como para compartir la carga. Pero no, por alguna razón habían colocado toda la carga sobre los hombros de Maria. Y desde el punto de vista de Steven, todos se habían aprovechado de ella durante demasiado tiempo. Aquello tenía que terminar.

Se quedó mirando fijamente los hombros delicados de Maria y le costó trabajo hacerse una idea de la gran carga de responsabilidad que llevaba sobre ellos. No sólo cargaba con todos los problemas que conllevaba dirigir la heladería, sino que además se estaba enfrentando sola a la maternidad.

Steven se reprochó no haberse dado cuenta mucho antes de que algo marchaba mal. Pero en lugar de ayudarla a liberarse del estrés al que estaba sometida, lo único que había conseguido era aumentárselo. Aquella certeza lo hizo sentirse diez veces peor.

Arrepentido de haberla entristecido, Steven se colocó detrás de Maria y le posó las manos sobre los hombros.

–Lo siento –dijo suavemente–. Sabes que preferiría cortarme un brazo antes de hacerte daño. Detesto pensar que te he hecho llorar.

–No lo has hecho. No estoy llorando –aseguró ella secándose sin embargo las lágrimas.

–Bueno, es un alivio –contestó Steven con un tono de voz más jocoso–. Porque cuando un chico le dice a una chica que la quiere y le pide que se case con él, las lágrimas no son precisamente la reacción que espera.

–Oh, Steven, lo siento –dijo Maria con los ojos húmedos de nuevo.

Él suspiró. Teniendo en cuenta que su intento de quitarle hierro al asunto no había funcionado, lo intentaría con la sinceridad.

–¿Tan horrible te parece la idea de casarte conmigo?

–No –respondió ella secándose disimuladamente las lágrimas con el dorso de la mano.

–Entonces, ¿por qué lloras?

–Se me ha metido algo en el ojo –dijo Maria por explicación–. Pero ya estoy bien.

–No lo parece. Pareces triste, y no recuerdo haberte visto triste nunca, ni siquiera cuando las cosas iban tan mal.

Cuando tuvo lugar el desastre de la cata del nuevo sabor de helado, en el mes de febrero, Maria no había derramado ni una sola lágrima a pesar de tener razones de sobra para llorar. Ni tampoco había dado ninguna muestra de sentirse derrotada, como parecía en aquellos momentos.

–Quiero despertarme a tu lado todas las mañanas, Maria –dijo Steven con voz enamorada–. Y dormirme cada noche entre tus brazos. Y quiero tener doce hijos más contigo. Y quiero envejecer a tu lado, Maria Barone. Cásate conmigo –le suplicó.

–Steven, por favor… –contestó ella apartándose de la chimenea.

Él le bloqueó el camino. La tomó de las manos y la miró profundamente a los ojos.

–Cásate conmigo. Dime que sí.

–¡Oh, Steven! –sollozó Maria retirando las manos–. ¿Por qué no escuchas? ¿Por qué no intentas al menos comprenderlo? Nuestro matrimonio no funcionaría.

–¿Cómo puedes saberlo si no lo intentas? –preguntó él con un tono de voz más irritado del que le hubiera gustado mostrar.

–Porque lo sé. Una boda no es la respuesta. Nuestras familias se odian.

–Ese es su problema, no el nuestro.

–¿De verdad tienes el valor de decirme que la rencilla histórica entre los Conti y los Barone no tiene importancia? –exclamó Maria mirándolo con infinito asombro.

–Para ti y para mí no. La rencilla entre nuestras familias no tiene nada que ver con nosotros. Si ellos quieren seguir adelante que lo hagan. Que no cuenten con nosotros y punto.

–¿Ah, sí? ¿Y que te parece que tu familia sospeche que mi primo

Derrick ha secuestrado a tu hermana? ¿Y si tienen razón? –preguntó ella sin darle tiempo a contestar–. ¿De verdad piensas que eso no nos afectaría?

Steven apretó los puños. Sintió un nudo en la boca del estómago al recordar el secuestro de su hermana Bianca. A diferencia de Maria, que tenía muchos hermanos, él sólo tenía a su hermana pequeña. Cuando se enteró de que la habían secuestrado junto a Derrick Barone se sintió al mismo tiempo asustado y furioso. Había levantado cada piedra de la ciudad para encontrarlos. Y cuando el detective privado Ethan Mallory sugirió que Derrick podía ser sospechoso del secuestro en lugar de víctima, Steven había prometido localizar a aquel desgraciado y cortarle el cuello si le había tocado a Bianca un solo pelo de la cabeza. Ni siquiera las amenazas del FBI de acusarlo de obstrucción a la justicia habían impedido que siguiera buscando a su hermana. Pero cuando el propio Ethan le dijo que estaba entorpeciendo la investigación en lugar de ayudar, Steven admitió finalmente que debía apartarse y dejar que los profesionales hicieran su trabajo. Incapaz de hacer nada más para ayudar a su hermana, reinició la búsqueda de Maria, que había dejado de lado tras la noticia del secuestro. Pero aunque hubiera localizado a Maria y estuviera allí con ella seguía preocupado por su hermana.

–A juzgar por tu expresión está claro que sabes que tengo razón.

–Lo único que sé es que si Derrick es el responsable del secuestro de Bianca y le ha hecho algún daño tendrá que vérselas conmigo.

–¿Lo ves? –señaló Maria con voz trémula–. Ya estamos. ¿Qué posibilidad tenemos de estar juntos cuando hay tanto odio entre nuestras familias?

Steven maldijo su mal pronto y trató de contenerse. Se dijo que Mallory encontraría a su hermana. En aquellos momentos, Maria y el bebé tenían que ser su prioridad.

–Podemos conseguir que funcione, sé que podemos.

–No seas ingenuo –replicó Maria con amargura–. En estos momentos las cosas están peor que nunca entre ellos.

–Tal vez no fuera así si tu familia no hubiera acusado a la mía de sabotaje –se defendió Steven.

Él nunca había compartido el desprecio de los suyos hacia los Barone ni se había dejado llevar por lo que consideraba una rencilla

estúpida, pero conocía a su familia lo suficiente como para saber que nunca harían nada que fuera ilegal ni inmoral. Y tanto el sabotaje del helado como el incendio de la fábrica lo eran.

–¿Y crees que puedes culparlos? –contraatacó Maria–. Mira todas las tragedias que ha padecido mi familia por culpa de la maldición de los Conti.

–No existe ninguna maldición –respondió Steven de inmediato.

–Ve a decirle eso a tu tía Lucia. Ella fue la primera que la lanzó contra mi familia.

–Eso que llamáis maldición no fue más que la rabieta de una adolescente furiosa y con el corazón partido –murmuró él entre dientes–. No es real. No existe.

–¿Por qué? ¿Porque tú lo digas? Pues bien, déjame decirte algo, Steven Conti. Sólo porque tú no creas en ella no significa que no sea real. Lo es. Sé que lo es.

–Maria, cariño, escucha lo que estás diciendo –razonó Steven buscando las palabras precisas para hacerla entrar en razón–. Piensa, Maria, piensa. Eres una de las mujeres más inteligentes que conozco. Seguro que te darás cuenta de que toda esa historia de la maldición es… es absurda.

–Tal vez para ti. Pero no para mí. Ni para mi familia. La maldición existe, Steven. Los Barone hemos sufrido sus consecuencias durante demasiado tiempo como para creer lo contrario.

Steven se dio cuenta de que Maria tenía las emociones a flor de piel a causa del embarazo, y por tanto era más susceptible de tomarse en serio el asunto de la maldición que en otras circunstancias. Pero ya tenía suficientes obstáculos que superar para convencer a Maria de que se casara con él. No podía permitir que aquella absurda maldición fuera uno más.

–No estoy diciendo que tus miedos no sean reales. Sé que lo son. Pero la Maria que yo conozco y amo nunca permitiría que el miedo le dictara cómo vivir su vida.

–Ahora no se trata sólo de mi vida, sino también de la del niño.

–¿Es que no sabes que nunca permitiría que nada ni nadie le hiciera daño a nuestro bebé? –preguntó acercándose más a ella y mirándola fijamente a los ojos.

–Lo sé. Pero hay cosas que están fuera de tu control.

–O sea, que estás dispuesta a arrojar por la borda tu futuro y el de nuestro hijo basándote en un cuento de viejas –la acusó Steven, reconcomido por la frustración.

–Ya te he dicho que no se trata sólo de la maldición. Nuestras familias son enemigas. Y a excepción de mi prima Karen nadie sabe que hemos estados viéndonos, y mucho menos que estoy embarazada. ¿Puedes imaginarte cómo se sentirán cuando les diga que tú eres el padre del niño?

Se quedarían tan sorprendidos como su propia familia, pensó Steven para sus adentros.

–Pues sí, será una sorpresa –admitió en voz alta–. Pero cuando descubran lo que sentimos el uno por el otro lo aceptarán.

–Pensarán que los he traicionado.

Aquellas palabras lo atravesaron como un cuchillo. Peor que eso: Steven tuvo la dolorosa sensación de que Maria no estaba hablando sólo de su familia.

–¿Es eso lo que piensas tú también? ¿Crees que has traicionado a los tuyos por estar conmigo?

–Yo no he dicho eso.

–No, tú has asegurado que no te casarás conmigo por nuestras familias y por la maldición. Pero tal vez la verdadera razón sea que te has pensado dos veces el hecho de estar conmigo. Después de todo, soy un Conti.

–¿Qué se supone que quiere decir eso? –preguntó ella.

–Quiere decir que tal vez te hayas preguntado si tu familia tiene razón respecto a los villanos de los Conti. Que tal vez tú también crees que estamos detrás de los problemas que han tenido este año los Barone –aseguró entre dientes–. Quizá crees que yo tuve algo que ver con el sabotaje y con el incendio.

–No pienso nada de eso.

–¿Estás segura? –presionó Steven guiado por la rabia y el dolor.

–No pienso dignarme ni a contestar.

Maria hizo amago de moverse, pero él se colocó delante cerrándole el paso.

–Demuéstralo. Demuestra que no me tomas por un enemigo, que no te arrepientes de lo que hemos compartido –la retó–. Cásate conmigo. Tu familia te quiere y la mía me quiere a mí. Querrán que seamos felices. Además, mi madre lleva algún tiempo diciendo que

está deseando tener nietos. Lleva años detrás de mí para que me case.

–No creo que pensara en mí como candidata.

–Tal vez no. Pero se acostumbrará a la idea –la tranquilizó Steven–. Todos se acostumbrarán.

–¿Incluida tu tía Lucia?

–Si quiere seguir formando parte de mi vida y de la del bebé, tendrá que aceptarlo –aseguró él.

Pero sabía que Maria tenía razón. No era probable que su tía Lucia aceptara aquella unión. Por mucho que Steven quisiera a la anciana, no era ciego a sus defectos. El peor de todos era aquel odio enfermizo contra los Barone. Por desgracia, Lucia Conti se había pasado casi setenta años alimentando aquel odio. Steven había llegado a la conclusión de que su tía había optado mucho tiempo atrás por cerrarse a cualquier oportunidad de volver a amar y había volcado todo su cariño en su hermana y en él. Por muy triste que pudiera parecer, sospechaba que Bianca y él habían rellenado el hueco de un marido y unos hijos en la vida de su tía. Aparte de ellos y del restaurante, su única pasión en la vida era odiar a los Barone. Por mucho que a Steven le doliera perder a su querida tía, mucho más le dolería no tener a Maria y a su hijo.

–¿Harías lo mismo con tus padres y con tu hermana? –preguntó Maria–. Si se niegan a aceptarme como tu esposa, ¿vas a apartarlos también de tu vida?

–Si es necesario para que estemos juntos, sí. Lo haré –respondió él sin vacilar.

Y lo decía en serio. Esperaba no tener que decidir nunca entre Maria y su familia, pero si tuviera que hacerlo lo haría.

Y la elegiría a ella. A ella y a su hijo.

–Entonces, ¿qué me dices? ¿Te casarás conmigo?

Capítulo Tres

–Sólo tienes que decir que sí –la urgió Steven implorándole con aquellos ojos azules–. Dime que sí y buscaremos ahora mismo un juez de paz para que nos case. Luego regresaremos a Boston y les contaremos la noticia a las familias.

Maria se lo quedó mirando fijamente. Steven hacía que las cosas parecieran tan sencillas, tan fáciles… Lo amaba y deseaba con toda su alma decirle que sí y convertirse en su esposa. Pero aunque consiguiera milagrosamente convencer a su familia de que aceptara una boda entre ellos, no creía que los Conti se resignaran jamás a semejante unión. ¿Y qué pasaba con la maldición? Tal vez Steven tuviera razón y no fuera más que una estúpida superstición, pero ¿y si no fuera así?

–Lo siento Steven –respondió finalmente bajando los ojos.

Maria dio un paso atrás. Necesitaba apartarse de él, reunir fuerzas de flaqueza y marcharse aunque estuviera deseando perderse entre sus brazos.

–No puedo casarme contigo.

–Maria… –comenzó a decir Steven con la voz cargada de frustración.

–No –lo interrumpió ella suspirando–. He tomado una decisión y no voy a cambiar de opinión. Por favor, acéptalo. No quiero seguir discutiendo este asunto.

–¿Y qué pasa con el niño? –preguntó él apretando los labios–. ¿Se supone que tengo que olvidarme de que el hijo que llevas en las entrañas es mío también?

–Sería lo mejor para todos –contestó Maria tragando saliva–. Ya te he dicho que excepto Karen nadie sabe lo nuestro. Así que nadie tiene por qué enterarse de que eres el padre del niño.

–¡Pero lo sé yo! –espetó Steven furioso–. ¡Se trata de mi hijo, y no puedo fingir que no lo sea! ¡No me puedo creer lo que me estás pidiendo!

–Steven, por favor, no quise decir que…

–Entiendo perfectamente lo que has querido decir. Como nadie sabe que estabas saliendo conmigo, nadie sabrá que estás esperando un hijo mío.

–Pero no por las razones que tú piensas –aseguró Maria alzando una mano para acariciarlo al darse cuenta del daño que le había hecho.

–No –respondió Steven apartándole la mano.

Se dio la vuelta para darle la espalda. Pero no antes de que Maria tuviera la oportunidad de ver la rabia y el dolor dibujados en sus facciones. Ella no supo qué decir ni cómo atenuar la herida que había provocado al intentar razonar con él.

–Lo siento –dijo finalmente–. No pretendo ser cruel. Lo último que quiero es hacerte daño.

–Nadie lo diría.

–Steven, por favor, mírame al menos –le pidió con la esperanza de hacerle entrar en razón.

Pero cuando él se giró se dio cuenta de que la amargura que había escuchado en su tono de voz no se correspondía con la de su rostro. Desde que lo conocía nunca le había visto una expresión tan fría, tan distante. Maria no podía culparlo por estar enfadado. No sólo se había arrojado a la cara su proposición de matrimonio, sino que además le había pedido que se olvidara de que era el padre de su hijo.

–Lo siento –dijo de nuevo, deseando que aquellas palabras no sonaran tan vacías–. Me doy cuenta de que es mucho pedir que te alejes del bebé.

–En eso tienes mucha razón.

–Pero te lo pido de todas maneras –continuó Maria haciendo caso omiso de su sarcasmo–. Pienso sinceramente que es lo mejor para todos aunque ahora no lo veas así.

Steven guardó silencio y se limitó a seguir mirándola con frialdad.

–Te doy mi palabra de que cuidaré lo mejor que pueda de nuestro hijo y trataré de ser una buena madre –aseguró–. Y te prometo que algún día le contaré la verdad sobre ti. Él o ella sabrá cuánto lo deseabas. Entiendo que me odies por pedirte esto, pero te lo pido de todas formas. No, te lo suplico. Por favor, márchate por esa puerta y olvídame. Olvídate del niño. Olvida todo lo que ha

pasado entre nosotros el último año.

–Sería más fácil que me cortaran el corazón por la mitad –respondió Steven con desdén.

Maria sintió que se le partía el alma al escuchar aquellas palabras porque describían a la perfección sus propios sentimientos. Olvidarlo a él sería como olvidar una parte de sí misma. Pero tenía que ser fuerte por el bien de todos.

–Si sientes algo por mí… si alguna vez has sentido algo por mí, haz lo que te pido.

–Te amo –contestó él con expresión todavía más sombría–. Te amo más de lo que nunca imaginé que podría amar a otro ser humano. Pero ni siquiera por ti le daré la espalda a mi hijo.

–Steven…

–Es mi hijo, Maria, y no pienso ignorar ese hecho bajo ningún concepto. Y no pienso regresar a Boston sin ti.

En el fondo de su corazón sabía que tenía toda la razón del mundo para sentirse así, pero ella tenía que pensar en el bebé. Steven era un hombre maravilloso, y ella tenía que ser igual.

–No tienes elección –lo retó sabiendo nada más decirlo que no era cierto–. No puedes forzarme a volver a Boston. Y desde luego no puedes obligarme a casarme contigo.

–Tienes razón. No puedo. Pero lo mismo ocurre a la inversa, cara de ángel. No puedes obligarme a salir de Montana. Y tanto si nos casamos como si no, tengo derechos como padre respecto a la criatura que llevas en el vientre… derechos que pienso ejercer.

Maria se colocó una mano sobre el abultado vientre con gesto protector. Steven tenía razón. Ella lo sabía. De pronto se le vino a la cabeza la imagen de ambos en la sala del juzgado reclamando la custodia del bebé.

–¿Te enfrentarías conmigo en un tribunal? –preguntó sin poder evitar un cierto temblor en el tono de voz.

–No soy un monstruo, Maria –reconoció Steven suavizando levemente la expresión–. No os haría una cosa así ni al niño ni a ti. Pero no pienso dejaros escapar a ninguno de los dos. Maria… –comenzó a decir avanzando hacia ella.

–Por favor, Steven –protestó Maria sacudiendo la cabeza–. Estoy muy cansada. Te agradecería que te fueras.

Él pareció dudar, y durante un instante pensó que iba a negarse.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Me iré, pero al hotel –aseguró besándola levemente en los labios–. Te amo, y no voy a rendirme.

–Adiós, Steven –dijo ella con firmeza–. Ya conoces la salida.

Y con el sabor de sus labios en la boca y sintiendo en el corazón el peso de la decisión que había tomado, salió de la habitación.

Steven reprimió el deseo de seguirla. Dejar marchar a Maria delante de sus narices había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida. Cuando la vio desaparecer por el pasillo rumbo a las escaleras aspiró con fuerza el aire y lo fue soltando lentamente. La rabia inicial que había sentido cuando ella rechazó su proposición de matrimonio se había esfumado en cuanto se dio cuenta de lo estresada que estaba Maria.

Estaba preocupado por ella. Seriamente preocupado. Parecía tan frágil como el cristal cuando estaba allí de pie al lado de la chimenea mirándolo con aquellos ojos de preocupación y aquel rostro que parecía palidecer por segundos. Al observarla con más detenimiento, Steven había descubierto bajo sus ojos unas sombras moradas que nunca antes le había visto. El modo en que se frotaba repetidamente las manos era también una señal clara de nerviosismo. Maria estaba estresada al máximo aunque ella nunca lo admitiría. Más bien se dejaría llevar hasta el límite para luego caer redonda, lo que no sería bueno para ella ni para el niño.

Por eso él había desistido. No le había resultado fácil. La obstinación era uno de los rasgos que ambos tenían en común. Pero no le había quedado más remedio, razonó Steven. Lo mejor en aquellos momentos sería marcharse, pensó dirigiéndose hacia el mismo pasillo que había tomado Maria. Se trataba solo de una retirada momentánea, por supuesto. Lo que le había dicho a ella iba en serio: no tenía ninguna intención de regresar solo a Boston. Pero primero tenía que idear un plan para ayudarla a olvidar su paranoia respecto a la maldición y a la reacción de sus familias. Y tenía que ser un plan que no le provocara más estrés.

Steven se acercó al perchero que estaba al lado de la puerta en el que había colgado su chaqueta. Cuando se estaba preguntando si debía ir en busca de los Calderone para despedirse o hacerlo más tarde por teléfono, una sonriente Magdalene dobló la esquina y lo

vio.

–Ah, Steven, estás aquí. Iba a ir a vuestro encuentro. El café y el chocolate están preparados.

–Gracias, señora Calderone, pero creo que no va a poder ser. En otra ocasión.

–¿Ya te marchas? –preguntó la señora dejando de sonreír–. Pero, ¿dónde está Maria? –preguntó mirando a su alrededor con gesto desconcertado.

–Ha subido arriba a descansar. Así que creo que yo me iré al hotel.

–¿Maria no se encuentra bien? –preguntó Magdalene con preocupación.

–Dijo que estaba cansada y desde luego lo parecía pero, para ser sinceros, creo que nuestra conversación la ha alterado.

Steven dudó un momento antes de continuar hablando.

–Como probablemente se habrá imaginado usted, yo no sabía nada del bebé.

–Sí, eso me imaginaba –respondió la mujer con aire pensativo–. Bueno, y ahora que lo sabes, ¿qué piensas hacer?

–Quiero a Maria y voy a casarme con ella cueste lo que cueste –aseguró Steven mirando a Magdalene a los ojos–. Pero voy a necesitar su ayuda para conseguirlo.

La señora Calderone asintió varias veces con la cabeza al tiempo que sonreía con satisfacción.

–Dime qué quieres que haga.

Capítulo Cuatro

–¡Oh, tienen un aspecto estupendo! –exclamó Magdalene algunas tardes después, cuando Maria sacó las galletas italianas del horno y las colocó sobre la encimera.

–Mejor sabrán –contestó la joven.

Agarró el cuenco de helado que había preparado y se dispuso a pintar la parte superior de las galletas todavía calientes con aquella mezcla a base de azúcar, leche y aroma de anís. Las galletas italianas siempre habían sido sus favoritas y eran además una de las piedras de toque de Baronessa. No podía ser de otra manera, pensó con orgullo, porque la receta era la misma que había utilizado su tatarabuela. Preparar aquella hornada para el bazar de la iglesia de Silver Valley la había ayudado a mantenerse ocupada pero también le hacía sentir nostalgia de su familia. Uno de los primeros encargos que su abuela le había asignado en Baronessa cuando era pequeña fue colocar helado sobre las galletas, recordó Maria. Pensar en su abuela le provocó una nueva punzada de nostalgia. Si siguiera viva, ¿qué pensaría de Steven y de lo del bebé? ¿Se sentiría traicionada?

–Esto…Maria, pequeña, creo que te has pasado un poco con el helado en esta galleta.

Maria centró de nuevo la atención en lo que estaba haciendo y soltó un gruñido. En lugar de tener unas bandas ligeras de helado, aquella galleta era toda ella una masa verde. Maria se regañó a sí misma entre dientes por su descuido y comenzó a retirar el exceso de helado con ayuda de una espátula.

–¿Por qué no la dejas como está? –bromeó Magdalene–. Estoy segura de que a Louis y a Steven no les importará comérsela.

Maria torció el gesto ante aquel comentario. Habían pasado cinco días desde que rechazó la proposición de Steven y desde entonces él había ido todos los días a casa de los Calderone. No había vuelto a mencionar el asunto de la boda ni la había presionado de nuevo para que le contara a su familia lo del bebé, pero se las había arreglado para ganarse el aprecio de los Calderone

y entrar a formar parte de su vida diaria. Maria tuvo que admitir que aquello no le gustaba. En ningún momento se había tragado aquella pantomima de tregua que estaba llevando a cabo Steven. Maria colocó el helado sobrante en un plato.

–¿Sabes qué? A lo mejor podías embadurnar algunas más –comentó Magdalene con una sonrisa–. Así tendríamos postre para esta noche.

–Creí que habías decidido poner a Louis a régimen y habías renunciado a los postres –le recordó Maria.

–Y así es, lo tengo a dieta –aseguró la mujer asintiendo con la cabeza–. Pero ya que esta noche vamos a tener un invitado a cenar deberíamos ofrecerle al menos un postre. Además, ya sabes que mi Louis es un goloso. No creo que pueda resistirse a estas galletas.

–¿Qué invitado? –preguntó Maria.

–Steven –respondió la mujer con inocencia, dándole momentáneamente la espalda para mirar el horno–. La otra bandeja de galletas estará lista enseguida.

–Magdalene, sólo porque Steven y yo… porque Steven sea…

Maria suspiró profundamente y comenzó de nuevo.

–No tenías porqué invitar a Steven a cenar por mí –dijo finalmente, mientras retomaba la labor de cubrir las galletas de helado.

–No lo he hecho por ti. Quería agradecerle que me hubiera ayudado a arreglar la valla –aseguró la mujer–. Steven es un buen hombre, pequeña. Y te quiere. ¿Por qué no le das una oportunidad?

–¿Qué posibilidades hay de que saliera bien si nuestra relación nos separa de nuestras familias?

–Creo que te subestimas, y también a él. Maria, eres una mujer fuerte y valiente, y por lo que lo conozco puedo decir que Steven también lo es. ¿Por qué no lo intentáis al menos?

–Porque tengo miedo –admitió Maria levantando la vista de la encimera para mirar a Magdalene a los ojos–. Tengo miedo de lo que le pueda ocurrir a mi bebé.

La otra mujer la miró fijamente durante un instante y comprendió. Estaba al tanto de la historia.

–La maldición de los Conti… –susurró.

–Sí –contestó Maria sintiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas–. Sé que parece una tontería y no pretendo que lo

entiendas. Pero no puedo arriesgarme.

–Ah, mi pobre pequeña –exclamó abriendo los brazos para abrazar a la joven.

La estrechó entre sus brazos y le acarició el cabello como si fuera una niña. De pronto aquello le pareció demasiado y Maria comenzó a sollozar.

–Vamos, vamos –la consoló Maria palmeándole suavemente la espalda–. Adelante, llora. Te sentirás mejor.

Pasados unos minutos Maria recuperó el control. Dio un paso atrás y se secó las lágrimas y las mejillas con la punta del delantal.

–Lo siento. No sé por qué estoy tan ñoña –se disculpó la joven.

–No hay nada que sentir. Y no eres una ñoña –la tranquilizó Magdalene–. Ya te lo he dicho antes, eres una mujer muy valiente.

–Que llora sin motivo.

–Tienes muchos motivos para llorar –contestó la mujer con seriedad–. Pero tienes más para sonreír. El bebé que tienes dentro y un hombre que te ama con toda su alma.

–Lo sé –reconoció Maria sintiéndose culpable por haberse dejado llevar por la autocompasión.

–El amor puede ser un arma poderosísima, Maria. Más poderosa que una maldición.

En aquel instante sonó la alarma del horno y se libró de responder. La joven vio el cielo abierto para cambiar de tema.

–Cielos, debo estar perdiendo mi toque –aseguró colocándose los guantes–. Antes podía pintar de helado una bandeja entera de galletas y tomarme un café antes de que estuviera lista la siguiente.

En cuestión de minutos las dos mujeres estaban de nuevo hablando del bazar de Navidad y de la vida en Silver Valley y dejaron atrás el tema de la maldición de los Conti y de Steven.

–¿Cuándo creéis que podréis ir a Boston a visitar a Karen? –preguntó Maria a los Calderone aquella noche cuando se sentaron a cenar.

–No estoy muy segura –respondió Magdalene–. Pero no será antes de Fin de Año. Tal vez febrero, coincidiendo con el nacimiento de vuestro bebé.

–Yo… a Maria y a mí –corrigió Steven–, nos encantaría que

estuvierais allí cuando nazca, ¿verdad, Maria? –le preguntó haciendo todo lo posible para incluirla en la conversación.

–Para mí significaría mucho teneros a mi lado en esos momentos –aseguró Maria dirigiendo el comentario exclusivamente a los Calderone–. Pero he pensado tener el bebé aquí, en Silver Valley. Me doy cuenta de que es un incordio pero…

–Tonterías –la atajó Magdalene–. Eres bienvenida todo el tiempo que desees quedarte. Y a Louis y a mí nos encantaría que vuestro pequeño naciera aquí.

–Magdalene tiene razón –intervino Louis con su acento marcadamente español–. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero el nacimiento de un niño es un acontecimiento familiar. ¿Estás segura de que no quieres estar cerca de los tuyos en un momento tan importante?

–Louis tiene razón –aseguró Steven dedicándole al hombre una mirada de agradecimiento–. Cuando les cuentes a nuestras familias lo del bebé todos esperarán ansiosos su llegada. Para ellos será más fácil estar cerca si el bebé nace en Boston.

–Estás dando por hecho que mi familia me seguirá hablando cuando les cuente la noticia –aseguró Maria con voz triste.

–Cuando se la contemos –corrigió él.

Maria volvió a guardar silencio. Steven hizo todo lo posible para disimular su frustración. No destacaba precisamente por su paciencia, algo que Ethan Mallory le había recordado aquella mañana, cuando Steven lo había llamado para exigir que el FBI pusiera más medios para localizar a su hermana. Pero a pesar de la opinión de su ex cuñado, había ejercitado sobremanera la paciencia desde su llegada a Silver Valley, sobre todo desde el momento en que se dio cuenta de lo estresada que estaba Maria. Llevaba cinco días dejándose caer por la casa de los Calderone para tratar de que ella se relajara e insistirle de nuevo en la idea de la boda, pero no estaba más cerca de su meta en aquellos momentos de lo que lo había estado el día de su llegada. ¿Cómo demonios iba a convencerla de que se casara con él si apenas le dirigía la palabra y trataba constantemente de esquivarlo? ¿Y qué tendría que hacer si Maria se mantenía firme en su decisión de tener al niño en Montana?

Se negaba a aceptar aquella posibilidad, así que volvió a

intentarlo de nuevo.

–Entonces está hecho –les dijo a los Calderone–. Maria y yo os esperamos en Boston el día de San Valentín para que celebréis con nosotros el nacimiento de nuestro hijo.

–Allí estaremos –aseguró Magdalene.

–Bien. Y quiero que os quedéis el tiempo suficiente como para que pueda devolveros vuestra hospitalidad. No puedo prometeros una comida tan suculenta como ésta, pero no se me da mal cocinar.

–Oh, no hace falta que te molestes, Steven. Maria y tú estaréis muy ocupados con vuestro pequeño –señaló la mujer.

–Ella será la que se lleve el trabajo más duro. Además, si fuera necesario siempre puedo encargar algo al restaurante de mis padres. Antonio's sirve la mejor comida italiana de Boston.

Maria se puso visiblemente tensa al escuchar la mención del restaurante familiar. Desvió al instante la mirada y la clavó en el plato, pero antes Steven tuvo la oportunidad de observar la expresión turbada de sus ojos. Sintió deseos de arrancarse la lengua por bocazas.

–Louis y yo estamos deseando que llegue el momento –dijo Magdalene rompiendo el silencio y de paso algo de la tensión que se había creado–. Pero por ahora, ¿por qué no te sirves un poco más de guiso de carne?

Steven sintió deseos de besar a la mujer por echarle aquel cable.

–Me encantaría –respondió alzando las manos con una sonrisa–, pero creo que si como algo más seré incapaz de moverme. Gracias de todas formas. Estaba delicioso.

–Ya te dije que mi Magdalene es una cocinera maravillosa –aseguró Louis sonriendo con orgullo–. Esa es una de las razones por las que me casé con ella. Pero no la única –continuó mientras la miraba con expresión de arrobo–. Desde el primer instante en que la vi. supe que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida.

–Louis, por favor –protesto Magdalene intercambiando sin embargo con su marido una mirada cómplice–. Tenemos invitados. No creo que les interese nuestra historia de amor.

–Al contrario –respondió Steven mirando de reojo a Maria, que permanecía en silencio–. Me recuerda cómo me sentí yo la primera vez que la vi a ella.

–¡Oh, por favor, cuéntanoslo! –lo animó Magdalene.

Maria se reclinó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos. Al ver que no protestaba verbalmente, Steven continuó hablando.

–Conocí a Maria en la boda de Gail, una antigua compañera de universidad.

–El novio era un Barone –señaló Maria.

–Eso es. Su hermano Nicholas era el novio. Pero eso no impidió que fuera a la celebración.

–Porque estabas interesado en una amiga de Gail –lo acusó Maria.

–Admito que la idea de conocer mejor a una de las dama de honor fue una de las razones por las que asistí a esa boda –reconoció Steven, animado por el calor que desprendían las palabras de Maria–. Pero entonces miré al otro lado del salón de la recepción y vi a una morena preciosa con los ojos más bonitos del mundo.

–Maria –dijo Magdalene.

–Sí. Nada más verla me olvidé por completo de la otra mujer. Sólo podía pensar en cómo conocerla.

–Qué romántico –comentó la señora Calderone–. ¿Qué hiciste?

–Le pedí que bailara conmigo y la monopolicé el resto de la velada. Cuando terminó la fiesta y la banda de música comenzaba a recoger los bártulos yo me negué a soltarla a menos que me diera su número de teléfono y un beso.

–Porque no sabías que era una Barone.

–Me hubiera dado lo mismo saberlo –aseguró Steven–. Ya te dije entonces que no me importaba quién fuera tu familia, y tampoco me importa ahora. No voy a tirar por la borda nuestro futuro y el de nuestro hijo por una rencilla ridícula y una tontería de maldición.

Maria se puso de pie y dejó caer la silla en la operación.

–Te he dicho mil veces que no es una tontería. Y es una decisión mía, no tuya. Lo siento Louis, Magdalene, pero yo… Disculpadme –dijo en un sollozo antes de salir del comedor.

–¡Maria, espera!

–Déjala irse –dijo Magdalene sujetándolo del brazo para impedir que fuera tras ella.

–¡Pero está muy disgustada!

–Sí. Y si vas detrás para intentar convencerla de que tú tienes

razón sólo conseguirás disgustarla más. Intenta ser paciente.

–He sido paciente y no ha servido de nada –contestó Steven dejándose caer en la silla con un suspiro de frustración.

–Sí que ha servido. ¿Por qué crees que se ha disgustado? –preguntó Magdalene soltando una carcajada–. He visto la cara de Maria cuando hablabas de la otra mujer. Estaba celosa.

–No tiene ningún motivo para estarlo. No he mirado a ninguna otra desde que la conocí. Ella es la mujer que amo, la mujer con la que quiero casarme.

–Y ella siente lo mismo. Pero está asustada. Intenta tener paciencia.

–No sé si podré. Se me acaba el tiempo, Magdalene. Hoy he hablado con el detective que lleva el secuestro de mi hermana. No hay ninguna novedad, y cuanto más tiempo pasa menos posibilidades hay de que nos la devuelvan intacta. Tengo que volver a Boston pero no quiero marcharme sin Maria –aseguró con sinceridad.

–Tal vez no tengas que hacerlo –contestó Magdalene con un brillo de satisfacción en la mirada–. Tengo una idea que puede servir para acelerar las cosas.

Capítulo Cinco

Magdalene tenía razón. El baño de agua caliente la había ayudado a relajarse, pensó Maria saliendo del cuarto de baño que estaba dentro de su habitación. También había servido que los Calderone aceptaran sin rencor sus excusas por su forma de salir antes del comedor. Magdalene le había asegurado que no tenía de qué preocuparse, que comprendían la presión a la que estaba sometida, pero ella no podía evitar sentirse avergonzada de su comportamiento.

Era la directora de un negocio próspero. Se había enfrentado a cientos de problemas desde que se hizo con el control de la heladería Baronessa. Y lo había hecho con calma. Su familia aseguraba que no sólo era la viva imagen de la abuela Angelica, sino que además poseía la misma sangre fría y la misma capacidad de decisión que la fundadora de Baronessa.

Pero, ¿dónde estaba ahora aquella mujer resolutiva de sangre fría? ¿Desde cuándo se había convertido en un ser tan emotivo? Una voz interior le susurró: «Desde que te enamoraste de Steven». Maria suspiró. Cuando volvió a bajar ya se había marchado, así que aquella noche se había librado de enfrentarse de nuevo a él, pero sabía que tendría que volver a hacerlo. También tendría que enfrentarse a la situación en la que los había puesto el bebé, y tenía que hacerlo enseguida.

Se llevó la mano al vientre y lo acarició con suavidad. Lo que necesitaba era dormir una noche de un tirón, pensó. Tal vez por la mañana se encontraría mejor y podría tomar la decisión más adecuada para todos. Se quitó la bata y se colocó a los pies de la cama. Se encaramó a ella, apagó la luz y se arropó con las sábanas. Cerró los ojos y trató de dormir. Pero durante los siguientes veinte minutos sólo fue capaz de dar vueltas en la cama. En su cabeza sólo aparecían imágenes de su familia y de Steven.

Maria se rindió, se sentó en la cama y encendió la luz. Miró de reojo a la mesilla de noche, donde estaba el teléfono. Si pudiera

hablar con Karen tal vez no se sentiría tan sola ni tan cansada, pensó. Miró el reloj. Eran las diez en punto, observó con disgusto. Era demasiado tarde para llamar a su prima. En Boston era más de medianoche, y ella y Ash estarían probablemente en la cama, bien porque Karen y el jeque estaban prácticamente todavía de luna de miel o porque sin duda el embarazo de su prima le provocaría un gran cansancio.

Pero pensar en la historia de amor de Karen y su boda con el jeque la entristecieron. Se alegraba sinceramente de que las cosas entre la pareja hubieran salido bien, pero no podía evitar sentir una punzada de envidia. Si al menos hubiera alguna manera de que su relación con Steven pudiera tener también un final feliz…

Maria se sintió atravesada por una oleada de tristeza con la fuerza de un huracán que la hizo sentirse todavía más triste y sola. Miró de nuevo hacia el teléfono y a pesar de la hora marcó el número de Karen.

Su prima contestó al tercer timbrazo.

–¿Diga?

–Hola, Karen. Soy Maria.

–¡Maria! –exclamó la joven–. Debes ser adivina. Justo ahora le estaba diciendo a Ash que necesitaba hablar contigo. Tenía pensado llamarte por la mañana.

–Lo siento, no debí llamar a estas horas –aseguró Maria arrepintiéndose por haber telefoneado–. No es nada importante. Será mejor que te llame en otro momento.

–Maria, no te atrevas a colgar –le ordenó Karen–. Te he dicho que yo también quería hablar contigo.

–¿Seguro que no os he pillado en un mal momento? –insistió la joven dudando.

–En absoluto –la tranquilizó su prima–. Estábamos sentados en la cama peleándonos por el nombre del niño.

–Estábamos *pensando* en nombres para el niño –gritó Ash.

Maria sonrió al escuchar la voz de su recién estrenado cuñado. Recordó que al principio de su relación Karen había mantenido las distancias con el jeque porque tenía miedo de que fuera demasiado controlador.

–¿Qué te parece Ashley? –le preguntó su prima arrancándola de sus pensamientos.

–Es bonito –respondió Maria.

–A mí también me gusta. Y sirve tanto para niño como para niña.

–Nuestro hijo no va a ir por la vida con un nombre de niña –aseguró Ash por detrás–. Eso sería terrible.

Pero a Maria no se le escapó el tono de felicidad y orgullo de su voz. Escuchar a la pareja discutir con tanta naturalidad del nombre de su hijo despertó en ella el deseo de compartir momentos así con Steven.

–Hombres –dijo Karen después de mandar a su marido a la nevera en busca de un poco de helado–. Y hablando de hombres, ¿sigue todavía Steven en Silver Valley?

–Sí. Yo pensé que después de dejarle claro que no iba a casarme con él regresaría a Boston, pero en lugar de eso se ha convertido prácticamente en un miembro más de la familia Calderone –aseguró Maria con frustración–. Magdalene y Louis lo adoran. Los tiene locos.

–¿Y a ti?

–A mí también, pero no en el sentido que tú crees. Quiero decir, que ya no me presiona para que me case con él como hizo el primer día –se explicó–, pero el mero hecho de que ande por aquí hablando de nosotros y del bebé como si fuéramos una familia… no sé, hace las cosas más difíciles –dijo finalmente, incapaz de explicar que Steven la hacía desear lo que sabía que no podía tener.

–¿Has vuelto a pensar en qué vas a hacer?

–No pienso en otra cosa –reconoció Maria.

–¿Y?

–Y lo que quiero hacer y lo creo que debería hacer son dos cosas totalmente distintas. Amo a Steven y quiero casarme con él.

–Pero… –puntualizó Karen.

–Pero tengo miedo de lo que pueda ocurrir si lo hago.

–Recuerdo que yo me sentía así no hace mucho tiempo. Y una mujer inteligente y maravillosa me dijo que no debería desaprovechar la oportunidad de estar con el hombre al que amaba.

María escuchó las palabras que ella misma había pronunciado volverse en contra suya.

–Mi situación es diferente –dijo en su defensa.

–¿Ah, sí? Yo tenía miedo de que Ash me rechazara, de que sólo

quisiera casarse conmigo para controlarme. Pero fuiste tú la que me convenció de que sería una locura no intentarlo. Tal vez deberías seguir tu propio consejo. ¿Por qué no intentarlo? Acepta la proposición matrimonial de Steven y luego cuéntale a la familia lo vuestro y lo del bebé.

María deseó con todas sus fuerzas ser capaz de hacerlo. ¿Pero qué ocurriría si ambas familias los rechazaban? ¿Y si por culpa de su decisión su hijo pagaba el precio de la maldición como le había ocurrido en una ocasión a su abuela?

–No puedo –susurró–. Destrozaría a mi familia, y sólo Dios sabe cómo reaccionaría la de Steven. No, no puedo hacerlo. No puedo correr el riesgo.

–La gente cambia, Maria.

–Pero no tanto. Ya sabes lo mal que estaban las cosas últimamente. Sólo hace falta mencionar el nombre de los Conti en Baronessa para que a todo el mundo le suba la tensión. ¿Te imaginas su reacción si les dijera que Steven y yo nos íbamos a casar? ¿Que mi hijo sería un Conti?

–Tal vez te sorprendieran –apuntó Karen.

–Lo más probable sería que me desheredaran y que no volvieran a verme ni a dirigirme la palabra nunca más.

Los ojos de Maria se llenaron de lágrimas sólo de pensar en que pudiera sucederle una cosa así.

–Tendrás que decírselo tarde o temprano –insistió su prima–. Todo el mundo sigue preguntándose dónde estarás y cuándo piensas volver.

–¿Hay algún problema en Baronessa? –preguntó Maria frunciendo el ceño al detectar en la voz de Karen que algo no iba bien.

–No. Al menos ninguno nuevo. Mimi está haciendo un gran trabajo al frente de la heladería y el FBI sigue tratando de localizar a Derrick y a Bianca Conti. Pero me temo que cada vez parece más claro que Derrick está detrás de este secuestro.

–No puedo comprender por qué querría hacer pasar a la familia por esto –aseguró Maria sacudiendo la cabeza con tristeza.

–Sea por la razón que sea a Emily le está resultando muy duro.

–Pobre Emily –dijo Maria refiriéndose a la hermana pequeña de Derrick–. ¿Crees que le gustaría que la llamara?

–Creo que sí –respondió Karen antes de continuar–. Tampoco estaría mal que llamaras a tus padres.

–¿Mis padres? –preguntó su prima sintiendo cómo se le aceleraba el corazón–. ¿Qué ha ocurrido? ¿Les ha pasado algo malo?

–No, no –se apresuró a responder Karen a toda prisa–. No pasa nada. Es que tu padre se enfrentó ayer a Lucia Conti.

–¿Qué tipo de enfrentamiento? –insistió Maria en un hilo de voz.

–Supongo que grave. Me contaron que Lucia acusó a los Barone de saber dónde tenía Derrick retenida a Bianca. Se intercambiaron palabras muy fuertes.

Maria pensó que no podía culpar a ninguno de los dos. A su padre le habría enfurecido que acusaran a un Barone de semejante delito, y Lucia Conti estaría desesperada y furiosa por culpa de la desaparición de su nieta. Lo que aumentaba la dificultad de que ambas familias aceptaran que Steven y ella estuvieran juntos.

–¿Esa era la razón por la que querías llamarme? –preguntó Maria suspirando–. ¿Para contarme la pelea de mi padre con Lucia?

–Esa era una de las razones, pero no la única. La tía Moira y el tío Carlo han venido esta noche a visitarme. Por eso me he enterado de lo que ha ocurrido con Lucia Conti.

–¿Pero por qué irían mis padres a verte? –comenzó a preguntarse Maria antes de caer en la cuenta–. Ya veo. Para averiguar mi paradero.

–Sí –le confirmó su prima–. Están preocupados por ti, Maria. No se tragan el cuento de que te hayas marchado para cargar pilas ni que estés buscando nuevos mercados para Baronessa. Imaginan que tuviste una relación con alguien en Boston antes de marcharte y piensan que te fuiste porque la cosa acabó mal.

–¿Saben que se trata de Steven?

–No. Y no les he dicho dónde estabas. Les expliqué que te había dado mi palabra pero les aseguré que estabas a salvo.

–Gracias –dijo Maria.

Lo último que deseaba era que sus padres se presentaran en Silver Valley mientras Steven seguía todavía por allí.

–La tía Moira y el tío Carlo han sido muy buenos conmigo. No me gusta verlos tan preocupados.

–Lo sé, y siento haberte colocado en semejante posición –

aseguró Maria con sinceridad–. Los llamaré por la mañana para decirles que estoy bien.

–Tienes que volver a casa, Maria. Es el momento. Y tienes que contarles a tus padres lo del bebé.

–Lo sé.

–Y tienes que hacerlo pronto.

–Lo haré –aseguró su prima–. Te prometo que lo haré pronto. Regresaré a casa y se lo contaré todo.

–¿Qué vas a hacer con Steven? Te quiere para él, y por lo poco que lo conozco no me parece un hombre que se rinda fácilmente.

–En eso tienes razón –reconoció Maria–. Y ahora que sabe lo del bebé está todavía más decidido a que nos casemos.

–Entonces deberías considerarlo. Después de todo es el padre del bebé y tanto si te casas con él como si no tiene derecho a formar parte de la vida del niño. Odio echarte la bronca, pero fuiste tú la que me dijiste que no debía perder la oportunidad de estar con el hombre que amaba. Tal vez deberías seguir tu propio consejo.

–Lo pensaré –prometió Maria.

–Steven, ¿puedes ayudar a Maria a colocar esa estrella en la rama más alta del árbol? –preguntó Magdalene dos tardes después mientras los cuatro decoraban el árbol de Navidad de los Calderone.

–Claro.

Steven sabía que la decoración del árbol y las demás argucias que Magdalene había ideado últimamente eran una excusa para que Maria y él estuvieran juntos. Se colocó detrás de la joven y le rozó la espalda mientras tomaba la estrella y la colocaba.

–Gracias –susurró Maria.

–No hay de qué –respondió él sin moverse.

Se quedó allí cerca de ella, aspirando su aroma y maravillándose ante el brillo de su piel.

–Iré a buscar otro adorno –le dijo Maria.

Steven dio un paso atrás.

–¿Quién quiere ponche? –preguntó Louis entrando en el salón con una bandeja de motivos navideños.

–Yo tomaré un poco –contestó Steven.

–Yo también –dijo Maria tomando un vaso y llevándoselo a los

labios–. Está delicioso, Magdalene –aseguró relamiéndose con recato–. Tienes que darme la receta. Me encantaría preparárselo a mi familia en Navidad.

–Entonces, ¿has decidido volver a casa para esas fechas? –se interesó Magdalene llenando de nuevo el vaso de su marido.

–Yo… no estoy muy segura –respondió la joven–. Tal vez.

Steven se dijo a sí mismo que al menos se estaba planteando la posibilidad de regresar a Boston, y se lo tomó como una señal positiva. Quería insistirle, presionarla para que lo dejara acompañarla de regreso y contarles a sus familias lo del niño, pero decidió permanecer en silencio.

–Bueno –dijo Maria colocando el vaso sobre la bandeja–, será mejor que terminemos de decorar el árbol o se nos hará tarde para la clase de preparación al parto –aseguró mirando a Magdalene.

–¡Oh, cielos! –exclamó la mujer–. Maria, pequeña, se me había olvidado decírtelo. Esta noche no puedo ir contigo. Hay una reunión del comité de decoración de la iglesia y soy la presidenta, así que tengo que asistir. Cuánto lo siento. Tenía que habértelo dicho, pero tengo tantas cosas en la cabeza que se me olvidó.

–No te preocupes –la tranquilizó Maria.

–Pero no puedes ir sola. Necesitas un compañero –insistió Magdalene.

–Me saltaré la clase esta semana y ya está.

–No debes hacerlo. Es importante que vayas. La matrona dijo que el último trimestre es el más importante.

–¿Y por qué no voy yo contigo? –se ofreció Steven.

–Es una idea excelente –aseguró Magdalene.

A juzgar por la expresión de Maria, la joven no parecía estar de acuerdo, pero Steven decidió aprovechar la puerta que Magdalene le había abierto para salir corriendo a través de ella.

–Ya que soy el padre del bebé y pienso estar contigo durante el parto, creo que es lógico que sea yo quien te acompañe –aseguró.

–De acuerdo. La clase es a las siete y media en el centro cultural que hay al lado del hospital –le informó Maria.

–Entonces deberíamos marcharnos ya –dijo Steven consultando el reloj–. Esta tarde ha caído una gran nevada.

–De acuerdo –contestó Maria poniéndose de pie–. Sólo tengo que lavarme la cara y ponerme el abrigo.

–Yo iré a encender el coche para que esté cómodo y caldeado para ti.

Cuando terminó el vídeo sobre el parto y se encendieron las luces del centro de cultura, Steven pensó que desde siempre había sentido un gran respeto por las mujeres. Después de todo había crecido con tres de ellas: su madre, su tía Lucia y su hermana Bianca. Eran muy distintas y con intereses muy variados, pero las tres eran mujeres fuertes e inteligentes. Sus relaciones con otras mujeres a lo largo de los años y su reciente historia con Maria sólo habían servido para reforzarlo en su convicción de que el término «Sexo débil» era una falacia. Una opinión que se veía reforzada tras haber visto la película de un parto natural. De una cosa estaba seguro: la persona que había acuñado aquel término tan ridículo no había visto nunca a una mujer dando a luz.

Si le hubieran dado la opción de perder un brazo o tener un bebé, Steven habría elegido probablemente que le cortaran un brazo.

–Instructivo, ¿verdad? –comentó Maria, que estaba sentada a su lado.

–Como poco.

Qué demonios instructivo. Aquello lo había aterrorizado. Y la sola idea de pensar en que Maria tendría que pasar por aquello en dos meses le daba un miedo mortal.

–Muy bien, mamás –dijo entonces la matrona dando palmas–. Agarrad a vuestro compañero y buscad un sitio en el suelo. Se ha acabado la diversión. Es hora de trabajar.

¿La diversión?

Aquella mujer debía haber perdido la cabeza, pensó Steven, porque no había nada ni remotamente divertido en la agonía por la que había pasado la mujer del video para traer a su hijo al mundo.

–Hay un hueco allí, cerca de la pared –dijo Maria señalando con el dedo–. Steven, ¿te pasa algo? –le preguntó al ver que no se movía. Estás… estás muy raro.

–Estaba pensando en el vídeo –respondió él pasándose la mano por la cara–. Si ese es el calvario por el que tiene que pasar una mujer para dar a luz me parece un milagro no ser hijo único.

–Nosotros somos ocho –le recordó Maria con una mueca.

–Entonces tu pobre madre debe ser una santa –aseguró él parpadeando varias veces.

–La verdad es que en muchos sentidos sí lo es –contestó ella frunciendo el ceño con expresión preocupada–. Sólo espero poder ser la mitad de buena madre para mi bebé de lo que ha sido ella.

–Vas a ser una madre maravillosa –le aseguró Steven.

–Espero que tengas razón.

–Yo siempre tengo razón –bromeó él satisfecho de haber borrado la seriedad de su rostro–. Vamos. La matrona nos está mirando. Será mejor que nos situemos.

Steven agarró la colchoneta y siguió a Maria hasta el lugar que ella le había indicado antes. Siguiendo el ejemplo de los demás hombres que había en la sala, extendió la colchoneta en el suelo y le ofreció a la joven la mano.

–Gracias –murmuró ella aceptándola y tomando asiento con las piernas estiradas.

Steven se colocó de rodillas a su lado. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de la mujer del vídeo dando a luz. Miró fijamente a Maria, que llevaba puestas unas mallas verdes de premamá y un jersey rojo, blanco y verde. Era menuda, casi cincuenta centímetros más pequeña que él, que sobrepasaba los dos metros. Y aunque estuviera embarazada de siete meses seguía teniendo los brazos y las piernas delgados. Si no fuera por lo abultado del vientre, nadie sabría que estaba embarazada.

Por más que lo intentara, Steven no podía imaginarse aquel cuerpo tan pequeño sufriendo aquella agonía para dar a luz.

–Steven, ¿seguro que no te pasa nada? –preguntó Maria inclinando ligeramente la cabeza para mirarlo.

–Estaba… estaba pensando en cuando dieras a luz –dijo tras un instante de pausa, decidido a sacar sus miedos–. Eres tan menuda… ¿y si el niño es demasiado grande? Yo fui un bebé enorme, pesé casi cinco kilos al nacer.

–Bueno, espero que este niño no lo sea tanto –aseguró ella palmeándole el brazo con buen humor–. Pero si es así y hay algún indicio de que pueda haber problemas durante el parto, el médico seguramente me hará una cesárea.

–¿Una cesárea? ¡Dios mío! –exclamó Steven.

Sintió que se le subía toda la sangre a la cabeza al imaginar que tuvieran que abrir a Maria para sacarle el bebé.

–No te preocupes tanto. Las mujeres llevamos miles de años teniendo hijos. Nuestro cuerpo sabe lo que tiene que hacer.

–Tú también has visto el vídeo. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¿No tienes miedo?

–Un poco –confesó Maria–. Pero también estoy muy ilusionada.

–Yo también… hasta que vi por lo que tendrás que pasar. Ahora estoy aterrorizado –admitió él.

Maria soltó una carcajada, una risa natural como no se la había escuchado desde que llegó a Silver Valley.

–No será para tanto.

Steven arqueó una ceja para hacerle saber que no estaba de acuerdo.

–Muy bien, de acuerdo. Ya sé que no va a ser una excursión por el campo. Pero sentir a nuestro hijo creciendo dentro de mí y saber que dentro de poco podré abrazarlo… Lo cierto es que me parece un precio muy pequeño para algo tan extraordinario.

Nuestro hijo.

Era la primera vez desde que le había dicho que estaba embarazada que se refería al niño que esperaba como al hijo de ambos, y no sólo suyo. Steven se agarró a aquellas palabras, se alimentó de ellas para armarse de valor.

–Muy bien, madres y acompañantes: tomad posiciones –ordenó la matrona impidiendo que siguiera la conversación.

Maria se tumbó en la colchoneta y Steven esperó a su lado mientras la matrona les iba contando los pasos a seguir en el momento de romper aguas y cómo contar las contracciones.

–Muy bien. Las contracciones son ahora cada dos minutos –dijo la matrona–. ¿Qué tenéis que hacer entonces?

–Abrir el paquete de tabaco –contestó uno de los padres, provocando una carcajada general en la sala.

–No en mi sala de partos. A menos que estés dispuesto a comértelos –aseguró la matrona.

Lo dijo con tanta convicción en la mirada que Steven estuvo seguro de que estaba hablando en serio.

–Madres, ¿qué debe hacer vuestra pareja?

–Comprarnos diamantes y flores –aseguró una mujer pelirroja.

–Por supuesto. Pero eso será después de que nazca el niño –dijo la matrona–. Hasta entonces, ¿cuál es su misión?

–Sujetarnos la mano y ayudarnos a respirar –intervino una joven rubia y tan delgada que parecía que se hubiera tragado un melón.

–Muy bien, Penny. Acompañantes, tomad la mano de vuestra pareja.

Colocado de rodillas al lado de Maria, Steven le sujetó la mano entre las suyas. Y a pesar de la bien iluminada habitación, las otras parejas y la matrona dando instrucciones, sintió una intimidad con Maria como nunca antes había experimentado. Algo cambió dentro de él cuando la miró, aquel vientre que albergaba a un hijo suyo, su mano enlazada con la suya.

–Recordadlo, mamás: cuando venga el dolor, apretad la mano de vuestra pareja. Y vosotros, decirles que respiren.

–Eres preciosa –susurró Steven.

Durante un instante Maria dejó de hacer las respiraciones y lo miró a los ojos. Ambos mantuvieron la mirada.

–Llega otra contracción –avisó la comadrona–. Recordad: apretad la mano de vuestra pareja y no os olvidéis de la respiración.

Ella le apretó la mano sin dejar de mirarlo a los ojos. Y en aquel momento Steven sintió cómo toda la distancia tanto emocional como física que Maria había interpuesto entre ellos comenzaba a desvanecerse.

Se las arreglaron de alguna manera para seguir adelante con lo que quedaba de clase. Y cuando Steven tomó la desviación que llevaba a la casa de los Calderone supo que Maria y él habían dado un paso adelante.

–Esto está muy aislado –comentó cuando apareció ante sus ojos la casa solitaria–. Es muy distinto a Boston.

–Sí –reconoció Maria–. Es precioso y muy tranquilo, pero no creo que yo pudiera vivir aquí como Magdalene y Louis. Supongo que estoy acostumbrada a tener a la familia alrededor. Aunque Rita, Gina y yo tuviéramos cada una nuestro propio apartamento siempre estábamos la una en casa de la otra. Lo mismo ocurrió cuando Karen se mudó.

–Las echas de menos.

–Sí –confesó Maria cuando él aparcó delante de la casa y apagó el motor–. Parece que nos hemos adelantado a Magdalene y Louis.

La reunión no debe haber terminado todavía.

–¿Por qué no entro y espero contigo a que regresen? –se ofreció Steven.

–Gracias, pero creo que me voy a ir directamente a la cama. Estoy muy cansada –aseguró desabrochándose el cinturón de seguridad–. Gracias por venir conmigo esta noche.

–Ha sido un placer.

–Bueno, será mejor que entre antes de que nos quedemos aquí congelados. No hace falta que me acompañes. Deberías volver al hotel antes de que empiece a nevar de nuevo.

Steven no se molestó en contestar. Se limitó a bajarse del coche, rodearlo y abrirle la puerta del copiloto.

–Gracias –dijo Maria mientras él la ayudaba a salir.

Sus botas se movieron en silencio sobre la nieve fresca mientras se acercaba a la puerta de entrada.

Steven la siguió tratando de utilizar su propio cuerpo como escudo contra el viento que había comenzado a levantarse y soplaba entre las ramas de los pinos. Había una luz encendida en la puerta de entrada. Cuando ella se detuvo y se giró lentamente para mirarlo tenía el rostro bañado en una suave luz. Steven volvió a sentir una punzada de emoción al contemplarla.

–Maria…

–Steven… –dijo ella al mismo tiempo.

Él se rió. Y Maria también.

–Tú primero –dijo Steven.

–Sólo quería decirte que me alegro de que haya, venido esta noche conmigo.

–Yo también –respondió él.

–Y que siento no haberte dicho antes lo del bebé. Tenías razón. También es hijo tuyo.

Maria se humedeció los labios al hablar, y Steven clavó la mirada en aquel movimiento que le hizo recordar todo el tiempo que había transcurrido desde que la había besado.

–Y que pase lo que pase entre nosotros, tú eres su padre. Y deberías formar parte de su vida.

–Quiero formar parte también de la tuya –susurró Steven entrelazando los dedos con los suyos y acercándose más–. Cásate conmigo.

Y antes de ella pudiera impedirlo inclinó los labios sobre los suyos. Primero la besó tiernamente, con dulzura, tratando de demostrarle cuánto la amaba, cuánto la deseaba. Pero cuando Maria abrió la boca para recibirlo, Steven soltó un gruñido e intensificó la profundidad de sus besos. La besó con hambre, hundiéndose en la sensación de sentir sus brazos alrededor de su cuerpo, sus dedos acariciándole el cabello.

Cuando Maria apartó finalmente la boca, él siguió abrazándola con fuerza y continuó besándola en el cabello para imbuirse de su aroma.

–Te he echado tanto de menos, Maria… No quiero volver a separarme de ti de esta manera nunca más.

–Yo también te he echado de menos –reconoció ella–. Entremos.

Steven la agarró suavemente de los hombros y dio un paso atrás para poder mirarle la cara. Ella tenía las mejillas sonrosadas, los ojos soñolientos y los labios hinchados por sus besos.

–Si entro contigo no creo que sea capaz de mantener las manos apartadas de ti.

–Lo sé. Y no quiero que lo hagas –susurró Maria.

Steven sintió que la fuerza del deseo que ardía dentro de él llegaba a un punto sin retorno. Todo su ser le pedía a gritos que tomara a Maria en brazos, la subiera a su habitación y le hiciera el amor como ambos estaban deseando.

Y si lo hacía sin arreglar antes las cosas entre ellos estarían de nuevo en el mismo sitio que meses atrás: enredados en una aventura secreta y ocultando su relación a todo el mundo. Él quería algo más, se merecía algo más. Ambos lo merecían.

–Si entro y te acaricio, lo haré como tu futuro marido. Ya no quiero seguir escondiéndome. No quiero seguir ocultando nuestra relación. Nos casaremos, regresaremos a Boston juntos y les contaremos todos a nuestras familias.

–Eso es chantaje –lo acusó Maria apartándose de él.

–Llámalo como quieras. Pero ese es el trato –respondió Steven deseando que ella comprendiera que los dos se merecían otra oportunidad–. ¿Qué hago entonces? ¿Entro o regreso a mi hotel?

–Supongo que será mejor que regreses al hotel.

Capítulo Seis

Algo suave y peludo rozó la mejilla de Maria. Se rascó la nariz y hundió la cara en la almohada. Un momento más tarde volvió a sentir cosquillas y apartó aquella pelambre.

¿Pelambre?

Abrió los ojos y se quedó mirando fijamente al causante de su molestia. Sophia, la gata siamesa de Louis, estaba acurrucada en la almohada de Maria moviendo suavemente la cola al tiempo que se deleitaba con algún sueño gatuno. Normalmente la gata seguía a Louis como un perrillo por todo el jardín mientras el hombre hacía sus tareas. Ni siquiera la nieve impedía que Sophia fuera detrás de su amo. Y cuando él estaba dentro de la casa, siempre se colocaba en su regazo.

–Sophia, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás con Louis? –le preguntó al animal, que se limitó a mirarla con los ojos entornados.

Maria se incorporó ligeramente para ver el reloj de la mesilla y soltó un gruñido. Eran más de las diez de la mañana. Debería haberse despertado hacía muchas horas. Aunque ya no tenía que estar en Baronessa a primera hora de la mañana había seguido levantándose muy temprano. Nunca había dormido hasta tan tarde.

Aunque no podía decirse que se hubiera levantado pronto, admitió para sus adentros mientras salía de la cama para dirigirse al cuarto de baño. Se había pasado la noche dando vueltas y vueltas pensando en Steven y deseando con toda su alma saber qué hacer. Cuando entró en la ducha y el agua caliente comenzó a resbalarle por el cuerpo volvió a pensar en él. En cómo la había mirado durante la clase de preparación al parto. En lo que había supuesto tenerlo a su lado compartiendo aquella experiencia. En el modo en que la había besado después. En las cosas que le había dicho. Si no hubiera estado ya enamorada de él, se habría enamorado la noche anterior. Le había ofrecido su cuerpo y Steven lo había rechazado porque quería algo más que sexo con ella. Quería su corazón. Su

sinceridad y su integridad la habían hecho sentirse avergonzada. Y sus palabras sobre el amor y el compromiso, sobre las oportunidades, la habían mantenido despierta la mayor parte de la noche.

¿Tenía razón Steven? ¿Aceptarían sus familias que se casaran? ¿Debería arriesgarse?

Maria recordó la conversación que había mantenido con su prima. Karen le había dicho que sus padres estaban preocupados. El agua jabonosa se deslizó entre sus hombros, sobre sus senos, por su vientre. Tanto si se casara con Steven como si no, tendría que contarles a su padre y al resto de la familia lo del bebé.

¿Y qué pasaría con los Conti? ¿Cómo se tomarían la noticia?

Recordó el comentario de Karen y se imaginó a una Lucia enfadadísima enfrentándose a su padre. Por mucho que lo intentara no podía dejar de pensar en la maldición de los Conti. Y al hacerlo sentía de nuevo una oleada de pánico atravesándole el cuerpo. Maria salió de la ducha, agarró una toalla y, después de secarse, comenzó a vestirse.

Acababa de secarse el cabello y sujetárselo con un coletero cuando se abrió la puerta del baño.

Se oyó un maullido.

–¿Todavía estás aquí? –le preguntó a Sophia mientras la gata se le enredaba en los tobillos–. Vamos a ver dónde están Magdalene y Louis.

Agarró al animal y se dirigió hacia las escaleras esperando el olor picante de las enchiladas que Magdalene había prometido prepararle a su marido para comer. Pero cuando llegó al final no olió a enchiladas ni a nada que se le pareciera. La casa, en la que normalmente sonaba la voz de Magdalene por todas partes o el sonido de la radio, estaba completamente en silencio.

–¿Magdalene? –gritó mientras sentía una incómoda sensación por todo el cuerpo.

Al ver que nadie respondía dejó a Sophia en el suelo y la gata se escapó hacia la cocina. Maria la siguió pero allí no había nadie. Tampoco había sartenes ni cazuelas al fuego. Tocó el horno y descubrió que estaba frío. Una rápida ojeada a la estancia reveló que no había ninguna prueba de que Magdalene hubiera pasado aquella mañana por la cocina.

Algo no iba bien.

En cuanto aquel pensamiento le cruzó por la cabeza Maria hizo todo lo posible por desecharlo. Desde que estaba embarazada había desarrollado la tendencia a tomarse las cosas a la tremenda. Seguramente, pensó, Magdalene no tenía ganas de cocinar aquel día.

Salió de la cocina y entró primero en el salón y después en el estudio de Louis. Estaban vacíos. Llamó entonces con los nudillos a la puerta del dormitorio de la pareja.

–¿Magdalene? –dijo en alto antes de abrir la puerta.

La cama estaba hecha, y su cesto de costura descansaba sobre la silla. Pero no había ni rastro de ella.

Maria revisó a toda prisa el resto de la casa, incluido el cuarto de la lavadora. Entonces se le ocurrió mirar en el jardín. Magdalene no pasaba mucho tiempo allí desde que habían caído las primeras nieves, pero Maria decidió comprobarlo de todas maneras. Agarró el abrigo y salió.

Nevaba ligeramente sobre el suelo cubierto de copos cuando Maria llegó al jardín de atrás. Al ver que allí no había nadie se dirigió a la cuadra subiéndose el cuello del abrigo y la bufanda para protegerse del viento. Pisó con firmeza el suelo nevado y abrió la puerta de la cuadra ayudándose con las dos manos.

–¿Louis? ¿Magdalene? ¿Estáis aquí? –gritó al entrar.

Ajustó la mirada a la tenue luz y recorrió el recinto con los ojos de derecha a izquierda. El olor a caballo era muy fuerte, pero no se escuchaban sus relinchos ni el sonido de sus pezuñas. Al girarse hacia el establo descubrió que estaba vacío, y tampoco había rastro del remolque para transportar a los animales.

Sintiéndose cada vez más angustiada, Maria corrió de nuevo hacia la casa. Miró en el garaje y descubrió que el coche de Magdalene estaba allí, pero no así el cuatro por cuatro de su marido. Era evidente que la pareja había ido junta a alguna parte. Aquella certeza debería haberla calmado, pero no lo hizo. Probablemente porque Magdalene siempre repetía que no quería dejarla sola con el embarazo tan avanzado. Salió del garaje y justo entonces vio el coche de Louis entrando por el camino. A pesar del frío y del viento los esperó allí saludándolos con la mano hasta que el cuatro por cuatro entró en el garaje.

–Estaba empezando a preocuparme –dijo la joven cuando se abrió la puerta y los vio salir del garaje.

–Hemos ido a llevarle los caballos a Arturo –aseguró Magdalene.

Una sola mirada a su amiga le bastó a Maria para saber que algo no marchaba bien.

–¿Qué ocurre? –preguntó preocupada al observar los rostros circunspectos de sus amigos.

–Se trata del padre de Louis. Ha tenido un accidente de coche y está en el hospital en Billings –explicó Magdalene.

–Lo siento –aseguró la joven–. ¿Está… está bien?

–No lo sabemos todavía. Está en coma –intervino Louis con voz temblorosa, al tiempo que abría la puerta de la casa.

–Papa Calderone es un hombre muy fuerte –aseguró su esposa acariciándole el brazo después de colgar los abrigos en la puerta de la entrada–. Se pondrá bien, Louis.

–Ojalá tengas razón –respondió el hombre devolviéndole la caricia–. Será mejor que me ponga en marcha si quiero llegar a Billings antes de que anochezca.

–Prepararé algunos bocadillos para el camino.

–De acuerdo –dijo su marido suspirando, antes de dirigirse hacia su dormitorio–. Pero no te esfuerces demasiado. No tengo hambre.

–Pobrecito mío –susurró Magdalene al verlo desaparecer–. No ha comido nada desde que lo llamó su hermana esta mañana para decirle que su padre estaba en el hospital.

–¿Por qué no subes a prepararte para el viaje? –sugirió Maria–. Yo me encargaré de los bocadillos.

–Pero si yo no me voy con Louis –respondió Magdalene.

–¿Por qué no?

–Porque no sé cuánto tiempo tendrá que quedarse Louis en Billings. Pueden ser unos días o puede durar más tiempo.

–Pero yo pensé que… ¿No es esa la razón por la que le habéis llevado los caballos a Arturo?

–No –aseguró la mujer negando con la cabeza–. Louis no quiere que me tenga que encargar de ellos en caso de… en caso de que necesite quedarse.

–Pero sigo sin entender por qué no vas con él. Si estás preocupada por Sophia, yo puedo ocuparme de ella.

–Maria, no es Sophia la que me preocupa. Eres tú.

–¿Yo? –preguntó Maria parpadeando con sorpresa–. ¿Pero por qué?

–Pequeña, porque estás en el último trimestre de tu embarazo. ¿Y si el bebé decide presentarse antes?

–Aún faltan dos meses para el parto –le recordó Maria.

–Cierto. Pero a veces los niños deciden adelantarse. El hijo de Anna, la hermana de Louis, nació con seis semanas de antelación.

–Magdalene, sinceramente, yo…

–¿Y si, Dios no lo quiera –continuó Magdalene haciendo la señal de la cruz–, tienes un accidente? ¿Quién cuidará de ti?

–No voy a tener ningún accidente –insistió Maria–. Te prometo que tendré más cuidado todavía. Y ahora, por favor, ve a recoger tus cosas y márchate con Louis.

–No puedo dejarte sola.

–¿Quieres que vaya contigo y con Louis? –sugirió la joven sin ninguna gana.

–Oh, no. Es un camino muy largo. Sería perjudicial para ti y para el bebé.

–Supongo que podría irme a casa –aseguró Maria, aunque la idea de regresar a Boston y enfrentarse a todo el mundo le provocaba un nudo en el estómago.

–No, pequeña. No quiero que te marches hasta que estés preparada. Y de alguna manera pienso que todavía no lo estás, ¿no es cierto?

–Sí –reconoció Maria–. Pero Louis te necesita. Y tu familia también. Y sé que quieres ir con él.

–Si me fuera estaría preocupada pensando en que te he dejado aquí sola –aseguró Magdalene dándole golpecitos en la mano–. No. Es imposible. Louis irá y yo me quedaré.

–Magdalene, por favor. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerte?

–Bueno, sí hay una cosa –aseguró con un brillo especial en la mirada.

–¿El qué?

–Si hubiera alguien que se quedara aquí contigo… por ejemplo, Steven, entonces me iría más tranquila sabiendo que no estarías sola.

–Imposible.

–¿Por qué? Él te quiere y es el padre de tu hijo. ¿Quién podría protegerte mejor que él?

–No. No es una buena idea.

El mero hecho de pensar en estar a solas con Steven en aquella casa provocó que el corazón se le acelerara a mil por hora.

–Entonces me quedaré aquí contigo y Louis tendrá que ir solo a Billings. Iré a ver si necesita ayuda para hacer la maleta –dijo moviéndose hacia la habitación.

–¡Magdalene, espera!

La mujer se detuvo y se giró para mirarla.

Maria no pudo evitar sentirse como si estuviera atrapada entre la espada y la pared. Pero no quería ser la razón por la que su amiga se quedará allí cuando era obvio que Louis y su familia la necesitaban.

–¿Y si… si accedo a que Steven esté pendiente de mí y te prometo llamarlo si tengo algún problema? ¿Te irías entonces a Billings con Louis?

–¿Hablarás con él todos los días y prometes llamarlo si necesitas su ayuda?

–Sí, lo prometo.

–Muy bien. Entonces iré con mi marido.

–¿Y qué tal está el padre de Louis? –le preguntó Maria a Magdalene cuando hablaron por teléfono tres días después.

–Ya ha salido del coma. Hará falta algo de tiempo para que se recupere de las heridas pero los médicos dicen que podrá irse a casa pasado mañana.

–Me alegro mucho –aseguró la joven.

–¿Y tú qué tal? ¿Te ha cuidado bien Steven? –se interesó Magdalene.

–Yo estoy bien. Steven ha pasado un par de veces por aquí y ha telefoneado al menos una docena de veces para asegurarse de que estoy bien.

Y cada vez que estaba a su lado o hablaba con él le resultaba más difícil no hacer lo que le pedía y casarse con él. Si al menos el odio entre sus familias no se hubiera visto alimentado por todo aquel lío con su primo Derrick…

–Maria, ¿sigues ahí?

–Perdona, ¿qué me decías? –se disculpó la joven, tratando de concentrarse en la conversación.

–Te preguntaba si estás segura de que no te importa que nos quedemos unos días más en Billings.

–Por supuesto que no –aseguró Maria.

Y después de prometer que llamaría a Steven si le ocurriera algo, Maria colgó. Terminó de vestirse y luego se dispuso a arreglar su habitación. Cuando terminó, la casa le pareció de pronto grande y solitaria. Pensó en la mansión de sus padres, en cómo había estado siempre llena de gente y de bullicio cuando ella era pequeña. Cuando se mudó a la ciudad a vivir con sus hermanas tampoco se sintió nunca sola. Ante aquella melancolía, se preguntó si llamar a sus padres.

«¿Y qué les vas a decir, Maria? ¿Que estás embarazada y el padre de tu hijo es un Conti?

No. Sus padres merecían escuchar aquella noticia de sus labios, no a través del teléfono y con miles de kilómetros de por medio. Tal vez si hablara con Karen conseguiría librarse de la nostalgia, pensó.

«Hola, soy Karen», dijo el contestador automático que saltó a la cuarta señal de llamada. «Ash y yo no estamos en este momento, pero si dejas un mensaje después del tono te llamaremos en cuanto podamos».

Maria dejó un mensaje y después de colgar sopesó la posibilidad de llamar a Steven. ¿Y decirle qué? Seguía sin saber qué iba a hacer y no estaba muy segura de que el matrimonio fuera la respuesta adecuada. Así que dejó el teléfono donde estaba.

–Vamos, Sophia –le dijo a la gata, decidida a olvidar la tristeza–. ¿Por qué no les preparamos a Louis y a Magdalene un postre especial para sorprenderlos cuando regresen?

Entonces se dirigió a la cocina sin darse cuenta de que la gata, al saltar de la mesilla de noche para seguirla, había descolgado el auricular del teléfono.

–Con lo que está nevando y la velocidad a la que va, tiene suerte de no haber estampado esta fina pieza de ingeniería contra un árbol –aseguró el agente de tráfico mientras rellenaba la multa por exceso

de velocidad que le había impuesto a Steven–. No sé qué piensa la gente de Boston de la velocidad, pero aquí en Montana esperamos que los conductores respeten los límites señalizados.

–Lo comprendo –aseguró Steven con impaciencia.

Estaba deseando acabar con todo aquello para llegar a casa de los Calderone y comprobar que Maria estaba bien. Le había sido imposible contactar con ella en el móvil durante toda la mañana, y el teléfono de los Calderone daba continuamente la señal de comunicar. Estaba claro que por alguna razón el aparato estaba descolgado, y al imaginar el porqué sentía cómo el miedo le atravesaba el corazón como si fuera una bala.

¿Y si Maria había tenido un accidente? ¿Y si estaba tirada en el suelo inconsciente y herida?

–Necesito su firma –dijo el agente tendiéndole la libreta y el bolígrafo.

Steven escribió su nombre con los dedos agarrotados por el frío. Se había quitado los guantes para entregarle el carné de conducir al guardia.

–Por detrás vienen las instrucciones para hacer efectivo el pago de la multa. Por supuesto, si no está de acuerdo, puede presentar un recurso ante el tribunal.

–No quiero –contestó Steven colocando la multa en el salpicadero–. No quiero presentar recurso. La pagaré.

El agente asintió con la cabeza y algunos copos de nieve se deslizaron por su sombrero al hacer aquel movimiento.

–Asegúrese de conducir despacio el resto del trayecto.

–Así lo haré –respondió Steven deseando continuar su camino.

–Y cuando llegue a ese destino que tanta prisa tiene por alcanzar, será mejor que se quede allí –continuó diciendo el guardia al tiempo que guardaba la libreta–. Si sigue nevando de esta manera las carreteras se van a poner aún peor.

–Voy a recoger a mi prometida para llevarla a la ciudad.

O al menos iba a tratar de convencer a Maria para que fuera con él.

–Yo no contaría con poder regresar esta noche. Si se cumplen las predicciones del servicio de meteorología me temo que van a cortar las carreteras. Será mejor que se quede usted en casa de su prometida.

–Gracias. Eso haré.

Y tanto si a Maria le gustaba como si no se quedaría a pasar la noche, porque no tenía ninguna intención de volver a dejarla sola, y menos con aquella tormenta de nieve tan monstruosa.

Cuando el agente subió a su vehículo y se marchó, Steven arrancó de nuevo el motor y regresó a la carretera. Le costó mucho, pero se obligó a sí mismo a ir más despacio. Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, aparcó delante de la casa de los Calderone. Apenas había tenido tiempo de apagar el motor cuando ya estaba corriendo sobre la nieve en dirección a la entrada.

Llamó al timbre de la puerta. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco segundos pasaron mientras el viento aullaba con furia a través de los pinos. Los copos continuaban cayendo sin cesar y habían convertido el suelo ya de por sí nevado en un manto blanco. Y el cielo, que había aparecido cubierto de nubes cargadas por la mañana, había adquirido un desagradable tono gris.

Steven volvió a apretar el timbre con impaciencia. Al ver que nadie contestaba, el nudo que se le había formado en el estómago al ver que había problemas con la línea de teléfono de los Calderone se hizo todavía más prieto. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro.

–Maldición –susurró entre dientes, recordando que había sido él mismo quien le insistió a Maria para que cerrara cuando estuviera sola.

–¡Maria! –gritó golpeando la puerta con los puños.

Al no obtener respuesta atravesó la nieve a zancadas hasta llegar a una ventana de la planta baja para intentar vislumbrar algún movimiento del interior a través de las cortinas. Pero no logró ver nada ni tampoco escuchar ningún sonido por culpa del viento.

Con el pánico atravesándole las venas, dio la vuelta hasta llegar a la parte de atrás de la casa con la esperanza de encontrar la puerta abierta. Al doblar la esquina y distinguir que había luz, corrió hasta llegar allí. Esta vez no se molestó en llamar: se precipitó hacia el picaporte, maldiciendo al descubrir que también aquella puerta estaba cerrada.

–¡Maria! –gritó de nuevo aporreando la puerta.

Frustrado, dio un paso atrás para tomar carrerilla y la golpeó con el hombro. La puerta no se abrió, pero él vio las estrellas por

culpa del golpe. Cuando estaba a punto de ir a la cuadra para buscar alguna herramienta con la que forzarla, la puerta se abrió de repente.

–Steven… –dijo Maria en un susurro.

Él se quedó paralizado durante un segundo mientras sentía cómo lo invadía una oleada de alivio. No pensó. Sencillamente reaccionó. La agarró de los hombros y la atrajo hacia sí sin importarle que estuviera helado y tuviera la chaqueta llena de nieve.

–¿Estás bien? –preguntó sin dejar de acariciarle la espalda arriba y abajo.

Hundió el rostro en su cabello, indiferente al hecho de que estaban en la puerta y les estaba nevando encima.

–Estoy bien –contestó ella con voz ahogada sobre su pecho.

–Gracias a Dios –murmuró estrechándola entre sus brazos con más fuerza todavía.

Hasta que no la sintió estremecerse no se dio cuenta de que estaban a la intemperie bajo una tormenta y sin abrigo.

–Vamos –dijo Steven entrando en la casa con ella y cerrando la puerta tras de sí.

–Steven…

–Dame un minuto –ordenó él.

A pesar de sentirse aliviado, la adrenalina provocada por el miedo seguía latente en sus venas. Le dio la espalda a Maria mientras se quitaba la chaqueta cubierta de nieve y la colocaba en el respaldo de una silla. Así podría intentar poner freno a las emociones que se agitaban en su interior.

–Estás poniendo perdido el suelo de Magdalene –protestó Maria retirando la chaqueta.

–Déjala ahí.

–No pienso –aseguró ella con firmeza.

En una décima de segundo, Steven la sujetó de los hombros y la atrajo de nuevo hacia sí.

–No sé si estrangularte o besarte.

Maria parpadeó. Luego la rabia le coloreó las mejillas y puso en sus ojos un brillo orgulloso.

–No harás ninguna de las dos cosas.

–Te equivocas –contestó Steven un instante antes de chocar su boca contra la de ella.

La besó con fuerza. La besó con rapidez. La besó con todo el miedo que tenía acumulado en su interior al no haber sido capaz de encontrarla. Y sujetándole la cabeza con las manos, esperó una respuesta.

Maria se la dio abriendo los brazos para rodear su cuerpo y entregándole su boca. Él la saboreó con la lengua, con los dientes, con los labios. Maria respondió mordisqueándole el labio inferior y retándole con la lengua. Cuando ella gimió, Steven se hundió en aquel sonido y en su sabor. Pero no era suficiente. Así que la besó una y otra vez, hasta no estar seguro de dónde terminaba su boca y empezaba la de ella.

Steven no supo cuánto tiempo estuvo allí alimentándose de sus labios. Pudo haber sido un minuto o una hora. Hasta que Maria no le tomó la cara con las manos y se la apartó suavemente no tuvo ninguna noción del tiempo.

–¿Vas a contarme de qué va todo esto? –preguntó ella con dulzura.

–Yo… yo pensé que te había ocurrido algo –respondió Steven acariciándole el rostro para intentar olvidar la angustia que había experimentado mientras la buscaba–. Creí que tal vez estabas inconsciente. O herida.

–¿Y se puede saber por qué pensabas semejante cosa?

–Porque me he pasado horas intentando localizarte y no lo he conseguido. Creo que tienes el teléfono descolgado.

Como si dudara de él, Maria se acercó al aparato que estaba instalado en la pared de la cocina y lo descolgó. Ambos pudieron escuchar el tono de comunicar.

–Supongo que alguno de los teléfonos se habrá descolgado –reflexionó–. Deberías haberme llamado al móvil.

–Lo hice –contestó Steven–. Pero no contestabas. Tampoco respondiste a ninguno de los mensajes que te he dejado.

–Habrás marcado un número equivocado.

–No. Si no me crees, comprueba tu móvil.

–De acuerdo –dijo Maria dirigiéndose a la mesa para buscar su bolso.

Empezó a vaciarlo, y después de unos instantes dijo:

–Debo habérmelo dejado en el coche –confesó sonrojándose–. Pero eso no te da derecho a aparecer aquí actuando como un

machito.

–¿Ah, no? –se defendió él con dureza.

Ahora que sabía que Maria estaba fuera de peligro el pánico se había desvanecido. En su lugar hizo su aparición un nuevo tipo de tensión producida por los besos. Escuchó entonces por primera vez los villancicos que ella estaba escuchando y supo instintivamente que no tenía ni idea de la dureza de las condiciones climatológicas.

–¿Cuándo fue la última vez que pusiste la radio o la televisión para escuchar las noticias? O mejor todavía, ¿cuándo fue la última vez que miraste por la ventana?

–Yo… he estado ocupada.

Steven miró de reojo la encimera en la que había varias bandejas de galletas.

–Al parecer demasiado ocupada para darte cuenta de que estás en el medio de la nada, completamente sola y embarazada y que fuera se ha desencadenado una terrible tormenta.

–¿Una tormenta?

–Sí, Maria, una tormenta –repitió él agarrándola del brazo y abriendo la puerta de entrada–. Echa un vistazo –le ordenó haciendo un gesto hacia el paisaje nevado.

–Oh… –susurró Maria.

–Y según el agente de tráfico que me ha parado por exceso de velocidad, la cosa se va a poner mucho peor –aseguró cerrando la puerta al verla estremecerse.

Maria se soltó y dio un paso atrás. Se cruzó de brazos y levantó la barbilla con aire desafiante.

–Entonces será mejor que te vayas si no quieres tener problemas para regresar a la ciudad.

–No pienso ir a ninguna parte.

–Pero…

–No voy a discutir –la interrumpió él–. Estás esperando un hijo mío y de ninguna manera voy a dejarte sola aquí.

–Entonces regresaré contigo a la ciudad y alquilaré una habitación en el hotel.

–Olvídalo. Será mejor que nos quedemos aquí hasta que pase la tormenta.

–No quiero estar aquí contigo –dijo ella.

Aquel rechazo le dolió más de lo que esperaba.

–Lo siento por ti porque no hay otra opción.
–Yo…
–¡Maldita sea, Maria, las carreteras están cortadas!

Capítulo Siete

Maria deseaba con toda su alma pelearse con Steven pero sabía que él tenía razón. Había sido una estupidez no prestar más atención al tiempo. Pero se había levantado sintiéndose sola y melancólica y se había volcado en preparar galletas navideñas para los Calderone.

–Supongo que no tengo elección, ¿verdad?

–No.

Maria suspiró y no pudo evitar sentir una punzada de mal humor al ver que Sophia entraba en la cocina e inmediatamente se acercaba a las piernas de Steven.

–Entonces será mejor que vaya a comprobar si hay sábanas y toallas limpias en la habitación de invitados.

–Mientras tanto yo miraré los teléfonos para ver cuál es el que está descolgado.

–Yo lo haré –aseguró ella, sospechando que se trataba del de su habitación.

–Bien.

Steven se acercó a la silla y retiró su chaqueta con Sophia siguiéndole los pasos.

–¿Adónde vas?

–A echarle un vistazo al generador. Louis me enseñó dónde está y quiero familiarizarme con él en caso de que se vaya la luz.

–Traidora –murmuró Maria al ver cómo la gata salía por la puerta detrás de Steven.

Estaba enfadada con Sophia, consigo misma y con Steven. Subió las escaleras hacia su dormitorio y, para su disgusto, encontró el teléfono de la mesilla de noche descolgado y emitiendo un pitido. Cruzó la habitación y colocó el auricular del aparato en su sitio antes de salir de nuevo al pasillo para dirigirse al cuarto de invitados. Puso sabanas limpias en la cama y se aseguró de que hubiera toallas extra en el baño que unía los dos dormitorios. Luego volvió a bajar.

Acababa de entrar en la cocina cuando se abrió la puerta. Sophia se coló dentro. Su pelo gris estaba cubierto de copos blancos. Steven, que se las había arreglado para sacudirse algo de nieve de las botas, entró detrás de ella con los brazos cargados de leña.

–¿Podrías cerrar la puerta? –le pidió.

Maria corrió hacia la entrada y la cerró. Luego siguió a Steven hasta el salón, donde él ya había comenzado a colocar los troncos de leña en la cesta que había al lado de la chimenea.

–He comprobado el generador y parece en buenas condiciones para se utilizado en caso necesario –dijo mientras ordenaba los troncos–. Pero pensé que sería buena idea traer algo más de leña por si acaso.

–Seguramente tienes razón –dijo Maria.

Y se dio cuenta de que tendría que habérsele ocurrido a ella. Mientras Steven trabajaba se dirigió al pasillo para ponerse el abrigo y la bufanda. Luego se colocó los guantes y regresó al salón.

–¿Adónde te crees que vas? –le preguntó Steven poniéndose de pie.

–A ayudarte a traer más leña.

–Puedo hacerlo solo. Tú quédate aquí, que está calentito.

El rechazo de Steven no contribuyó a mejorar su mal humor.

–No me trates como a una mujer inútil y vaga, Steven –le dijo–. Un poco de nieve no me hará daño y desde luego soy perfectamente capaz de cargar con algo de leña.

–Créeme: Nadie podría acusarte de ser ni vaga ni inútil –aseguró él dejando escapar un suspiro–. No tengo ninguna duda de que puedes con todo lo que te echen. Pero da la casualidad de que estás embarazada de siete meses y fuera hay una tormenta de nieve y vamos a quedarnos aquí atrapados durante Dios sabe cuánto tiempo. ¿Qué necesidad hay de que pases un frío de muerte y te arriesgues a caer enferma y ponerte en peligro a ti y al bebé?

La respuesta de Steven derribó de un plumazo toda su indignación. Por supuesto, tenía razón. Sólo un idiota pensaría de otra manera. Y aunque ella se sentía una idiota en aquellos momentos, todavía conservaba una pizca de sentido común.

–Lo siento. Es que me siento… inútil.

Steven se acercó a ella y la besó en la frente.

–Nunca –aseguró con una sonrisa–. Volveré dentro de un minuto

y cuando haya terminado tal vez pueda convencerte para que me dejes probar alguna de las delicias que he visto en la cocina.

No sólo le permitió probarlas, sino que le sirvió un plato repleto de galletas, dulces y pasteles. Le rellenó la taza de café que tenía delante y ella misma se sirvió otra taza de chocolate. Después de apurarla, Maria se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Para su sorpresa, se había hecho de noche. Nevaba todavía con más intensidad, y los copos se posaban sobre las ramas de los pinos amenazando con romperlas por el peso. A lo lejos se podía vislumbrar la silueta de las montañas, firmes como centinelas.

–Hay que reconocer que la nieve y las montañas son un paisaje de postal –dijo Steven colocándose detrás de ella.

–Sí –respondió Maria.

«Y también muy solitario», añadió para sus adentros. O tal vez era ella la que estaba sola, pensó. Se llevó la mano a la parte baja de la espalda para calmar el dolor sin duda provocado por permanecer tanto tiempo de pie.

–Será mejor que limpie estas bandejas –dijo esperando que Steven diera un paso atrás.

Cuando él lo hizo, Maria se acercó a la encimera y empezó a retirarlas.

–¿Por qué no me dejas hacer esto a mí mientras tú te tumbas un rato a descansar en el sofá? –preguntó él agarrando una bandeja.

–Pero…

–Nada de peros, Maria. Te duele la espalda.

–¿Cómo sabes que…?

–Es la tercera vez que te llevas ahí la mano en menos de una hora.

–Eres muy observador.

–Sólo en lo que a ti se refiere –aclaró él pellizcándole la mejilla.

–Steven… –comenzó a decir Maria agarrándole la mano.

–Déjame hacerlo, Maria. Estás esperando un hijo mío y dentro de un par de meses me darás el mayor regalo que un hombre puede desear. Lo menos que puedo hacer es limpiar un par de bandejas por ti. Admítelo. Estás cansada.

–Sólo un poco –reconoció ella.

–Venga entonces –insistió Steven acompañándola hasta el salón–. Hace un poco de frío aquí. Te pondré la chimenea.

–No tienes por qué hacerlo –protestó Maria.

–Quiero hacerlo –aseguró él colocando los cojines del sofá–. Vamos, coloca los pies en alto y ponte cómoda mientras preparo el fuego.

La idea de estirarse en el sofá resultaba demasiado atractiva como para seguir discutiendo. Así que se quitó los zapatos y se acurrucó con las piernas encogidas no sin antes ponerse encima la manta afgana para protegerse del frío. Sophia, que dormitaba sobre la silla de Louis, abrió los ojos un instante para observar a la causante de aquella interrupción de su sueño y volvió a cerrarlos al instante.

Enseguida las llamas cobraron vida en el hogar de la chimenea. Steven se incorporó y se sacudió las manos.

–Dentro de un par de minutos se estará de maravilla.

Maria se lo quedó mirando fijamente y observó el mechón de pelo negro que le había caído sobre la frente, el modo en que la luz del fuego iluminaba sus facciones, el calor y la preocupación que reflejaban sus ojos azules. Pensó que allí de pie parecía todavía más alto y más atractivo. El corazón se le llenó de amor hacia él.

–Gracias –murmuró.

–Es un placer. Y ahora intenta descansar un poco –dijo Steven–. Recogeré la cocina y estaré de vuelta en unos minutos.

Tardó más de media hora en devolverle a la cocina su aspecto original. Comprobó mirando por la ventana que nada indicaba que fuera a dejar de nevar. Para no molestar a Maria puso la radio en el cuarto de invitados y confirmó que se esperaba todavía un empeoramiento del tiempo. La amenaza de la tormenta y la perspectiva de que se quedaran aislados debería haberlo asustado, pero no fue así. De hecho, se alegraba de tener la oportunidad de estar a solas con Maria, lo que indicaba, pensó Steven, lo desesperado que estaba por hacerla cambiar de opinión respecto a la boda. Tenía que convencerla de alguna manera, y tenía que conseguirlo pronto. Porque según su última conversación con Ethan Mallory, la búsqueda de su hermana estaba yendo demasiado lenta. Al pensar que Bianca estuviera secuestrada en manos de Derrick Barone sintió una oleada de furia. Ya estaba bien de burocracia. Su

hermana debía estar muerta de miedo. Si Mallory y sus ayudantes no eran capaces de encontrar a Barone y liberar a su hermana, seguro que él sí podría.

De pronto, las reacciones de su familia y la de Maria respecto a la situación surgieron en su mente como un nubarrón. En aquellos momentos no podía pensar en ellos, se dijo Steven. Tenía que concentrarse en Maria y en el modo de convencerla de que merecían otra oportunidad, no sólo por ellos sin también por su hijo. Con aquel pensamiento en la cabeza, se dirigió al salón.

Y se encontró con Maria dormida. Y al mirarla se le olvidó todo lo que había pensado mientras estaba en la cocina. Estaba tumbada de lado con una mano bajo la mejilla y la boca levemente entreabierta. El cabello le enmarcaba el rostro como un aura de seda que se esparcía por los cojines de colores. Su piel parecía de porcelana fina, suave y perfecta. Maria tenía algo de espiritual en aquel estado, pensó Steven acercándose un poco más. Se fijó entonces en la redondez de su cuerpo, en la dulzura de su expresión. Cielos, qué hermosa era, pensó. Parecía una obra de arte, una Madona de Rafael convertida en carne. Y por primera vez en su vida Steven lamentó no haber sido bendecido con el don del arte en lugar de con una mente genial para la informática para poder captarla en aquel instante.

Bajó la vista hacia su vientre, abultado debido al hijo que esperaba y se le secó la garganta. La amaba, la amaba desde el momento en que la vio por primera vez. Sintió una emoción tan intensa que le dolió el pecho. Amaba a Maria y tendría que estar loco para rendirse por culpa de sus familias. De pronto, toda la frustración que había acumulado por la negativa de Maria a casarse con él reapareció de golpe. Se prometió a sí mismo que tendría un futuro con ella. Conseguiría que le diera una oportunidad.

Pero ¿Y si Maria tenía razón? ¿Y si al escogerla a ella perdía a su familia?

Entonces, se dijo Steven, perdería a su familia. Porque para él sólo había una elección posible. Maria. Ella era su pasado. Era su presente. Y sin ella no había futuro. Steven agarró la manta que Maria había dejado caer al suelo y se la colocó suavemente encima. Incapaz de resistirse, se inclinó y la besó en los labios.

Ella batió las pestañas y abrió los ojos. Se lo quedó mirando con

expresión dulce y somnolienta.

–¿Steven?

–Sí –susurró él–. No quería despertarte. Vuelve a dormir.

–¿Eres de verdad, entonces? ¿No eres un sueño?

–Soy de verdad –aseguró él con una sonrisa apartándole el cabello de la cara.

Maria se incorporó ligeramente y le tocó la cara para asegurarse de que era de carne y hueso.

–Estaba soñando contigo… con nosotros.

–Espero que fuera un sueño bonito –dijo Steven besándole la palma de la mano.

–Lo era –aseguró ella con una sonrisa–. Estábamos en la boda de Nicholas y Gail. Pero no era su boda, era la nuestra.

–Me gusta ese sueño.

–Pero era sólo un sueño –respondió ella dejando de sonreír–. No era real.

–Pero puede serlo. Yo quiero que lo sea –aseguró Steven–. Te amo.

–Yo también te amo. ¡Ay! –gimió.

–¿Qué ocurre? –preguntó Steven sintiendo cómo se le helaba la sangre en las venas al verla doblarse–. ¿Va algo mal?

Maria hizo varias respiraciones rápidas y luego se apoyó sobre un codo de manera que estaba medio sentada y medio tumbada.

–Es el bebé. Nuestro hijo o hija ha decidido otra vez jugar al fútbol –aseguró con una sonrisa.

–¿Al fútbol? –preguntó Steven muy extrañado mirándola alternativamente primero al vientre y luego a los ojos–. No entiendo nada. ¿Estás bien? ¿Le ocurre algo malo al bebé?

–Los dos estamos perfectamente.

–Pero has gritado. Te dolía –insistió él.

–Sólo ha sido un instante. Nuestro hijo pega buenas patadas.

–¿Y eso es normal? –preguntó Steven muy preocupado.

Nunca había tenido bebés cerca ni tampoco mujeres embarazadas alrededor. Con lo que sabía de ambas cosas no podría ni rellenar un dedal.

–Es normal en este punto de la gestación.

Steven tragó saliva al tiempo que digería aquella información. Era consciente de que lo que habían creado era un trozo de vida,

una vida que crecía en el interior del vientre de Maria.

–¿Te ha dolido mucho?

–Sólo durante un segundo o dos. Es más bien una sensación incómoda que te pilla por sorpresa –aseguró acariciándose suavemente el vientre–. Creo que nuestro hijo está impaciente por nacer.

–No irás… –comenzó a decir Steven, tragando saliva y sintiendo una oleada de pánico–. No irás a ponerte de parto ni nada parecido, ¿verdad?

–No –lo tranquilizó Maria riéndose con gana–. Al menos espero que por el momento no.

Sobre todo teniendo en cuenta que el médico más cercano estaba a cientos de kilómetros, pensó Steven con suma preocupación.

–Relájate, Steven. Salgo de cuentas dentro de dos meses.

–Pero tú misma acabas de decir que está impaciente por nacer. ¿Y si…?

–Steven, el bebé está activo. Eso no significa que vaya a venir al mundo de inmediato. Sólo significa que… Oh, ya está aquí otra vez –dijo Maria agarrándole la mano y colocándosela sobre el vientre–. ¿Puedes sentirlo?

El bebé dio otra patadita.

–Lo he notado –aseguró Steven con la mirada fija, sumido en aquella sensación–. Mira, ha dado otra –dijo sonriendo–. ¿Lo has notado tú?

–¿A ti qué te parece? –preguntó Maria sonriéndole con indulgencia.

–Claro, qué pregunta más tonta –reconoció Steven riéndose de su propia estupidez–. Por supuesto que lo has notado.

Pero es que no podía evitarlo. Había sentido por primera vez a su hija o hijo moviéndose en el interior del vientre de Maria.

–Es algo increíble, ¿verdad?

–Tú sí que eres increíble.

–No tanto –aseguró ella dejando de sonreír–. Ninguno de los dos planeábamos tener un bebé y me quedé embarazada.

–Yo también estaba allí, ¿recuerdas? –dijo Steven levantándole la barbilla con una mano para obligarla a mirarlo–. Tal vez no lo tuviéramos pensado, pero estoy feliz con el bebé, Maria. ¿Y tú?

–Sí. Quiero tener este hijo. De verdad que lo quiero. Pero me gustaría… me gustaría que las cosas fueran diferentes –murmuró intentando incorporarse.

Steven le tendió una mano para ayudarla a ponerse de pie.

–Gracias –dijo Maria–. Cuanto más avanza el embarazo más difícil me resulta sentarme y levantarme. Seguro que parezco una ballena varada.

–Yo creo que estás preciosa.

–O estás intentando ser amable o necesitas gafas.

–Soy sincero. Nunca he visto a nadie tan hermoso como lo estás tú en estos momentos.

–Gracias –dijo Maria sonrojándose.

–Soy yo quien tiene que darte las gracias –aseguró Steven.

Y así lo sentía. Estaba agradecido por haberla conocido y porque fuera a darle un hijo.

–Veamos si piensas lo mismo después de que prepare la cena. Mi talento culinario se reduce a las galletas y a los helados.

–¿Y por qué no hago yo la cena?

–¿Sabes cocinar? –preguntó Maria con una mezcla de sorpresa y escepticismo en la voz.

–Mi familia posee uno de los mejores restaurantes italianos de Boston –aseguró Steven con orgullo–. Por supuesto que sé cocinar. ¿Alguna petición especial?

–Sorpréndeme.

Capítulo Ocho

Steven la sorprendió con un magnífico pollo marinado acompañado de pasta, ensalada verde y un poco del pan casero que preparaba Magdalene descongelado y untado con mantequilla de ajo. A Maria le vino a la cabeza de repente la idea de que durante el año que llevaba saliendo con Steven nunca habían compartido una cena íntima que hubiera sido preparada por alguno de los dos. Por supuesto que habían comido juntos, pero siempre había sido algo que traía el servicio de habitaciones de algún hotel o en algún restaurante alejado en el que no había posibilidad de que los viera alguien conocido.

–Un centavo por tus pensamientos –dijo Steven mientras le pasaba la salsa.

–Estaba pensando en que he compartido más comidas caseras contigo aquí en Montana que durante todo el año pasado en Boston.

–No porque yo quisiera –le recordó él.

Aquello era cierto. Steven le había rogado en incontables ocasiones que se quedara a dormir con él en su casa y ella siempre se había negado aten el temor de que alguien pudiera verlos juntos.

–Ya sabes por qué he insistido en mantener en secreto nuestra relación –se defendió Maria.

–Sí, lo sé. Pero nunca estuve de acuerdo. En cualquier caso no tiene sentido que nos sigamos preocupando de que alguien se entere. Todos lo sabrán pronto, y cuanto más tardemos en contárselo más difícil será –aseguró Steven secándose las manos antes de colgar de nuevo el trapo–. No tenemos nada de qué avergonzarnos, Maria. Nada.

–No estoy avergonzada.

Y no lo estaba. Estaba sencillamente asustada. Tenía miedo de decepcionar a su familia, de decepcionar a Steven y de poner en peligro a su hijo.

–Entonces dime que te casarás conmigo e iremos juntos a ver a nuestras familias para contarles lo del bebé –dijo él agarrándola

suavemente de los hombros.

«Miau» maulló la gata frotándose contra las piernas de Maria.

–Tengo que dar de comer a Sophia –aseguró ella aprovechando la interrupción.

–Yo lo haré –dijo Steven frunciendo la boca y soltándola sin presionarla para que contestara.

–Gracias.

–Estaría bien que escucháramos el último parte meteorológico –sugirió él.

–Pondré la radio.

Maria salió de la cocina y encendió la radio del salón. Tras escuchar la última hora que aseguraba que las carreteras seguían cerradas y se esperaba que siguiera nevando, la apagó y puso el último CD de Faith Hill. Mientras la cantante hablaba del amor, Maria se acercó a la ventana. Apartó las cortinas y se quedó mirando en la oscuridad aquel mundo cubierto de blanco. Aislados como estaban, resultaba fácil olvidarse de Boston, de sus familias, de los problemas a los que tendrían que enfrentarse. Alejados del mundo y de la gente, Maria podía fingir que eran una pareja normal de enamorados que estaba esperando un hijo, y que podían compartir una vida juntos como pretendía Steven.

–¿Alguna novedad con el tiempo?

Maria soltó la cortina y se giró. Steven entró en el salón llevando una bandeja.

–No. Más nieve y más carreteras cerradas. Era deprimente, así que he puesto un poco de música.

–¿Te apetece un chocolate caliente? –preguntó arrodillándose para colocar la bandeja en el suelo, frente a la chimenea.

Steven le pasó una taza y ella la saboreó lentamente con la mirada clavada en el fuego.

–Tienes un poco de chocolate ahí –aseguró él señalándole con el dedo la comisura de la boca.

Maria se lo limpió con la lengua y sintió cómo se le aceleraba el pulso al darse cuenta de que Steven la miraba con una intensidad que no se esforzó en disimular.

–Espera un momento –dijo con voz ronca.

Se inclinó sobre ella y le pasó el dedo cerca de los labios. Luego se lo metió en la boca.

De pronto, el fuego que Maria sintió por dentro no tuvo nada que ver con el calor de la chimenea. Notó renacer en ella un deseo que llevaba meses adormecido. En cuanto se le empezó a notar el embarazo había estado demasiado preocupada como para estar con él ante el temor de que descubriera su secreto. Y desde que llegó a Montana había tratado d olvidar lo que era hacer el amor con Steven. Pero ahora se acordaba. Y aquellos recuerdos despertaron en ella un deseo que hizo que le sudaran las manos. Temerosa de decir o hacer alguna estupidez, agarró su taza de chocolate. Lo apuró de un trago y trató de controlar sus emociones y el deseo que Steven había provocado en su interior.

–Maria, mírame.

Ella hizo lo que le pedía y Steven le quitó la taza de las manos y la puso a un lado. Entonces todo pareció desarrollarse a cámara lenta. Él le abarcó la cara con las manos y comenzó a inclinar la cabeza. Maria se fijó en el brillo de sus ojos azules, en la oscura línea de la mandíbula, en el modo en que entreabría los labios. Y cuando sintió el contacto de su boca, se estremeció y cerró los ojos.

Steven la besó con dulzura. Suavemente. Despacio. La besó como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si no hubiera nadie más sobre la tierra, ni problemas ni familias. Como si sólo estuvieran ellos.

–Sabes a chocolate –susurró él deslizando la lengua por el contorno de sus labios–. Qué dulce… –continuó diciendo mientras la seducía con la boca, haciéndole el amor con sus besos.

La cabeza de Maria estaba llena de su aroma, de su sabor, de sus caricias.

Steven levantó un instante la cabeza, la inclinó ligeramente y volvió a besarla. Y a cada beso, todas las razones que ella se había dado a si misma para no estar con él comenzaron a desvanecerse. Como si se tratara de un sueño, cayó bajo el hechizo de los besos de Steven.

«Deberías parar».

Maria escuchó aquella voz susurrándole dentro de la cabeza y decidió ignorarla. No quería parar. Quería que Steven siguiera besándola. Nunca antes la había besado de aquella manera, con tan exquisita paciencia. Su pasado estaba lleno de momentos robados y cuando hacían el amor siempre tenían una sensación de urgencia.

Pero en aquellos momentos no. En aquellos momentos sólo había besos tiernos y lentos que se repetían una y otra vez hasta que el deseo que Maria sentía fue tan intenso que comenzó a dolerle.

Apartó la boca para recuperar la respiración.

–Tócame –le suplicó mirándolo fijamente–. Necesito sentir tus caricias.

Los ojos de Steven brillaron todavía más. Y durante un instante ella sintió la emoción del poderío femenino. Pero entonces él le puso la mano sobre un pecho y ya no pudo pensar en nada más. Apenas podía respirar mientras Steven le acariciaba aquella zona tan sensible. Cuando él inclinó la cabeza y le acercó la boca al jersey, Maria tragó saliva. El calor de sus labios succionándola por encima de la tela era de lo más erótico y sirvió para alimentar todavía más el deseo que sentía correr dentro de ella.

–Quiero verte –susurró Steven con los ojos llenos de una pasión que provocó que se le acelerara el pulso.

Maria asintió con la cabeza, convencida de que si intentaba hablar le fallaría la voz. Como si de un sueño se tratara, observó cómo él le quitaba el jersey. Las llamas despertaban reflejos de luz sobre su cabello oscuro y ella hundió las manos en él. Steven le desabrochó el cierre del sujetador y le acarició el estómago. Maria retuvo el aire y esperó. Le pareció que tardaba una eternidad, pero por fin le rodeó el pezón con lengua. Ella gimió levemente. Cerró los ojos y arqueó la espalda.

Steven la tomó con la boca. Se tomó su tiempo para succionarla, besarla, cubrirle de besos un pecho y después el otro. A cada roce de sus labios, a cada embestida de su lengua, Maria sentía un calor húmedo entre las piernas. Y cuando él le mordió finalmente uno de los pezones, Maria cerró los ojos para ahogar un grito.

Como si Steven hubiera adivinado su deseo, deslizó la mano debajo de su falda y recorrió lentamente el camino hacia la parte interior del muslo. Cuando llegó al extremo de sus braguitas, le preguntó con voz entrecortada:

–¿Quieres que pare? Dios sabe que yo no quiero, pero lo haré si es lo que deseas.

–No –consiguió decir ella a pesar de tener la garganta seca de deseo–. No quiero que pares.

Steven emitió un sonido gutural y volvió a besarla. Sin dejar de

hacerlo, su mano encontró el camino a través de la ropa interior e introdujo primero un dedo y luego otro. Comenzó a acariciarla muy lentamente, adentro y afuera una y otra vez besándola al mismo tiempo con aquellos besos perezosos que la estaban volviendo loca. Deslizó los dedos dentro de ella y luego los sacó casi del todo antes de volver a introducírselos.

Maria apartó la boca y se agarró a los hombros de Steven al sentir que se acercaba al punto culminante.

–Steven… –gritó cuando volvió a entrar en ella de nuevo y le acarició aquel punto tan sensible una y otra vez, hasta que finalmente Maria explosionó.

Se movió bajo su mano, gritó de nuevo y se estremeció en medio de miles de puntos de luz.

Steven la abrazó con fuerza, absorbiendo los gritos de Maria mientras un nuevo orgasmo la atravesaba. Su respuesta provocó que el propio deseo de Steven se agudizara. Cuando ella cayó rendida entre sus brazos unos segundos más tarde, la reclinó con delicadeza contra los cojines y la besó suavemente. Y después de colocarle bien la falda la atrajo hacia sí, satisfecho con solo abrazarla. El deseo que tenía concentrado en la entrepierna lo mantendría probablemente toda la noche despierto, pero se sentía satisfecho por haberle proporcionado a ella tanto placer.

Ella se estiró a su lado y le rozó el muslo con la cadera. Steven contuvo un gemido. Definitivamente, aquella iba a ser una noche muy larga, pensó suspirando.

–¿Steven?

–¿Sí? –preguntó él tratando de disimular la fuerza de su deseo.

–¿Por qué te has detenido? –dijo Maria apoyándose sobre un codo–. ¿Por qué no hemos hecho el amor?

–Sí que te he hecho el amor –aseguró él acariciándole la mejilla.

–No. Me has hecho el amor, pero no hemos hecho el amor. Hay una diferencia. Yo… yo he disfrutado, pero tú no.

–Para mí ha sido muy satisfactorio –insistió Steven–. El hecho de verte, de saber que lo que te estaba haciendo te gustaba ha sido totalmente satisfactorio.

–¿Y eso es suficiente para ti?

–Sí –aseguró con convicción, aunque todo su cuerpo le gritara que estaba diciendo una mentira.

La deseaba, pero el amor que sentía por ella era más fuerte que su deseo y se negaba a poner en peligro a su bebé para saciar su hambre. Ya tendrían tiempo de sobra más tarde, cuando naciera el niño y estuvieran viviendo como marido y mujer. Porque de una cosa estaba seguro: No iba a regresar a Boston sin Maria.

–Ya veo –aseguró ella con expresión sombría–. Supongo que tendría que haber pensado que… quiero decir que es normal que no despierte en ti una pasión loca con este aspecto de haberme tragado un melón y…

–No –la interrumpió Steven, furioso porque ella pensara que la había rechazado–. Eres preciosa. Y no puedes estar más sexy. Y en estos momentos te deseo tanto que apenas puedo respirar.

Y para demostrarlo, le agarró la mano y se la colocó en la excitación evidente bajo sus pantalones.

–Pero entonces… –preguntó Maria arqueando las cejas con asombro–. ¿Por qué no…?

–Porque tenía miedo de hacerle daño al bebé.

–¡Oh, Steven! –exclamó ella abrazándolo.

–Ya habrá más ocasiones, Maria –aseguró él–. Puedo esperar hasta que nazca el niño.

–Pero no tienes por qué esperar –contestó Maria apartándose–. Podemos hacer el amor. No nos harás daño ni a mí ni al bebé.

Él pareció dudar, así que lo besó y le susurró en los labios:

–Hazme el amor, Steven

–Tendría que ser un santo para resistirme –aseguró él sintiendo cómo todo su cuerpo comenzaba a sentir la presión de haber estado aguantando el deseo–. Y los dos sabemos que no lo soy.

–No quiero ningún santo. Te quiero a ti. Sólo a ti.

Steven estuvo a punto de caer sobre ella como si fuera un depredador, pero se obligó a sí mismo a ir despacio. Le costó mucho, pero se tomó su tiempo para desvestirla lentamente, maravillándose ante los cambios que había experimentado su cuerpo desde la última vez que la había visto desnuda. Tenía los senos más llenos, los pezones de un rosa más profundo y más erectos. Parecían pedirle que los besara, que los saboreara. Y eso fue lo que hizo.

Le deslizó las manos por la cintura, por las caderas, y se sorprendió al comprobar que seguía teniéndolas estrechas. Le besó el abultado vientre, el interior de los muslos. Se abrió paso entre sus piernas e introdujo allí la boca. La saboreó. La exploró. Y, valiéndose de la lengua y los dientes, la fue elevando más y más, de una cima a otra mientras su propio deseo se hacía más intenso. Sentía la sangre pesada y cálida corriéndole por las venas. Y cuando ya no pudo esperar más se quitó los pantalones y los calzoncillos y se colocó entre sus piernas.

Apoyó el peso en los brazos para que ella no tuviera que soportar la menor carga.

–Intentaré ser delicado –aseguró, consciente de lo delicada que era a pesar del embarazo.

–No soy de cristal, Steven. No me voy a romper.

–Lo sé –respondió él–. Pero vamos a hacerlo muy despacio y con cuidado.

–Muy despacio y con cuidado –repitió Maria girándose en un abrir y cerrar de ojos.

Steven aguantó la respiración. Se le nubló la vista y antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo vio que era Maria la que lo empujaba contra los cojines y se colocaba encima de él.

–Maria, no… –comenzó a decir excitado y al mismo tiempo alarmado por el brillo que vio en sus ojos–. Despacio –repitió cuando ella se introdujo en su virilidad.

–Ya lo sé. Muy despacio y con cuidado –lo imitó al tiempo que comenzaba a moverse.

Mantuvo su palabra. Fue muy despacio. Y con mucho cuidado. Se movió lentamente adelante y atrás, arriba y abajo mientras iba hundiéndose más y más en él. Disfrutando a cada movimiento y haciéndolo disfrutar a él a cada balanceo de sus caderas. Steven tuvo que admitir que lo que sentía por aquella mujer iba más allá del deseo, de la pasión. La amaba con cada poro de su ser, con toda su alma. Y prometió que nada ni nadie los separaría.

Steven se incorporó ligeramente para saborearle los pechos y aquel movimiento la introdujo más en él y estuvo a punto de llevarlo al éxtasis. Mientras tanto Maria seguía con el cadencioso ritmo de sus caderas, llevándolo más y más hacia el límite al tiempo que le acariciaba el cabello con las manos. Entonces se inclinó y

volvió a besarlo en la boca una última vez antes de apartarla para dejar escapar un gemido. Comenzó a aumentar gradualmente el ritmo y todo su cuerpo se puso tenso. Maria cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda.

–Steven… –exclamó entre gemidos.

Él le apretó las caderas y sin soltarla movió las suyas con fuerza, más y más rápido cada vez. Y cuando Maria alcanzó el orgasmo se estremeció y sus músculos más femeninos temblaron alrededor de él. Steven gimió por el esfuerzo que le suponía contener su propio placer.

–Steven –gritó ella de nuevo abrazándolo mientras alcanzaba de nuevo el éxtasis.

Incapaz de aguantar ni un segundo más, la siguió para que alcanzaran juntos los confines del placer. Y de pronto se hizo la oscuridad.

Tumbada encima de Steven frente a la chimenea, con el cuerpo sonrojado por la excitación sexual, Maria era incapaz de reunir la energía suficiente para moverse, ni mucho menos para buscar su ropa y vestirse. En aquel momento todo lo relacionado con Boston y sus problemas parecían muy, muy lejanos.

–¿Estás bien?

–Eso creo. Te lo diré en cuanto pueda volver a moverme –murmuró perezosamente.

–Te has dado cuenta de que se ha ido la luz, ¿verdad? –le susurró Steven al oído.

–¿Es eso lo que ha ocurrido? Pensé que el mundo había saltado por los aires.

–Eso le sienta muy bien a mi orgullo, señorita Barone –dijo él con una sonrisa en la voz–. ¿Tienes frío? –preguntó al comprobar cómo se estremecía al acariciarle la espalda.

–Un poco –admitió ella.

–Dame un par de minutos y veré qué puedo hacer para entrar en calor –aseguró Steven levantándose para agarrar la manta y arroparla con ella–. No te muevas de aquí. Voy a encender el generador.

Steven la besó en los labios con dulzura antes de salir por la

puerta. Ella lo vio salir y no pudo evitar pensar que más tarde o más temprano dejaría de nevar. Abrirían las carreteras. Y ya no estarían los dos solos aislados del mundo. Aquellos momentos idílicos y aquel tiempo mágico en el que ambos podían fingir que eran una pareja normal de enamorados llegaría pronto a su fin.

El fin llegó dos días más tarde, cuando sonó el teléfono móvil de Steven. Maria hizo el amago de salir de la habitación para darle un poco de intimidad, pero él le hizo un gesto con la mano para que se quedara. Maria supo por la expresión de su rostro y la tensión que reflejaba su cuerpo que no se trataba de buenas noticias.

–Muy bien. Esta mañana van a abrir las carreteras. Tomaré el próximo avión que haya a Boston. Mientras tanto, mantenme informado si averiguas algo más.

–¿Quién era? –preguntó Maria–. ¿Qué ha pasado?

–Era Ethan Mallory –respondió Steven refiriéndose al detective que investigaba el secuestro de Derrick Barone y su hermana Bianca.

–¿Los ha encontrado ya?

–Todavía no –aseguró agarrando a Maria del brazo y mirándola directamente a los ojos–. Pero ya no hay ninguna duda de que Derrick es el responsable del incendio de la fábrica de Baronessa.

Por mucho que le costara creer que su propio primo pudiera hacer algo semejante, sabía que todas las pruebas lo apuntaban a él.

–¿Y qué pasa con el secuestro? Karen me dijo que al parecer Derrick podía haberlo simulado.

–Por eso ha llamado Ethan. Tu prima Emily fue a ver a un hipnotizador. Ha recordado cosas, y con esa información la policía ha podido relacionar la nota que pedía el rescate con Derrick.

–Pobre Emily –dijo Maria pensando en su prima–. Esto debe estar resultándole muy duro.

–No nos olvidemos de mi hermana. Bianca es la parte más inocente de todo este asunto.

Maria lo miró con asombro. El tono despectivo de la voz de Steven la abofeteó como una ráfaga de viento helado.

–Lo siento –murmuró abrazándose a sí misma–. No quería minimizar lo que le ha ocurrido a Bianca. Sólo digo que al ser

hermana de Derrick, Emily debe estar llevándolo fatal. Por supuesto que no puedo ni imaginarme lo espantoso que tienes que ser este asunto para ti y tu familia.

Steven suspiró y se pasó la mano por el cuello.

–Todo esto es una pesadilla para todos. Siento haberte hablado de esa manera –se disculpó–. Tengo que volver a Boston.

–Claro –se apresuró a decir Maria, lamentando que tuvieran que regresar al mundo real–. Lo comprendo.

–No quiero irme solo. Ven conmigo.

–No creo que sea una buena idea –aseguró ella dando un paso atrás–. Además, aunque quisiera hacerlo no podría dejar sola a Sophia. ¿Quién se encargaría de ella mientras Louis y Magdalene están fuera?

–Pensé que Magdalene te había dicho que el padre de Louis estaba mejor y que se marcharían de Billings mañana o pasado, ¿no?

–Sí, así es –admitió Maria–. Pero eso significa que no estarán aquí antes de mañana por la noche.

–Por lo tanto, Sophia se quedará sola muy poco tiempo. Los gatos son casi autosuficientes, Maria. Si le dejamos comida y agua se las arreglará perfectamente hasta que regresen los Calderone.

–No sé, Steven…

–Por favor, Maria –insistió él acercándose y agarrándole las manos–. Te necesito. Ven conmigo.

Maria dudó un instante. Le abrumaba la posibilidad de enfrentarse a su familia, y posiblemente también a la de Steven. Se había resignado al hecho de tener que contarles la verdad, pero no había esperado que fuera tan pronto. ¿Cómo reaccionarían ante la noticia de su relación con Steven? ¿Y respecto al bebé?

–Si no lo haces por mí… por nosotros –se corrigió él–, hazlo por mi hermana.

–¿En qué puede ayudar a Bianca que yo regrese a Boston?

–Puedes hablar con Emily. Ella confía en ti. Si sabe dónde se esconde su hermano te lo dirá.

–Pero tú dijiste que estaba colaborando con ese detective contratado por tu familia y que ha ido a ver a un hipnotizador.

–Así es, pero las piezas siguen sin encajar completamente y el tiempo corre en nuestra contra. Derrick ya ha intentado quemar la

fábrica y ha secuestrado a Bianca. No se sabe qué intentará hacer después. El hombre no está bien de la cabeza, Maria, supongo que estamos de acuerdo en eso…

–Sí, estamos de acuerdo –tuvo que reconocer ella.

–Te darás cuenta entonces de que es peligroso.

Maria recordó el veneno que despedían las palabras de Derrick cuando la felicitó por convertirse en gerente de la heladería y le dijo que esperaba que algún día consiguiera todo lo que se merecía. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

–Sí, me doy cuenta.

–No tardará mucho en suponer que la policía ha relacionado la nota del rescate con él. Y entonces Bianca correrá todavía más peligro. Tenemos que encontrarlo cuanto antes –aseguró mirándola con ojos suplicantes–. Por favor, ¿vendrás conmigo?

–De acuerdo. Pero con una condición. Tienes que prometerme que no le dirás a nadie lo nuestro ni lo del niño hasta que yo te lo diga.

–De acuerdo. Pero, ¿no crees que va a resultar difícil ocultarle tu embarazo a tu familia? –señaló Steven.

–A excepción de Emily, no tengo intención de ver a nadie de mi familia. Al menos por el momento.

Steven frunció la boca pero permaneció en silencio.

–Ya sé que tengo que contárselo, Steven. Y lo haré. Te lo prometo. Pero primero quiero arreglar este asunto de Derrick y asegurarme de que Bianca está bien.

Entonces tal vez podría encontrar la manera de contarle a su familia la noticia de que amaba a Steven Conti, que estaba esperando un hijo suyo y quería casarse con él. Y lo que era más importante: Tendría que decidir si se enfrentaba a Lucia Conti y se arriesgaba a sufrir las consecuencias de la maldición.

Capítulo Nueve

–Se está retrasando –le dijo Steven a Maria aquella noche, mientras esperaban en las oficinas de Baronessa–. Tal vez deberías llamarla otra vez.

–Sólo han pasado diez minutos. No te preocupes. Emily llegará.

Steven recorrió arriba y abajo el despacho con impaciencia. Miró el reloj por tercera vez en los últimos cinco minutos y se preguntó si realmente era una buena idea que Maria hablase con su prima. Tanto Mallory como la policía ya habían interrogado a la joven y aunque se había mostrado colaboradora no les había proporcionado ninguna pista que llevara hasta su hermano. Steven estaba seguro que tanto el detective como la policía verían el hecho de que Maria hablara con Emily como una intromisión por su parte.

Pero Bianca era su hermana, maldita sea. No podía quedarse esperando a que ellos averiguaran dónde la tenía escondida Derrick. Porque cuando lo descubrieran tal vez sería demasiado tarde. Sólo pensar que algo malo pudiera ocurrirle a su hermana le provocó un nudo en el estómago. Steven trató de mantener el miedo a raya. Se prometió a sí mismo que encontraría a Bianca.

–Steven, Emily llegará enseguida –le aseguró Maria.

–Eso dices tú.

–Llegará. Sólo espero que aparezca antes de que le hagas un agujero a la alfombra.

Steven se detuvo y se giró para mirarla.

–Intenta relajarte –le pidió ella.

–No puedo –respondió Steven con sinceridad, masajeándose el cuello para intentar aliviar la tensión–. No puedo dejar de pensar en Bianca, en lo asustada que debe estar.

–Lo siento. Ojalá pudiera hacer algo.

–Ya lo estás haciendo. O lo harás cuando llegue tu prima. Si es que llega –aseguró él suspirando al ver la mirada que le dirigió Maria–. Ya sé que no tengo paciencia. Pero es que Bianca siempre ha dependido de mí. Siempre he estado ahí cuando me ha

necesitado y seguramente se estará preguntando por qué no la he rescatado ya.

–La encontrarás –le aseguró Maria–. A mí me encontraste, ¿no es cierto?

–A ti no te habían secuestrado –puntualizó él.

–En eso tienes razón. Pero no quería que me encontraras y diste conmigo de todas formas.

–No puedo contar con que tu primo cometa el error de utilizar la tarjeta de crédito –dijo Steven–. Si al menos tuviera alguna idea de dónde podría habérsela llevado, de dónde buscar…

–Intenta no preocuparte. Si Bianca se parece en algo a su hermano, entonces es más fuerte de lo que tú piensas.

–Ella no es como yo. Es frágil, confiada y…

Steven se imaginó a su hermana en una casa abandonada, atada y aterrorizada y a un enloquecido Derrick Barone amenazándola.

–… Y si ese desgraciado le ha hecho algo, yo…

Terminó la frase maldiciendo entre dientes y se dio la vuelta.

–Lo siento.

–No, soy yo el que lo siento –aseguró Steven pasándose la mano por la cara antes de girarse para mirarla–. No tengo derecho a desahogarme contigo de esta forma.

–Es normal. Me imagino lo que sientes. Si alguna de mis hermanas estuviera en poder de un Conti yo también estaría furiosa. Sólo espero… espero que tengas razón y que mi charla con Emily sirva para encontrar a Bianca.

–Servirá –aseguró él con firmeza.

Y le rogó a Dios que así fuera. Se forzó a pensar en otras ocasiones en las que se había enfrentado a situaciones imposibles y había salido triunfante. Como cuando fundó su empresa, que resultó un éxito. O en su relación con Maria, en el amor que compartían y el hijo que iban a tener a pesar de la rencilla histórica entre sus familias. Conseguir que Maria regresara con él a Boston aquel día había sido también un gran logro. De acuerdo, todavía no le había dicho que se casaría con él pero aquel era un detalle que solucionaría en cuanto encontrara a Bianca.

–¿Quieres beber algo mientras esperamos? Hay agua mineral y refrescos en la nevera que está bajo aquel mostrador –aseguró Maria señalando con el dedo.

–No, gracias.

–Creo que yo me serviré un poco de agua –dijo ella levantándose.

Steven la observó dirigirse a la nevera. Llevaba un jersey de cuello vuelto negro y una chaqueta en tono tierra a juego con un colgante de plata en el que se reflejó la luz cuando volvió a sentarse. Bebió el agua a pequeños sorbos sin dejar de juguetear con el bolígrafo que tenía en la mano.

Nervios, pensó Steven. No podía culparla. El también estaba muy nervioso. Y no podía quitarse de la cabeza las últimas palabras de Mallory.

«Seré sincero contigo, Conti. Por lo que he podido intuir hablando con Emily, te diré que ese tipo es una bomba de relojería. Cuanto más escarbamos en este asunto, más probabilidades hay de que explosione».

Y si Derrick Barone explotaba sería su hermana Bianca la que sufriría las consecuencias. Steven se sintió invadido por una nueva oleada de culpabilidad y preocupación. Tenía que hacer algo, cualquier cosa para encontrar a su hermana.

–¿Por qué demonios tardará tanto? –soltó.

En ese instante sonó la campanilla del ascensor, indicando que alguien lo había llamado desde el garaje.

–Esa debe ser Emily.

«Ya era hora», pensó Steven esperando ansiosamente a que la otra mujer entrara en el despacho de Maria. Pero no lo hizo sola. Antes de que pudiera preguntar quién era aquel hombre alto y rubio que estaba con ella, Emily se precipitó hacia Maria.

–¡Maria! ¡No puedo creer que estés aquí! ¿Dónde te habías metido? ¿Por qué hemos quedado aquí? ¿Y por qué…?

La otra mujer dejó de abrazarla, dio un paso atrás y se quedó mirando con la boca abierta el vientre de Maria durante unos instantes antes de mirarla de nuevo a la cara.

–Estoy embarazada –explicó Maria.

–¿Pero cómo…? ¿Quién…? ¡Oh! –exclamó girándose hacia Steven.

–Yo soy el padre –aseguró Steven dando un paso adelante y pasando el brazo por los hombros de Maria–. Tengo intención de casarme con tu prima con el consentimiento de nuestras familias o

sin él –concluyó esperando haber dejado meridianamente clara su postura.

–Ya veo –murmuró la joven mirando alternativamente a la pareja.

–A excepción de Karen y ahora de ti y de Shane –dijo Maria dirigiendo la atención hacia el hombre que estaba al lado de Emily–, nadie de nuestras familias sabe nada de lo nuestro ni de lo del bebé. Por eso te pedí que nos viéramos aquí y que no se lo contaras a nadie. Te agradecería que no dijeras nada.

–No lo haremos –aseguró Emily mirando a Shane, que asintió con la cabeza–. Me dijiste por teléfono que necesitabas mi ayuda, Maria. ¿De qué se trata?

–Steven y yo… los dos pensamos que si hablabas conmigo tal vez pudieras recordar algo que nos ayudara a encontrar el lugar en el que Derrick tiene retenida a Bianca.

La expresión de Emily se ensombreció y miró a Steven con los ojos cargados de tristeza.

–No creo que pueda contaros nada que no le haya dicho ya a Ethan Mallory y a la policía. Creedme, por favor. Si tuviera la más mínima idea de dónde está Derrick os juro que os lo diría.

–Sé que lo harías –aseguró Maria adelantándose para tomar las manos de su prima–. Pero ¿te importa hablar con nosotros de todos modos? Si me cuentas lo que le has dicho al detective y a los agentes tal vez te acuerdes de algo que se te haya pasado.

–No creo que ayude el volver a hacerla pasar otra vez por esto –intervino Shane.

–No pasa nada, Shane. Quiero ayudar. Es lo menos que puedo hacer ya que mi hermano es el responsable. ¿Por dónde queréis que empiece?

–¿Por qué no comenzamos por la semana del incendio?

–Lo siento –dijo Emily treinta minutos después, tras recordar los días anteriores y posteriores al incendio de la fábrica.

Estaba agotada, y hablar de su hermano, aceptar el hecho de que alguien de su sangre hubiera intentado destruir el negocio familiar le hacía un daño inmenso.

–Esto no nos lleva a ninguna parte –aseguró Steven con

impaciencia–. ¿Y antes del incendio? ¿Recuerdas haber visto a tu hermano con alguien, o haberlo escuchado hablar de quedar en algún lugar que te resultara extraño?

–Creo que ya le habéis hecho suficientes preguntas –intervino Shane levantándose de la mesa que ocupaban los cuatro–. Vamos, Emily.

–Su maldito hermano tiene secuestrada a mi hermana, amigo –respondió Steven entre dientes–. Ella es nuestra única esperanza para encontrarla.

–No pasa nada, Shane –aseguró Emily con voz cansada–. Estoy bien. ¿Qué más queréis saber?

–Tal vez Steven vaya por buen camino –intervino Maria–. Has dicho que reconociste el nombre de un competidor de Baronessa que llamó a Derrick.

–Así es. Snowcream. Se lo conté al tío Carlo.

–¿Pero qué me dices de antes? ¿Te acuerdas de alguien con quien hubiera hablado que te hubiera parecido extraño?

Emily se concentró y trató de recordar lo sucedido en los meses anteriores al incendio, antes de que descubriera que su propio hermano estaba dispuesto a vender las recetas secretas a la competencia por dinero.

Y entonces recordó un día en que estaba esperando en el despacho de Derrick porque iban a comer fuera para hablar del regalo de aniversario que les iban a comprar a sus padres:

Emily golpeó con impaciencia el pie contra el suelo mientras miraba el reloj. «Típico de Derrick», pensó molesta al darse cuenta de que una vez más su hermano iba a llegar tarde. Frunció el ceño y se preguntó por qué no podía tener un poco más de consideración. El día anterior también había llegado tarde a la reunión de la empresa, provocando el descontento de todo el mundo.

Seguramente no le resultaba fácil sentirse constantemente comparado con su hermano gemelo. Aunque por supuesto estaba equivocado. Él era el único que se comparaba constantemente con Daniel. Emily suspiró y deseo, como tantas otras veces, comprender a su hermano.

Volvió a consultar el reloj. Tal vez debería intentar llamarlo al móvil. Estaba a punto de hacerlo cuando sonó el teléfono del escritorio de su hermano. Emily sabía que la secretaria de Derrick había salido a

comer, así que descolgó el aparato y contestó.

–Despacho de Derrick Barone.

–¿Está Derrick ahí? –preguntó una voz de mujer que le recordó sospechosamente a la de Amber, la esposa del mejor amigo de su hermano.

–¿Amber?

–Ya me encargo yo –dijo Derrick arrancándole el teléfono de las manos–. Ya lo sé, cariño, yo también te echo de menos, pero tengo mucho trabajo y no he podido escaparme –le dijo a la mujer del teléfono–. Sí, yo también. Te prometo que iré a verte más tarde. ¿Por qué no nos encontramos donde siempre a eso de las cuatro?

–¿Era Amber Hopkins? –preguntó Emily cuando él colgó.

–Por supuesto que no. ¿Por qué iba a quedar yo con la mujer de Larry?

–Eso era precisamente lo que yo me estaba preguntando.

–Está claro que no era Amber –dijo Derrick.

Su hermana quería creerlo. No le gustaba nada ser tan suspicaz respecto a su propio hermano. Y sin embargo había visto un brillo siniestro en los ojos de Derrick cuando habló por teléfono con aquella mujer. Era la misma mirada que tenía cuando le pidió el coche prestado a Daniel y lo estrelló. Derrick aseguró que se había tratado de un accidente, que alguien lo había sacado de la carretera. Pero Emily no había terminado de creérselo.

–A mí me ha parecido que se trataba de Amber.

–Bueno, pues no era ella –aseguró su hermano zanjando la cuestión–. ¿Estás lista para salir a comer? Han abierto un restaurante nuevo aquí al lado. Podemos ir a probarlo –dijo acompañándola hacia la puerta.

Al moverse, Emily pasó rozando con el bolso las cartas que estaban en la esquina de la mesa del escritorio y las tiró al suelo.

–Vaya, mira lo que he hecho –murmuró agachándose para recogerlas.

–Déjalas ahí –le ordenó Derrick–. Mi secretaria se encargará de ellas cuando regrese de comer.

–No pienso –respondió ella recogiendo los sobres.

Gruñendo, su hermano se colocó a su lado en el suelo y se dispuso a recoger también los papeles.

Emily agarró uno de los sobres y se dio cuenta de que allí no

constaba la dirección de Derrick.

–¿Quién es Anthony Woodward? –preguntó leyendo el nombre que estaba escrito.

–Qué desastre –dijo su hermano arrebatándole el sobre–. Se habrá confundido el cartero.

Emily terminó de recoger las cartas y no pudo evitar darse cuenta de que Derrick se había guardado aquel sobre en el maletín. Se puso en pie y colocó el resto del correo sobre la mesa de su hermano.

–¿Satisfecha? –preguntó él sonriendo con sarcasmo.

Emily asintió con la cabeza aunque estaba muy lejos de sentirse satisfecha.

–Entonces, vayamos a comer algo y a hablar de la fiesta de aniversario.

–¿Emily? ¿Emily? ¿Estás aquí? –preguntó la voz de Maria penetrando en su cabeza.

–Sí. Acabo de recordar algo que ocurrió hace unos meses –dijo contando el incidente que tuvo lugar en el despacho de su hermano–. No sé si tiene alguna importancia, pero estoy completamente segura de que Derrick me mintió respecto a lo de la mujer. Y el asunto del correo tampoco terminó de convencerme.

–¿Significa algo para ti el nombre de Anthony Woodward? –le preguntó Steven.

–No. Nunca había oído hablar de él.

–Espera un momento –intervino Maria con ojos brillantes de emoción–. Emily, ¿no es ese el apellido de soltera de la tía Sandra?

–Oh, Dios mío, tienes razón. Woodward es el apellido de mi madre. Y Anthony… Anthony es el segundo nombre de Derrick.

Steven sacó el teléfono móvil y marcó un número.

–Operadora, necesito una lista con las direcciones de todos los Anthony Woodward que aparezcan.

Emily esperó con el corazón latiéndole a toda máquina. Una parte de ella quería que se tratara de Derrick, mientras que por otro lado deseaba que todos estuvieran en un error. Todas las pruebas señalaban a su hermano como autor del sabotaje y del incendio, aunque ella no quería creer que fuera capaz de aquello. Pero al ver que Steven anotaba un número de teléfono y una dirección supo que en realidad Derrick era capaz de fingir su propio secuestro y

llevarse a Bianca Conti como rehén.

–Ya lo tengo –dijo Steven al colgar mostrándoles la hoja que había escrito–. Muchas gracias, Emily –le agradeció con los ojos brillantes–. No puedo ni imaginarme lo difícil que debe resultarte todo esto y sé que nunca te podré agradecer lo que has hecho. Mi hermana te debe la vida, Emily. Y yo también.

–No me debes nada –aseguró la joven sonriendo con tristeza–. Sólo espero que estés en lo cierto y que encuentres a tu hermana en esa dirección, y que… que esté a salvo.

–Gracias –respondió él con expresión solemne–. Maria, tengo que irme –aseguró girándose hacia ella–. Podrías irte a casa con Emily y Shane y luego yo…

–Voy a ir contigo.

–Pero…

–Voy a ir contigo, Steven –insistió Maria con firmeza.

–Será mejor que te rindas –intervino Shane–. Si hay algo que he aprendido últimamente es que las Barone hacen siempre lo que les viene en gana.

–De acuerdo –accedió Steven con un suspiro–. Vamos.

–Gracias por todo –dijo la joven abrazando a su prima–. Cuídala bien, Shane.

–Cuenta con ello.

–Steven –lo llamó Emily cuando estaban ya saliendo por la puerta–. Derrick tiene… solía llevar una pistola –consiguió decir tragando saliva.

–Te agradezco la advertencia –aseguró asintiendo con la cabeza–. Tendré cuidado.

–Y por favor –suplicó Emily antes de que se marcharan–. Por favor, intenta no herir a mi hermano.

Maria sintió una punzada de lástima por su prima mientras salían del edificio en dirección al coche de Steven. ¿Cómo se habría sentido ella si hubiera sido uno de sus hermanos el que hubiera traicionado a la familia? Sintió un nudo en estómago. Tal vez todos la considerarían una traidora cuando se enteraran de lo Steven y el bebé.

–Conozco la zona en la que Derrick tiene el apartamento –dijo

Steven con voz grave–. Tardaremos al menos una media hora.

–¿Vas a llamar a la policía y a Ethan para contarles lo que hemos averiguado?

–Todavía no –respondió él acercándose al coche.

–Entonces, ¿qué piensas hacer? –preguntó Maria entornando los ojos.

–Primero iré al apartamento, y después lo llamaré. Ethan podría llamar a la policía. Así no tendrán oportunidad de ordenarme que no me acerque –aseguró Steven abriéndole la puerta del copiloto.

–Supongo que no serviría de nada que te pidiera que dejaras este asunto en manos de las autoridades… –señaló Maria poniéndose el cinturón.

–No. Bianca es mi hermana. –contestó él encendiendo el motor–. Pero voy a pedirte que reconsideres tu postura. Ya has oído a Emily, Maria. Derrick tiene una pistola. Es peligroso. No quiero poneros en peligro ni a ti ni al bebé. Si no quieres ir a tu casa, deja que te lleve a mi apartamento. En cuanto sepa algo te llamaré.

–No –insistió Maria con tozudez–. Bianca es tu hermana, pero Derrick es mi primo. Tengo que estar ahí en nombre de mi familia. En nombre de Emily.

–De acuerdo –se rindió él–. Pero no quiero que corras ningún riesgo. Prométeme que tendrás cuidado y harás todo lo que yo te diga.

–Te lo prometo –contestó Maria.

Y mientras el coche salía del garaje en dirección a la fría noche, rezó por ser capaz de cumplir aquella promesa.

Veinticinco minutos más tarde estaban aparcando frente a un edificio de pisos.

–¿Por qué alquilaría Derrick un apartamento aquí con nombre falso? –se preguntó Maria en voz alta.

–Por varias razones –respondió Steven encogiéndose de hombros–. Tal vez decidió que sería más seguro citarse aquí con los competidores de Baronessa que dejarse ver en público con ellos en sus despachos. O quizá llevaba tiempo planeando el secuestro. Soy Steven –dijo entonces después de marcar un número en su teléfono móvil–. Estoy en Boston y creo que he encontrado el sitio en el que

Barone tiene retenida a Bianca.

Steven se apartó el teléfono de la oreja y Maria escuchó la voz de un hombre profiriendo palabrotas al otro lado de la línea.

–¿Te importaría callarte un instante para que pueda darte la dirección? –le pidió Steven antes de facilitarle la calle y el número en el que se encontraban–. Demasiado tarde –dijo después–. Ya estoy aquí y voy a entrar.

–¡Conti! ¡Eres un hijo de…! –le escuchó gritar Maria al otro hombre.

–Ethan y la policía vienen de camino –le dijo Steven tras colgar el teléfono–. Necesito que esperes aquí y les expliques todo lo que ha pasado cuando lleguen. Cuéntales que Derrick tiene un arma.

–¡Espera, Steven! –gritó ella rabiosa porque el embarazo la obligaba a moverse muy despacio–. ¡No te atreverás a entrar sin mí!

Intentó quitarse el cinturón de seguridad, pero cuando lo consiguió y logró abrir la puerta, Steven ya había cruzado la calle y se dirigía al interior del edificio.

Capítulo Diez

Steven sabía que había jugado sucio y tendría que pagar por haber tratado así a Maria. Pero sería un precio muy pequeño a cambio de su seguridad. Tal y como había dicho, no confiaba en Derrick Barone. Ya era suficiente que aquel hombre tuviera a su hermana. De ningún modo iba a permitir que estuviera cerca de Maria.

Esperó a que una pareja que se aproximaba abriera la puerta principal y entró detrás de ellos. Subió por las escaleras hasta el octavo piso y al llegar se quedó mirando el pasillo enmoquetado. El lugar estaba tan silencioso como una iglesia. Steven siguió los números hasta llegar al 850 y sintió un subidón de adrenalina al poner la oreja en la puerta para escuchar lo que estuviera ocurriendo dentro.

–¡Cuidado! –gritó Bianca cuando se abrió la puerta y Steven se precipitó al interior del apartamento.

–Vaya, vaya, aquí tenemos a un Conti espiando por la cerradura –dijo Derrick sonriendo de un modo que acentuaba sus facciones de tiburón.

Pero no fueron sus gestos los que provocaron que a Steven se le subiera el corazón a la garganta. Fue la visión de Derrick rodeando a Bianca por el cuello y apuntándole con una pistola en la cabeza.

–Suéltala, Barone –le ordenó Steven, que seguía todavía en el suelo.

–Soy yo el que da las órdenes, Conti, no tú –respondió Derrick balanceando la pistola–. Pon las manos donde pueda verlas. Muy despacio.

Steven hizo lo que le pedía. Nunca antes se había enfrentado a un psicópata, pero supo por la mirada salvaje del otro hombre que Derrick Barone estaba a punto de perder completamente la cabeza.

–¿Por qué no bajas esa pistola y dejas que mi hermana se marche? Así podremos hablar tú y yo. De hombre a hombre.

–A menos que lleves encima diez millones de dólares no tenemos

nada de qué hablar –aseguró Derrick soltando una carcajada feroz, al tiempo que agarraba con más fuerza el cuello de Bianca.

–¡Suéltala! –gritó su hermano avanzando hacia ellos.

–¡No, Steven!

Steven se dio la vuelta al escuchar la voz de Maria y la vio entrar en el apartamento como una exhalación.

–Vaya, vaya –dijo entonces Derrick con una expresión de maníaco dibujada en el rostro–. Pero si es mi querida prima, que ha regresado de sus vacaciones. ¿Y qué es esto? –preguntó apuntándole el vientre con la pistola–. No me digas que la pequeña santurrona de Baronessa se ha quedado embarazada…

–¿Por qué haces esto, Derrick? –preguntó su prima dando un paso hacia él.

–¿Por qué crees tú que lo hago? –respondió Derrick soltando otra espantosa carcajada–. Por dinero, por supuesto.

–¿Por el dinero del rescate?

–Pero mira que eres idiota –aseguró su primo con desprecio infinito–. No puedo entender que la abuela te escogiera a ti para dirigir la heladería. Por supuesto que lo he hecho por el dinero del rescate. A mi modo de ver me lo debéis por la manera en que me habéis tratado todos estos años.

–Dios mío, realmente nos odias –susurró Maria con la voz rota–. ¿Por eso prendiste fuego a la fábrica?

–Tenía que borrar pistas, prima. No podía permitir que Carlo o cualquier otra persona descubriera que le estaba ofreciendo a Snowcream las recetas de Baronessa.

–Pero podías haber matado a Emily –lo acusó Maria.

–Es culpa suya que resultara herida. Se suponía que no tenía que estar allí. Estuvo a punto de estropearlo todo, así que tuve que improvisar –aseguró Derrick, sonriendo con satisfacción–. Culpé a los Conti.

–¿Cómo pudiste? –exclamó Maria–. ¿Cómo pudiste poner en peligro todo lo que Angelica y Marco habían construido? Has estado a punto de destruir nuestro legado…

–No es nuestro legado –la corrigió él–. Es vuestro legado: Tuyo, de Daniel, de Claudia, de Emily y de todos los demás.

–Y tuyo –insistió Maria–. Tú también eres un Barone.

–No, no lo soy. Yo soy Derrick, la decepción.

Sin apartar la vista de ellos, Steven observó por el rabillo del ojo que había algo de movimiento en la salida de incendios a la que daba la ventana del apartamento. Parecían agentes del FBI. Trató de concentrarse en la conversación y rezó para que Derrick no se diera cuenta del trasiego.

–Yo soy ese al que ninguno de vosotros ha considerado nunca lo suficientemente inteligente como para confiarle nada importante –siguió diciendo Derrick–. Yo debería estar en la dirección de Baronessa. Ni Nicholas ni Joseph, ni desde luego tú. Soy el más inteligente de todos y tengo grandes ideas, pero nadie ha querido escucharlas nunca. Ni siquiera mis padres.

–Maria te está escuchando ahora, ¿no es cierto Maria? –dijo Steven para ganar tiempo.

No le gustaba el modo en que había ido apretando más y más cada vez el cuello de Bianca a medida que se iba agitando.

Se escuchó entonces el ruido del cristal al romperse y los agentes del FBI entraron por la ventana.

–¡FBI! –gritó uno de ellos encañonando a Derrick con un arma–. Tire el arma, Barone, y suelte a la chica. Tenemos el edificio rodeado. No hay salida.

–Se equivoca –respondió Derrick apretando tanto el cuello de Bianca que comenzó a ponerse morada–. Voy a salir de aquí y ella será mi salvoconducto. Tire usted el arma y dígales a sus hombres que bajen las suyas o juro que le partiré el cuello. Y usted.

–Por el amor de Dios, hágalo –suplicó Steven al ver que su hermana volvía a ponerse roja por falta de aire.

–Pete, dile al equipo que no ataque –ordenó el agente dejando su arma en el suelo delante de Derrick.

–Muy bien –dijo entonces Derrick, con una mirada salvaje–. Ahora quiero que…

De pronto, Bianca le dio un codazo a su secuestrador en el estómago seguido de una patada de kárate en la barbilla que lo envió contra la pared. Maria gritó. Bianca hizo un giro y volvió a darle otra patada en el brazo. Steven y el agente se precipitaron hacia Derrick. Pero éste ya se había puesto de pie y blandía la pistola hacia ellos.

–Suelte al arma, Barone –dijo el agente–. Ahora ya no tiene escapatoria.

–No –contestó Derrick avanzando de espaldas hacia la ventana rota–. No quiero ir a la cárcel.

–Derrick, por favor –suplicó Maria al darse cuenta de lo que pretendía hacer su primo–. No tienes por qué hacer esto.

–Sí tengo que hacerlo –insistió él sacando una pierna por la ventana–. Ya te lo he dicho: no quiero ir a la cárcel. No podría soportarlo.

Y entonces, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, Derrick saltó y su cuerpo fue a dar contra la oscura y fría calle que había debajo.

María salió del baño de señoras de Antonio's a la mañana siguiente al escuchar la voz de Lucia Conti. Sintió cómo se le agarrotaban los nervios del estómago al contemplar la escena escondida detrás de una esquina.

–Contéstame, Steven, ¿qué significa todo esto? –preguntó Lucia–. ¿Por qué has insistido en que viniéramos aquí esta mañana? ¿Y qué hacen aquí los Barone?

–Te lo explicaré todo enseguida, tía Lucia.

–Siento llegar tarde –dijo una Emily de ojos tristes al entrar en el restaurante seguida por Shane Cummings.

Maria sintió cómo se le conmovía el corazón al ver a su prima, que se sentó al lado de sus apenados padres, de Daniel y de su esposa Phoebe y de la otra hermana de Derrick, Claudia. A pesar de todo lo que había ocurrido, todos querían a Derrick.

–Ya estamos todos –dijo Bianca colocándose al lado de su hermano–. Y ya les he dicho a los camareros que el restaurante no abrirá hoy al mediodía.

–¿Qué tú qué? –preguntó Salvatore Conti con la cara roja–. ¿Te has olvidado de que este restaurante es un negocio?

–Nadie lo ha olvidado, papá, pero esto es más importante –aseguró Steven–. Todos conocéis ya la tragedia que tuvo lugar anoche –comenzó a decir.

Carlo y Moira sollozaron mientras Bianca, Emily y él relataron los hechos que habían concluido con el suicidio de Derrick.

–Yo quería a mi hermano –aseguró Emily–. Se me rompe el corazón al decirlo, pero fue él quien saboteó a la empresa. Fue

Derrick el que prendió fuego a la fábrica, quien secuestró a Bianca y fingió que él mismo había sido secuestrado. Derrick era culpable, pero sabía que nosotros culparíamos a los Conti –continuó con las lágrimas resbalándole por las mejillas–. Y eso fue lo que hicimos. Los culpamos a ellos.

La madre de Emily empezó a llorar más fuerte y Maria se llevó la mano al pecho para calmar el dolor que le producía la tristeza inconsolable de su tía.

–Emily, ¿por qué no dejas de martirizar a tu madre? –preguntó el tío Paul–. ¿A qué viene esto ahora?

–Viene porque Derrick estaba enfermo. Y nada puede justificar lo que ha hecho, pero si no hubiera podido valerse de nuestra desconfianza hacia los Conti las cosas quizá no habrían llegado tan lejos. Y tal vez… tal vez Derrick no estaría muerto –concluyó con la voz rota.

–¿Nos estás culpando por la muerte de Derrick? –preguntó el padre de Maria sin dar crédito.

–Todos somos culpables, tío Carlo. Tú, yo y todos los demás –aseguró haciendo un gesto con la mano para abarcarlos a todos–. Nunca debimos permitir que esta estúpida rencilla entre nuestras familias continuara todos estos años.

–No fuimos los Barone los que la comenzamos –señaló el tío Carlo.

–Lo empezaron tu padre y tu madre al traicionarnos a mi hermano y a mí –intervino Lucia con los ojos brillantes de furia.

–No importa quién lo iniciara –aseguró Emily–. El hecho es que todos lo hemos mantenido vivo. Nosotros sospechamos que fueron los Conti los autores de los sabotajes, del incendio y del secuestro –reconoció mirando a los Barone–. Es hora de parar. Quiero que la rencilla termine ahora mismo. Y nosotros daremos el primer paso. Le pediremos disculpas a los Conti por culparlos de todas nuestras desgracias.

Se hizo entonces un silencio pesado y Maria temió que hubieran perdido la batalla. Pero entonces habló Nicholas, su hermano mayor.

–Mi prima tiene razón. Es hora de que esto acabe –dijo acercándose a Sal, Jean y Lucia Conti–. Os pido disculpas.

No obtuvo respuesta, pero entonces se dirigió a Steven y a

Bianca y les dijo las mismas palabras. Ambos asintieron con la cabeza.

–Mi hijo y mi sobrina están en lo cierto. Es el momento de acabar con la rencilla –aseguró Carlo poniéndose en pie–. Creo que hablo en nombre de todos los aquí presentes y de mi hija Maria cuando digo que estábamos equivocados por sospechar de vuestra familia y culparos de todas nuestras desgracias. Por favor, aceptad nuestras disculpas.

Sal Conti no hizo ningún amago de estrechar la mano que Carlo Barone le tendía. Lucia torció los labios en gesto de desaprobación, se cruzó de brazos y se dio la vuelta. A Maria se le encogió el corazón al observar las mejillas sonrojadas de su padre ante semejante desaire. Si la familia de Steven no era capaz siquiera de aceptar una disculpa, ¿cómo iban a aprobar que su hijo y ella estuvieran juntos?

–Acepto sus disculpas, señor Barone –dijo Steven rompiendo aquel silencio tan tenso y estrechando la mano del padre de Maria.

–Yo también –aseguró Bianca imitando a su hermano.

–¿Se puede saber qué estáis haciendo? –les espetó Lucia.

–Ya ha habido suficiente rencor entre estas familias –aseguró Steven enfrentándose a su tía–. Es hora de acabar con esto.

–No –exclamó Lucia.

Sal Conti miró a su esposa. Ella asintió con la cabeza, tomó a su marido de la mano y se acercó hasta donde estaban los Barone. Primero estrecharon la mano de Carlo y Moira y después la de Nicholas.

–Es hora de enterrar el pasado, tía Lucia –aseguró Steven girándose hacia su tía–. Acepta la rama de olivo que nos tienden los Barone. Declara nula la maldición y termina con todo esto.

–Nunca –aseguró la anciana–. Nunca les perdonaré lo que me hicieron. ¿Puedes hacerte una idea de lo que significa que el hombre al que amas, con el que tienes pensado pasar el resto de tu vida, se escape con la mujer a la que considerabas una hermana?

Maria sabía que Lucia Conti tenía ochenta y cuatro años, pero el dolor que reflejaban sus ojos y su voz eran los de una chica joven. Y no pudo evitar sentir lástima por ella. Todas las esperanzas que tenía en que la anciana la aceptara y retirara la amenaza de la maldición se evaporaron.

–Steven tiene razón, Lucia –intervino Sal Conti–. Ha muerto un hombre joven. Podía haber sido nuestra Bianca. Es hora de acabar con tanto odio. Haz lo que te pide Steven: Acepta las disculpas de los Barone y termina con la maldición.

–Ya basta –dijo la anciana haciendo un movimiento enérgico con la mano–. Vosotros haced lo que queráis, pero yo no veo ninguna razón para hacer lo mismo.

–Yo te daré una buena razón –dijo Steven–. ¡Maria! –gritó.

Maria dio un paso para salir de la esquina en que estaba escondida y comenzó a caminar hacia Steven. Le temblaban las piernas. Escuchó las exclamaciones de sorpresa y pudo sentir todas las miradas clavadas en su abultado vientre. Pero ella siguió mirando fijamente a Steven, que le estaba tendiendo la mano.

–Querías una razón para terminar con la maldición, tía Lucia –dijo entrelazando la mano de la joven con la suya–. Pues bien, aquí la tienes. Amo a Maria, y el hijo que está esperando es mío.

Maria apenas pudo escuchar el murmullo de susurros que se desencadenó a su alrededor. Toda su atención estaba centrada en aquella anciana vestida de negro que apretaba con tanta fuerza el bastón que tenía entre las manos que Maria pensó que iba a romperse los dedos.

–Me has traicionado –dijo la mujer con voz envenenada.

–No te he traicionado. Te quiero –le aseguró Steven–. Por eso es tan importante para mí que me des tus bendiciones y retires la maldición. Maria y yo queremos que seas la madrina de nuestro hijo. ¿Estás dispuesta a que tu ahijado venga al mundo con la amenaza de una maldición sobre su cabeza?

–¿Es cierto lo que está diciendo mi sobrino? –preguntó Lucia con voz temblorosa mirando fijamente a Maria–. ¿Queréis que sea la madrina del niño?

–Es cierto –aseguró la joven dando un paso adelante y agarrando la huesuda mano de la anciana–. Y si es una niña tenemos pensado llamarla Lucia Angelica por ti y por mi abuela.

–¿Qué dices, tía? ¿Serás la madrina?

Los ojos de Lucia se llenaron de lágrimas durante un instante. Luego soltó la mano de Maria y agarró la de Steven.

–Sí. Y yo, Lucia Conti, que lancé una maldición contra los Barone y sus descendientes anulo dicha maldición para siempre.

Todos los presentes lanzaron exclamaciones de júbilo y de pronto los padres de Maria, los de Steven, sus hermanos y todos los primos se colocaron a su alrededor para hacerles miles de preguntas a la vez hasta que Lucia Conti golpeó el suelo con el bastón para poner orden.

–Basta de tonterías. Tenemos que planear la boda –aseguró la anciana cuando se hizo el silencio–. Lo primero que hace falta es que Moira Barone utilice sus influencias para que estos dos muchachos se puedan casar enseguida. Porque me niego a tener un nieto nacido fuera del matrimonio, y me vas a perdonar, Maria, pero por lo que veo el bebé podría llegar en cualquier momento –aseguró señalando el abultado vientre de la joven.

–Moira llamará ahora mismo a monseñor –se ofreció Carlo.

–Olvídate de monseñor –replicó Moira–. Llamaré directamente al arzobispo.

Su madre llamó al arzobispo. Y el fin de semana anterior a Navidad Steven y ella se convirtieron en marido y mujer ante los ojos de Dios y un nutrido grupo de miembros de los Barone y los Conti. El fin de aquella rencilla de setenta años de antigüedad era el único regalo que los novios querían, pero la madre de Maria y sus hermanas habían insistido en celebrar una pequeña fiesta después de la ceremonia. El tamaño de sus familias había hecho imposible organizar algo sencillo, recordó Maria al ver la sala de banquetes del hotel llena hasta los topes. Durante un instante sintió una punzada de tristeza al recordar a su primo Derrick. Su muerte y su traición los había dejado a todos destrozados.

–¿Te he dicho ya que eres la novia más guapa del mundo? –dijo la voz de Steven abrazándola por la espalda y arrancándola de sus pensamientos negativos.

–Varias veces –respondió la joven con una carcajada–. Lo que no entiendo es cómo puedes pensar una cosa así. Parece que lleve una pelota de baloncesto escondida bajo el vestido.

–Eres preciosa, Maria –aseguró Steven girándola suavemente para obligarla a mirarlo–. Y te amo con todo mi corazón. ¿Quiere bailar conmigo, señora Conti? –le susurró al oído cuando la orquesta comenzó a tocar.

–Por supuesto –respondió ella.

Steven la llevó al centro de la pista y Maria recordó la primera vez que bailaron juntos en la boda de Nicholas y Gail, un año atrás. Pero entonces él la tomó entre sus brazos y Maria se olvidó por completo de sus familias y de aquella rencilla que tanto dolor había provocado. Se olvidó de la maldición de los Conti y de sus miedos. Se olvidó de todo a excepción de Steven y de la maravillosa vida que los esperaba a partir de entonces. Y supo en el fondo de su corazón que tanto ellos como sus familias habían sido bendecidos con un milagro navideño.

Epílogo

Maria le tendió la niña a Bianca. Le habían pedido a la joven que fuera también madrina de su hija porque la tía Lucia había insistido en que era demasiado mayor para aceptar tanta responsabilidad. Pero a juzgar por la actitud de la tía de Steven desde el nacimiento de la niña, acaecido siete semanas atrás, Maria tenía la sospecha de que la anciana terminaría sobreviviéndolos a todos.

Segura de dejar a la niña en buenas manos, Maria salió por la terraza en dirección al jardín, lejos del barullo de la fiesta de celebración del bautizo que había dentro. Se sentía feliz y en paz. Aspiró con fuerza el aire primaveral y el aroma de los primeros capullos de abril.

A veces todavía le resultaba difícil creer cómo había cambiado su vida en los últimos meses. Y lo mejor de aquel cambio era sin duda la bendición que suponía Steven y el nacimiento de su hija, Lucia Angelica Conti.

–¿Dónde está mi ahijada? –exclamó Nicholas.

Maria se giró para centrar la atención en la fiesta que se estaba celebrando dentro de la casa. Distinguió a su hermana Rita entre los demás invitados gracias a su altura y al atractivo hombre que la acompañaba, su marido, el doctor Matthew Grayson. La pareja se reía con alguna ocurrencia que estaba diciendo Flint, el marido de su otra hermana, Gina. Entonces se unió a ellos Alex, vestido con su uniforme de la marina y acompañado por su esposa, Daisy, que llevaba en brazos a su pequeña Angel. Maria se alegró al pensar lo bien que les habían salido las cosas finalmente a todos ellos. Y eso le hizo recordar a su abuela Angelica. Le parecía estar oyéndole decir: «Cuando Dios cierra una puerta abre una ventana».

Su abuela tenía razón, pensó al girar la vista y ver a Colleen con Gavin Sullivan. ¿Quién hubiera pensado que su hermana se encontraría con su amor del instituto tras dejar el convento? ¿O que Nicholas se enamorara de Gail, la niñera que había contratado para

que cuidara de su hija Molly?

Maria siguió observando a los invitados y se centró en los recién casados: Allí estaban su prima Claudia y Ethan Mallory compartiendo una conversación íntima. Maria sonrió al ver a su hermano Reese y a su esposa Celia hablando con sus padres. Tras muchos años de distanciamiento, era maravilloso volver a tener a Reese de nuevo en la familia. También era estupendo ver a Joseph feliz de nuevo, un mérito indiscutible de Holly, la chef de cocina que había conseguido que su hermano superara la pérdida de su esposa.

Cuando se fijó en Emily, Maria sintió un profundo alivio al comprobar que sus ojos ya no tenían aquella mirada sombría que la acompañaba desde la muerte de Derrick. Sin duda su matrimonio con Shane Cummings la había ayudado a superar tan terrible trance. Incluso Daniel, el hermano gemelo de Derrick, que se había sentido devorado por la culpa tras la tragedia, parecía más feliz de lo que había estado en meses. Y por el modo en que miraba a su esposa, Phoebe, Maria supo que ella era en parte responsable de su recuperación.

Entonces divisó a una Karen embarazadísima comentándoles algo a Ash y a los Calderone. Maria sintió una oleada de cariño hacia aquella prima que había sido su mejor amiga y confidente durante la mayor parte de su embarazo, un embarazo que había culminado felizmente con el nacimiento de su hija el día de San Valentín. Atrás quedaban su miedo y su temor a la maldición de los Conti. Lucia Angelica era una niña sana, feliz y perfecta en todos los sentidos. Su nacimiento había cimentado además la incipiente relación de los Barone y los Conti.

Maria volvió a pensar en su abuela. Podía casi sentir su presencia.

«Sólo te deseo una cosa, mi Maria: que algún día encuentres el amor verdadero, como me sucedió a mí», le había dicho su abuela. «Que conozcas lo que es vivir apasionadamente al lado del hombre al que amas».

–Lo encontré, abuela –susurró Maria mientras observaba cómo su marido lucía orgulloso a su hija en brazos–. He encontrado a mi verdadero amor.

Y supo entonces que al lado de Steven viviría apasionadamente

hasta el fin de sus días, tal y como su abuela le había deseado.